

María C. García



MI VIDA
ENTRE SOMBRAS (I)

MI VIDA ENTRE SOMBRAS (1ª PARTE)

María C. García

1ª Edición: Diciembre 2017

Texto © María C. García 2017

Todos los derechos reservados

La presente novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier posible semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

A Óscar. Por darme una maravillosa vida de luz.

MI VIDA ENTRE SOMBRAS (1ª PARTE)

Prólogo

Se sentía lejos de sí misma. La inquietud se estaba apoderando de todo su ser aunque no sabía el motivo que la llevaba a ello. Su corazón empezaba a latir con rapidez y aumentaba la intensidad a cada segundo que pasaba, aunque aún no era consciente de la razón. Poco a poco empezó a tener conciencia de lo que ocurría, a pesar de que no podía ver nada. Todo lo que había a su alrededor era oscuridad y vacío. Estaba tumbada en algún lugar suave y mullido, donde se hubiera sentido bastante cómoda si no fuera porque algo la impedía moverse y ver con claridad. Poco a poco fue consciente de que tenía algo en los ojos y algún tipo de atadura la obligaba a mantenerse inmóvil. Trató de soltarse, pero no fue capaz, y sólo consiguió lastimarse la piel. Sin embargo, cuando al fin pareció convencerse de que no iba a escapar por el momento y se quedó quieta, escuchó un ruido a lo lejos. No tardó demasiado en darse cuenta de que eran unos pasos, unos pasos firmes que de algún modo ella reconocía, aunque no estaba segura de por qué. Poco a poco fueron acercándose a ella hasta que los escuchó justo a su lado y, por fin, se detuvieron. Fue entonces cuando su cuerpo empezó a temblar sin control, ajena a su voluntad. La voz que escuchó a continuación la estremeció por completo.

—Hola, preciosa. Me alegro de que al fin hayas despertado. Te echaba de menos...

La forma en que su mano acarició su rostro con dulzura, combinada con el sonido de aquella voz ronca, calmada y monótona que recordaba con facilidad, provocó que el miedo la paralizara por completo. Era él, sin duda. La había encontrado, aunque no era capaz de entender cómo. Creía haber tomado todas las precauciones que la habían indicado, pero estaba claro que, una vez más, se había equivocado, y volvía a estar en sus manos. De nuevo, no había ido demasiado lejos sin él. No merecía la pena luchar, él siempre acababa encontrándola, y sólo Dios sabía qué la haría en aquella ocasión como castigo a su rebeldía. Y, aún siendo consciente de todo aquello, no era capaz de moverse aún, conocedora de algún modo de que no serviría de nada.

Su mano se deslizó por su cuello y lo acarició con dulzura antes de rodearlo

con sus dedos.

—Sigues siendo la misma, ¿eh? Una desagradecida. Después de todo lo que he hecho por ti, sigues haciéndome daño. Pero no te preocupes, mi vida, esta será la última vez que lo consigas... No voy a permitir que me hagas esto nunca más.

En ese momento, ella pudo sentir cómo las manos del hombre empezaban a apretar su cuello con fuerza, impidiéndola hablar y, poco después, también respirar. Su frente estaba empapada por el sudor que evidenciaba su miedo y el olor de su captor penetró en sus fosas nasales justo antes de que no fuera capaz de volver a inspirar el aire que tanto anhelaba. Poco a poco el mundo pareció empezar a desvanecerse y su cuerpo comenzó a sentirse pesado, y no pudo evitar sentir que, de algún modo, se alegraba por ello. Al fin se había terminado su pesadilla, y por eso se sentía agradecida. Lo único que lamentaba era que su vida tuviera que terminar, pero ya no había remedio. Tenía que aceptar su destino al fin, y en aquel momento iba a hacerlo.

CAPÍTULO 1

—¡Sheyla, vamos! Si queremos llegar a tiempo, tenemos que salir ya.

La voz de Raquel sonó como un terrible eco en la mente de Sheyla, que volvió a mirarse al espejo una vez más antes de decidirse a contestar. Su pelo liso y negro aún no tenía el aspecto perfecto y brillante que a ella le hubiera gustado, pero era normal. Ella nunca iba a ser tan perfecta como Raquel, su mejor amiga, quien no paraba de gritarla desde el salón tratando de conseguir que saliera de una vez, sin conseguirlo. Sus mejillas seguían pálidas y sin vida, y cuando trató de sonreír, el resultado fue tan penoso que pronto dejó de hacerlo. Estaba claro que aquel no era el momento adecuado para ir a una especie de cita a ciegas, y menos en un bar de moda, pero Raquel había insistido en que era buena idea, que era lo más apropiado para que se divirtiera un rato, y ella había acabado accediendo, aunque en aquel momento no recordaba el motivo. Sólo esperaba que su mejor amiga tuviera razón, y al menos pasara un buen rato. Hacía tiempo que lo necesitaba, aunque no quisiera admitirlo.

—¡Sheyla, te sigo esperando...!

—¡Ya voy!— Respondió al fin, tratando de controlar sus nervios. Después se levantó y se convenció a sí misma de que aquello no era nada de importancia. Sólo iba a un bar con su amiga, como siempre, aunque en aquella ocasión era a una extraña sesión de lo que se llamaba “speed dating”, una nueva tendencia que, al parecer, estaba causando sensación entre los solteros, tal como Raquel la había descrito. No podía evitar pensar que un montón de hombres sentados en sillas con sólo unos minutos para hablar con cada mujer antes de que una campana sonara y les obligara a cambiar de sitio no sonaba como algo muy atrayente, pero Raquel la había asegurado que cambiaría de opinión cuando llegara allí, y ella confiaba en su mejor amiga ciegamente. Llevaban ya unos meses viviendo juntas y, pese a que no coincidían demasiado en sus gustos, parecían llevarse muy bien. Siempre conseguía animarla, por mucho que la costara, y, sólo por eso, se merecía su respeto, dado que en ocasiones era mucho más complicado de lo que le hubiera gustado admitir.

Cuando Raquel se preparaba para gritarla de nuevo, abrió la puerta de

repente, dejándola sin habla.

—Guau, Sheyla. Estás... perfecta...— Dijo con los ojos muy abiertos mientras negaba con la cabeza, perpleja.

—¿Seguro?— Preguntó ella, insegura— No sé, este vestido me parece demasiado corto... y creo que me he echado mucho maquillaje...

—No, nada de eso. Estás alucinante. Me vas a quitar a todos los tíos... pero ya no hay remedio, así que vámonos— Dijo tomándola por el brazo entre risas, mientras la obligaba a andar hacia el taxi que había pedido unos minutos antes.

—No digas tonterías... Sabes de sobra que no tengo intención de conocer a nadie... Sólo voy para... acompañarte, supongo, para hacerte un favor, pero sabes de sobra que no voy a salir con nadie...

—Sí, sí, lo sé... No me repitas el discurso, que ya me lo sé de memoria— La cortó Raquel tratando de evitar que volviera a hundirse en sus recuerdos. En realidad, había conseguido, contra todo pronóstico, que pareciera más animada de lo que esperaba, y no quería estropearlo.

Sin decir una palabra más, ambas subieron al taxi y observaron como el taxista se ponía en marcha con curiosidad.

Sheyla no podía evitar sentir que algo era distinto en ella aquella noche. No podía negar que, aunque la estaba costando más de lo que la hubiera gustado, empezaba a sentirse ella misma de nuevo después de lo mal que lo había pasado. La lejanía ayudaba, estaba claro, y también el tiempo. Eso la había dicho su psicóloga al menos: el tiempo lo cura todo, incluso las heridas más profundas, y siempre se lo repetía, sobre todo en sus peores momentos, por más que a ella le costara creer en sus palabras.

—¿Estás pensando en él?— Murmuró Raquel de repente, tratando de dar a aquella frase la menor importancia posible.

—No...— Respondió Sheyla sin dudar, aunque poco después se dio cuenta de que, por más que deseara que no fuera así, era tan evidente que no merecía la pena negarlo— Bueno, sí, un poco... No sé...

—No tienes porqué. Eso ya se acabó, Sheyla. Tienes que superarlo. Él ya no es nada para ti, ha salido de tu vida, y debes olvidarlo.

—Lo sé, no te preocupes. Es... complicado, pero estoy en ello, y cada día estoy más segura de que lo conseguiré. No pienses en eso ahora.

—Vale, como quieras— Raquel observó cómo el taxista las miraba de reojo por el retrovisor, sin duda debido a lo extraño de aquella conversación, y decidió dejar el tema. Al fin y al cabo, no podía negar que aquella noche Sheyla parecía ella misma de nuevo, y eso, después de meses tratando de conseguir que superase su pasado, era un gran avance, así que lo mejor era dejar de hablar de alguien que, en realidad, no merecía la pena.

Por suerte, llegaron antes de lo que esperaban. Raquel pagó al taxista tan rápido como le fue posible, y ambas salieron del coche con una sonrisa, aunque Sheyla no supiera exactamente a qué era debida. La hubiera gustado reflexionar sobre ello, pero en ese momento no tenía tiempo de hacerlo. Lo único que alcanzaba a entender era que, después de mucho tiempo empezaba a sentirse... libre, y eso la gustaba. Era una sensación muy agradable, tanto que no deseaba volver a perderla, jamás.

Mientras entraban por la puerta del local, Raquel cogió a Sheyla del brazo con entusiasmo.

—¿Qué? ¿Estás nerviosa?— Preguntó emocionada.

—Claro que no— Respondió Sheyla tratando de hacerse la interesante mientras se le escapaba una dulce sonrisa de los labios. Raquel la miró un momento y negó con la cabeza.

—Claro que sí, estás nerviosa. Y yo también, pero no te preocupes. Será divertido, ya lo verás. Estoy segura de que no te arrepentirás de haber venido esta noche...

—Ojalá pudiera estar tan segura como tú— Admitió Sheyla antes de soltar una sonora carcajada mientras avanzaba hacia la sala en la que iba a desarrollarse el evento.

—Al menos, tienes que admitir que es algo diferente... Nos sacará del

aburrimiento de los últimos días...

—En eso tienes razón— Aceptó Sheyla asintiendo con la cabeza— Sólo espero que no vaya a ser peor el remedio que la enfermedad...

—Claro que no. Ya sabes que yo soy una experta en hacer planes divertidos. Verás como esta noche cambia toda nuestra vida.

—Ahora estás exagerando...— Se quejó Sheyla mientras observaba la sala que había frente a ella, donde había mucha menos luz de lo que la hubiera gustado, un par de hombres que, desde luego, no parecían demasiado atractivos, y un maestro de ceremonias al fondo con un micrófono que les invitaba a entrar.

Raquel siguió su mirada y entendió exactamente lo que estaba pensando antes de que se lo explicase. Estaba claro que, por el momento, no parecía el mejor plan del mundo, pero estaba segura de que mejoraría. Era imposible que los únicos que se hubieran apuntado al evento aparte de ellas fueran cuatro chicas que acababan de llegar a la mayoría de edad y no paraban de reírse como quinceañeras y los dos hombres que veía al fondo. Si era así, iba a ser una catástrofe, y no era propio de ella.

—No, no exagero. Sé lo que estás pensando... Pero es sólo que hemos llegado unos minutos antes de lo que debíamos. Los tíos buenos estarán al llegar, estoy segura.

—Claro, por supuesto...— Respondió Sheyla con sarcasmo, tratando de evitar su sonrisa socarrona. En realidad, no se quejaba. Lo mejor era que aquella noche fuera así de desastrosa. Así no tendría motivos para estar nerviosa. Se limitaría a hablar un rato con los escasos asistentes masculinos que habían decidido asistir y luego se iría a casa con su mejor amiga. Eso era lo mejor, y, además, prometía una noche de risas recordando el evento. El plan de Raquel iba a ser un éxito, al menos en cuanto a la parte divertida, y eso era, en el fondo, lo que más ansiaba: divertirse.

Cuando el hombre del micrófono solicitó que se sentaran, Sheyla miró un momento a Raquel con una sonrisa y ésta le devolvió el gesto, encogiéndose de hombros. Estaba claro que su idea no estaba saliendo como había esperado, pero al menos Sheyla parecía entretenida, así que supuso que no había

fracasado del todo. Aquella no sería la noche de sus vidas, pero lo iban a pasar bien. Algo era algo.

CAPÍTULO 2

Sheyla se había decidido al fin a sentarse aunque en realidad era lo último que la apetecía. Mientras tomaba asiento en la silla más cercana, miró un momento a la puerta tratando de calcular el tiempo que tardaría en salir corriendo de aquel lugar, pero una sola mirada a su mejor amiga la hizo desistir de su empeño. Raquel había preparado aquella noche con su mejor intención, y, por terrible que pudiera parecer, no podía evitar pensar que tenía que quedarse, aunque sólo fuera por no hacerla sentir mal. La noche prometía ser un desastre, pero no era la primera vez que su mejor amiga había conseguido con su simpatía que una noche terrible acabara siendo mucho mejor de lo que esperaba, así que pronto se autoconvenció de que no tenía otro remedio más que quedarse y trató de pensar que, quizá, aquella velada no se fuera a hacer tan eterna como en un principio había pensado.

Durante unos minutos observó como los dos hombres que había allí con ellas tomaban asiento entre risas, mirándose entre sí como si se estuvieran contando un chiste en silencio, al tiempo que el tipo del micrófono que actuaba como presentador del evento les explicaba las reglas del juego que iba a comenzar en pocos minutos.

—En cuanto suene la campana, tendréis un minuto para conversar sobre lo que queráis con la persona que tengáis frente a vosotros. Después de esto, haré sonar la campana una vez más y será el momento de que las mujeres avancen un paso, mientras los hombres permanecen quietos. De nuevo, tendréis un minuto para conversar con la persona que os toque, y así hasta el final. Si cuando suene la campana os habéis gustado, podéis intercambiar vuestros teléfonos. Si no es así, recordad que tenéis más oportunidades...

Sheyla sonrió al escuchar aquello. En realidad, no había muchas oportunidades allí, al menos para las mujeres, teniendo en cuenta la poca afluencia masculina, y estaba empezando a dudar si debía decirlo en voz alta cuando escuchó un ruido al fondo que mostraba que la puerta de entrada se había abierto de repente. Un murmullo de voces llamó su atención por un momento y, de forma inconsciente, levantó la mirada de repente para encontrarse con cinco hombres frente a ella, que entraban carcajeándose, como

si aquello les pareciera un juego. A diferencia de los dos que ya estaban allí, estos eran bastante más mayores y centrados, y, para su sorpresa, parecían bastante atractivos. Los cuatro primeros hombres tomaron asiento en las mesas que había a su alrededor, dejando el puesto que había frente a ella vacío, lo que obligaba a que el último que quedaba, un hombre con un traje impecable, el pelo claro muy corto y una piel tan perfecta que apenas podía creerse que fuera real, estuviera obligado a sentarse allí. Por un momento, Sheyla se arrepintió de haberse sentado tan lejos de la entrada, pero ya no había remedio. Mientras el hombre dirigía la mirada hacia ella y, al ver sus mejillas sonrojadas, esbozaba una amplia sonrisa antes de dirigirse hacia su asiento, ella empezó a desear que el suelo se abriera y ella cayera dentro para poder librarse de alguna forma de lo que la esperaba, pero eso no iba a ocurrir, así que pronto enderezó su espalda y trató de afrontar aquella incómoda situación con toda la dignidad que le fue posible reunir.

El hombre aún tenía la mirada risueña cuando se acomodó en su asiento frente a ella. Parecía disfrutar de su incomodidad, pero aun observando claramente la forma en que Sheyla irradiaba nerviosismo, parecía extrañamente sereno.

Sheyla se quedó mirándole durante unos segundos, esperando en vano que la saludara como los demás, o al menos se presentara, cuando de repente escuchó cómo el director de aquel evento les informaba de que el tiempo había comenzado y, acto seguido, hacía sonar la campana.

—Hola— Dijo el hombre al fin, sin perder la sonrisa en ningún momento. Aquello la hubiera hecho sentir más cómoda si no fuera por la arrogancia que desprendía el gesto, lo que provocaba que sintiera todo lo contrario de lo que deseaba. Sin embargo, no podía negar que el hombre era terriblemente atractivo. Sus ojos azules tililaron durante un momento con diversión por su rostro, incomodándola aún más de lo que ya estaba.

—Hola. Me llamo Sheyla— Respondió ella al fin, pensando que, si él era tan breve, no tendrían tiempo de intercambiar ni siquiera unas palabras antes de que volviera a sonar la campana.

—Bien, veo que empezamos por el principio...— Comentó él con tranquilidad mientras su sonrisa se desvanecía lentamente en su rostro— Yo me llamo Eric...

—Es un nombre bonito...— Dijo ella antes de darse cuenta de que, al parecer le había interrumpido. Por algún motivo que no llegaba a entender las palabras escapaban de sus labios sin que ella fuera capaz de controlarlas. Era extraño, sobre todo porque nunca antes la había ocurrido, pero de algún modo sentía que aquel hombre tenía un extraño poder sobre ella con solo mirarla. Quizá fuera por la profundidad que transmitían sus ojos, o quizá, simplemente, por la forma en que la observaba con fijeza.

—Gracias— Respondió él sorprendido, asintiendo una vez con la cabeza, como si aprobase la forma en que le había interrumpido un momento antes— Sheyla también me gusta. No es un nombre muy común... ¿Eres de por aquí?

—No... Soy de... Bastante lejos...— Sheyla trató de ocultar la forma en que aquella pregunta la había molestado. Al fin y al cabo, el hombre sólo trataba de darla conversación. No es que quisiera curiosear en su pasado. En cualquier caso, por la forma en que ella había reaccionado, Eric no tardó en darse cuenta de que ese tema no había sido bienvenido, de modo que continuó, tratando de cambiar el rumbo de su conversación.

—Vaya... Yo soy de aquí. Siempre he vivido en Barcelona. Trabajo por aquí cerca...

—¿Y no te gusta viajar?— Por algún motivo, Sheyla empezó a sentirse cómoda con la conversación, a pesar de lo extraña que había sido en algunos momentos.

—Sí, claro. He viajado mucho...

—Qué envidia. Yo no he salido demasiado... Pero me encantaría irme lejos... y conocer lugares diferentes a lo que estoy acostumbrada...

—Bueno, yo suelo viajar más bien por negocios— Aclaró Eric recuperando la sonrisa durante unos segundos antes de perderla de nuevo— Así que tampoco es que me de mucho tiempo para conocer los lugares a los que voy...

—Pero debe de ser divertido de todos modos...

—Sí, bueno... aunque a veces en los lugares más cercanos e inesperados encuentras cosas de lo más interesantes...

Sheyla se quedó perpleja al escucharle decir aquello. Durante un momento, dudó si se estaba refiriendo a ella, pero la forma en que sonrió mirándola al ver su reacción y se recostó en la parte de atrás de su silla mientras la observaba con fijeza aclaró sus dudas en un momento. Estaba a punto de preguntarle a qué se refería cuando escuchó cómo sonaba la campana que indicaba que el tiempo había finalizado, de modo que, antes de ser capaz de pronunciar palabra, se levantó de su asiento y se sentó frente a su nuevo acompañante, quien por su aspecto prometía ser mucho más aburrido que su anterior compañero. Sin embargo, de algún modo, se sentía más tranquila al alejarse al fin de Eric. No era porque su compañía la molestase, todo lo contrario. La había parecido un hombre muy interesante, y pese a toda su arrogancia, era increíblemente atractivo, pero había algo en él que la paralizaba, aunque no era capaz de entender el qué. A su lado se sentía... agobiada, intimidada, como si no fuera digna de estar con él. Y eso la resultaba de lo más molesto, aunque, en realidad, tampoco la extrañaba. Por mucho que la molestara admitirlo, Eric era muy apuesto, mucho más de lo que la hubiera gustado, y eso no era bueno, no para ella, y menos en ese momento. Necesitaba estar sola, recuperarse de todo lo que la había ocurrido, y la única forma era alejarse de los problemas. Y Eric la gustaba demasiado, teniendo en cuenta que sólo había estado con él un minuto, lo que auguraba muchos problemas, así que, a pesar de la mirada extrañada que la dedicó al ver que ella se marchaba sin ni siquiera despedirse, como si huyera de él de forma descarada, decidió que aquello era lo mejor.

La mujer que se sentó frente a Eric en ese momento era muy hermosa, exhuberante, de esas mujeres que son tan guapas que todos los hombres las desean con sólo posar sus ojos en ellas, de modo que a Eric no le costó demasiado ignorar su desplante poco después y centrarse en su nueva acompañante, y después de un rato, en el que había cambiado de silla en cuatro ocasiones, él parecía totalmente ajeno a su presencia allí. Se había reído con sus acompañantes y no había dirigido la mirada hacia ella en ningún momento. Estaba claro que ella no le había llamado tanto la atención como él a ella, lo que, por una parte, la pareció positivo. Sin embargo, cuando la noche finalizó y tomó su abrigo, mirándole de reojo una vez más para ver qué hacía él, sintió cómo la sangre hervía en sus venas al ver cómo hablaba con la primera mujer con la que se había sentado después de ella, y la forma en que acariciaba su pelo al ayudarla a ponerse el abrigo mostraba que, sin duda, su

interés en ella era obvio. Mientras les veía hablar sin ser capaz de entender lo que decían por la lejanía que les separaba, vio cómo sacaban los móviles y empezaban a anotar sus teléfonos, cuando una voz a su lado le hizo dar un respingo por la sorpresa.

—Bueno, veo que no ha sido tan malo como esperabas, ¿verdad?— Comentó Raquel con firmeza, mostrando una gran sonrisa en su hermoso rostro.

—Bueno, no ha sido tan malo como esperaba, pero tampoco diría que ha sido la mejor noche de mi vida, la verdad...

—Ya, bueno. Eso es porque no has sabido aprovechar la situación, como siempre ¿Le has dado tu teléfono a alguien?

—No, claro que no...— Contestó sin dudar Sheyla mientras terminaba de abrigarse, obligándose a no volver a mirar hacia el lugar donde estaba Eric. Al fin y al cabo, ya no tenía sentido hacerlo.

—¿Ves? Ese ha sido tu problema... Unos cuantos de estos tíos estaban bastante buenos... Yo espero que alguno me llame. Parecían interesantes...

—Sí, ya sé a lo que te refieres cuando dices eso...— Comentó Sheyla entre carcajadas, empezando a olvidar lo mal que se había sentido unos minutos antes— Siempre estás igual... Te cuelgas de los tíos demasiado rápido... Y eso luego tiene sus consecuencias...

—Eso es sólo porque no son los adecuados. Pero algún día lo encontraré, y ese día, todo será perfecto... Tú, en cambio, nunca vas a ser feliz si sigues así. Tienes que dar a alguien la oportunidad de conocerte... Te cierras en banda, y eso no puede ser nada bueno...— Había un cierto toque de seriedad en las palabras de Raquel a la que Sheyla no estaba demasiado acostumbrada, pero trató de no dar demasiada importancia a aquel detalle.

—Bueno, deja que sea yo quien me preocupe de eso. Por ahora, vamos a volver a casa. Necesito olvidarme de esta noche lo antes posible...

—Bueno, como quieras, pero no dirás que no te lo he advertido— Sheyla asintió en silencio mientras salían por la puerta y escuchaba cómo Raquel la explicaba todos los detalles de su noche, sin darse cuenta de la forma en que

Eric había observado detenidamente cómo se marchaba de la sala sin mirar atrás, y, antes de darse cuenta, se alejaba de él para siempre.

CAPÍTULO 3

El lunes Sheyla se despertó sintiéndose extraña. Estaba claro que las ocho horas que había pasado durmiendo no habían sido suficientes, porque se sentía tan cansada como la noche anterior. Además, se sentía inquieta, como si algo no fuera bien, y aquello la molestaba a sobremanera. En realidad, llevaba tiempo que no se sentía así, y, de algún modo, creía que lo había superado, pero aquella mañana se dio cuenta de que, sin duda, no lo había hecho. Algo la pesaba demasiado en el pecho, y, aunque quería pensar que era por otros motivos, no podía negar la evidencia. Por primera vez desde hacía mucho tiempo sabía que la culpa era de aquel hombre misterioso que había despertado algo en ella que no esperaba. Después de tres días había esperado olvidarse de él sin más, pero allí estaba, recordando la forma en que sus ojos se habían fijado en ella durante su corta conversación, provocando que la costara respirar. La verdad es que tenía unos ojos hermosos, y su mirada azul era cautivadora, por mucho que la costara admitirlo. Era un hombre muy atractivo, mucho más que ningún otro hombre que ella hubiera conocido antes, y supuso que eso la había influido negativamente. Era por ese motivo por el que no podía dejar de pensar en él... todavía. En realidad, no quería darle demasiada importancia al tema. Era algo físico, estaba claro. Llevaba demasiado tiempo sin estar con ningún hombre, y Eric era tan apuesto que su cuerpo había reaccionado sin su consentimiento, pero eso era todo, estaba segura. No le conocía en absoluto, así que no podía ser nada más profundo, sólo una simple atracción física, y, aquello, no la cabía la menor duda, sería cuestión de tiempo que fuera capaz de superarlo, así que, sin tener intención de darle mayor importancia a aquel hecho, se decidió a levantarse al fin, y se dirigió hacia la cocina para desayunar antes de ir al trabajo.

Allí se encontró a Raquel, que ya estaba sentada a la mesa terminándose su café mientras miraba al infinito, inmersa en sus propios recuerdos. Sin embargo, poco después de que Sheyla entrara levantó la mirada y esbozó una gran sonrisa mientras la observaba con curiosidad.

—Buenos días, dormilona... Esto es nuevo— Comentó con una pícaro sonrisa.

—¿Nuevo? ¿El qué?

—Que tú te levantes tan tarde... Es raro que no te levantes una hora antes de lo que debes...

—Qué exagerada... Yo no me levanto una hora antes...

—Bueno, casi... ¿A qué se debe que hoy se te hayan pegado las sábanas? ¿Y esas ojeras que veo debajo de tus ojos...?— La dijo cogiéndola del brazo mientras la obligaba a darse la vuelta para mirarla— ¿Has dormido mal? ¿Te ha pasado algo?— Preguntó extrañada, perdiendo la sonrisa por un momento...

—No, claro que no... Es sólo que... Creo que hoy no he debido de dormir bien del todo... Nada más.

—Ah, vale— Raquel pareció relajarse con su respuesta, pero no recuperó la sonrisa, tal como Sheyla esperaba.

—¿Y tú, qué?

—¿Y yo... qué? ¿Qué pasa?— Preguntó volviendo a su café, sin entender a qué se refería Sheyla con su pregunta.

—Hoy te veo rara... ¿Te ha pasado algo?

—No, claro que no...— La respuesta de Raquel fue demasiado rápida, y su rostro seguía sin recuperar su alegría habitual, motivo por el cual su mejor amiga no pareció convencida.

—Raquel, nos conocemos hace mucho tiempo, así que no me mientas. Sea lo que sea, suéltalo.

Raquel miró a Sheyla un momento dudando si debía decirle o no la verdad, pero finalmente decidió que lo mejor era hacerlo, así que suspiró con resignación y se decidió a confesar.

—No es nada... Bueno, me refiero a que no es nada importante...— Hizo una pequeña pausa para respirar profundamente, y continuó— En realidad, es una tontería... Es sólo que... ¿Te acuerdas del tío ese con el que hablé el viernes? ¿El que estaba tan bueno...?

—Raquel, hablaste con varios tíos el viernes, y estaban todos bastante buenos...

—No, me refiero al que entró primero, el moreno alto con ojos castaños... El que estaba más bueno de todos...— Explicó Raquel con un gesto preocupado que no era nada habitual en ella. Por suerte, Sheyla sabía a quien se refería, no porque se hubiera fijado en él más que en los demás, por supuesto, sino porque entró al lado de Eric.

—Sí, sé a quién te refieres... ¿Qué pasa con él?

—Hablamos un buen rato aquella noche, y luego le di mi teléfono... Pero... No me ha llamado— La forma desolada en que dijo aquellas palabras provocó una ligera sonrisa en los labios de Sheyla, que no entendía por qué aquello le parecía tan grave.

—Raquel, no quiero parecer insensible... Pero... Este fin de semana te han llamado tres tíos... Yo creo que para una sola noche, conseguiste bastante...

—No, no lo entiendes. Esos tíos no me interesan en absoluto. Me interesaba este, y de verdad que a mí me pareció que yo a él también. No sé... Creí que habíamos conectado, pero está claro que me equivocaba... Pasa de mí.

Sheyla se sintió culpable por un momento. No se había dado cuenta de que aquello pudiera afectar tanto a Raquel, pero estaba claro que así era, así que se esforzó por ponerse seria también.

—No sé...— Titubeó al fin, insegura— Quizá te llame hoy, o mañana...

—Han pasado tres días, Sheyla. Sabes de sobra que si hubiera tenido intención de llamar ya lo habría hecho...

Sheyla asintió antes de responder.

—Sí, sé que eso es lo más habitual, pero también hay excepciones... Quizá ha tenido un fin de semana muy ajetreado... No sé, quizá está ocupado y está esperando el momento perfecto para...

—Déjalo, no inventes excusas absurdas, no merece la pena. Además, apenas

conozco a ese tío, no me puedo creer que me afecte tanto que no me haya llamado... Supongo que se me pasará, no hay problema. Quedaré con algún otro y en nada de tiempo me habré olvidado de todo... Sólo necesito desconectar...

—Estoy segura— Aceptó Sheyla un poco más tranquila, empezando a sentirse extraña al darse cuenta de que, en cierto modo, las dos estaban sintiendo algo parecido, aunque Raquel no lo sabía: ambas se habían sentido atraídas por hombres a los que apenas conocían, y, lo que era peor, ninguna comprendía el motivo— Es sólo que... Me siento idiota. He mandado a los tres tíos que me han llamado este fin de semana a paseo, porque sólo me interesaba él, y resulta que al final es un idiota... No debí haber sido tan ingenua... Creí que él había sentido lo mismo que yo... Pero está claro que me equivocaba...

Sheyla asintió de nuevo, aparentando apoyar a su amiga, a pesar de que la estaba costando no confesar que ella se sentía igual. Durante un momento, estuvo a punto de hacerlo, pensando que quizá la ayudaba algo sentirse comprendida, pero pronto desistió en su empeño. Lo único que deseaba era olvidarlo todo, y hablar de ello no iba a acelerar el proceso, no la cabía duda de ello.

—No te preocupes, sólo deja pasar el tiempo. Seguro que lo olvidas enseguida. Además, si no le interesas, está claro que es un idiota, así que lo mejor es que le ignores...

—Sí, tienes razón, además, ahora tenemos que ir a trabajar, que al final vamos a llegar tarde...

Sheyla abrió mucho los ojos al escucharla decir aquellas palabras. Pronto observó que Raquel ya estaba vestida y peinada, y acababa de tomarse el último sorbo de su café frente a ella, y, por un momento fue consciente de que ella aún no se había duchado, y ni siquiera había desayunado.

—Mierda, ¿qué hora es?— Preguntó aterrada.

—Las ocho menos cuarto— Respondió Raquel recuperando su sonrisa.

—Maldita sea... No llego al trabajo— Gritó Sheyla al fin dando un salto para salir corriendo hacia el baño, mientras escuchaba de fondo las carcajadas de

su mejor amiga, que al parecer estaba divirtiéndose a su costa, disfrutando de la forma en que, por una vez, su irresponsabilidad la estaba trayendo problemas.

—Tranquila, Sheyla. Llegamos de sobra... No te preocupes...— La dijo entre risas con ánimo de calmarla. Pero Sheyla ya no podía oírla. Había abierto el grifo de la ducha mientras se lavaba los dientes a toda prisa, y casi se resbaló por el agua al entrar en la bañera corriendo. Tenía sólo veinte minutos para prepararse o no iba a llegar al trabajo, así que no tenía tiempo que perder, porque no estaba dispuesta a llegar tarde por primera vez. Eso era algo impensable.

CAPÍTULO 4

Aquella mañana Sheyla sintió como si el tiempo pasara mucho más despacio de lo que debería, pero supuso que fue debido a varios factores: para empezar, era consciente de que llegaba tarde al trabajo y había tenido el tiempo justo para levantarse, vestirse corriendo y salir por la puerta con una tostada en la boca, tratando de moverse con agilidad por las escaleras mientras intentaba no atragantarse. Después, cuando al fin había conseguido llegar a su puesto, a pesar de que se había retrasado cinco minutos, se había sentado en su mesa y se había puesto a trabajar rezando para que su jefe no se diera cuenta de su tardanza. Por suerte, había sido así, y cuando su jefe, Félix, había salido a saludarla, ella parecía tan tranquila que ni siquiera dudó que había llegado a las nueve en punto, lo que la calmó bastante. Sin embargo, aquella mañana el trabajo parecía inacabable. Su jefe salía cada pocos minutos para ordenarla algo nuevo, y, a pesar de que trataba de estar a la altura, se sentía agotada. En cualquier caso, no podía negar que el único motivo por el que estaba exhausta no era el trabajo. El bufete de abogados en el que trabajaba como secretaria era bastante importante y no solía estar parada, así que, en cierto modo estaba acostumbrada. El problema no era ese, y, por más que trataba de ignorarlo, era consciente de que, tarde o temprano, tendría que acabar aceptándolo. El problema era la imagen del hombre que aparecía sin cesar en su mente a cada momento, pero, por suerte, al no tener tiempo libre aquella mañana, todo pareció ser más fácil, al menos hasta que llegó la hora de irse.

Aquel día había quedado con Raquel para comer. Iban a ir a un restaurante cercano muy sencillo que conocían bien, donde siempre las habían atendido de forma correcta y el ambiente era muy agradable. La comida fue bastante silenciosa, porque ambas parecían estar ensimismadas en sus pensamientos, pero mientras hablaban un poco de su trabajo, su tiempo de comida terminó, y ambas se fueron a continuar con su día: Raquel de vuelta a su trabajo de dependienta, y Sheyla de vuelta a su trabajo de nuevo, que por suerte acabó antes de lo que esperaba, así que recogió sus cosas y se dirigió al gimnasio adonde iba cada tarde para aprender krav magá. Llevaba un tiempo con aquellas clases, y cada día se sentía más fuerte, más capaz de enfrentarse a lo que fuera. Era extraño como unas simples llaves y golpes conseguían fortalecer no sólo su cuerpo, sino también su mente, algo que llevaba tiempo

necesitando, por desgracia. Sin embargo, no podía negar que el cansancio acumulado aquella noche de vigilia empezaba a hacer mella en su cuerpo cuando la clase terminó, y, mientras recogía preparándose para volver a casa, lo único que deseaba era poder tumbarse en su cama y perder el conocimiento cuanto antes. Por ese motivo, salió con agilidad del gimnasio cerrando la puerta tras ella, sin darse cuenta de que alguien se acercaba con sigilo hasta que lo tuvo delante. Sus ojos estaban fijos en su bolso, donde trataba de guardar su móvil para empezar su camino hacia su hogar, motivo por el cual no se dio cuenta de que alguien estaba impidiéndole el paso hasta que alzó la vista de nuevo y pudo observar que alguien le bloqueaba el camino. Unos enormes pectorales cubiertos por una camisa blanca y una chaqueta azul oscuro a juego con la corbata se mostraron ante ella en todo su esplendor. Ya estaba dispuesta a decirle a quien fuera que no tenía tiempo para darle ninguna indicación y continuar su camino cuando sus ojos se elevaron un poco más y pudo observar ante ella el rostro que llevaba toda la mañana y parte de la noche anterior acosando sus pensamientos: era Eric, el hombre que había conocido aquella noche en la sesión de *speed dating* a la que, en aquel momento más que nunca antes, se arrepentía de haber acudido. Sus ojos se posaron en los de ella durante un segundo, mostrando algo de sorpresa, mientras una sonrisa burlona aparecía en sus labios. Sheyla se quedó mirándolo boquiabierta, sin ser capaz de comprender lo que estaba ocurriendo, hasta que Eric se decidió por fin a hablar.

—Hola... Sheyla, ¿verdad?— Preguntó frunciendo el ceño sin llegar a perder del todo su sonrisa— Me habías parecido tú...

Sheyla tardó un momento en reaccionar mientras se esforzaba en que su mente asimilase lo que estaba ocurriendo. No comprendía cómo era posible que el hombre cuya ausencia la atormentaba sin motivo aparente estuviera de repente frente a ella. Era demasiado extraño... Difícil de creer, pero cuanto más lo observaba, más se convenció de que era cierto, no una simple alucinación de su mente aturdida, así que se obligó a cerrar la boca al fin e, ignorando el hecho de que estaba sudada, cansada y exhausta, se decidió a contestar.

—Sí... Soy yo— Admitió tratando de no pensar en lo increíblemente guapo que estaba aquel hombre, con sus hermosos ojos azules clavados en los de ella, mientras deslizaba los dedos por su pelo rubio ligeramente alborotado antes de dejar escapar una carcajada por sus perfectos labios gruesos.

—Vaya... No podía creerlo cuando te he visto de lejos... Qué coincidencia...— Sheyla se quedó callada un momento sin saber qué decir, de modo que Eric frunció el ceño, creyendo que no le reconocía. En realidad, por extraño que pudiera parecer, no había contado con esa posibilidad. Nunca antes le había pasado nada parecido, pero supuso que siempre había una primera vez para todo, así que amplió su sonrisa, tratando de mostrar que no le importaba, y continuó su conversación— Soy Eric, ¿te acuerdas de mí? Nos conocimos la otra noche... En el bar del centro...

Sheyla asintió en ese momento, como si acabara de recordarlo todo, cuando en realidad no era así. No había podido dejar de pensar en él desde que lo conoció aquella noche, pero supuso que era mejor que él pensara que ella no lo recordaba a que pensara que estaba tan perpleja de verle frente a ella, tan agradecida de haber podido volver a ver la perfección de las facciones de su rostro, aunque fuera por última vez, que no era capaz de pronunciar palabra. Así que se esforzó por esbozar una pequeña sonrisa mientras asentía con energía y trató de actuar con naturalidad, por más que le costara hacerlo.

—Ah, sí... Eric... Es verdad, no me acordaba.

—Sí, cuánto tiempo... ¿verdad? ¿Qué tal? ¿Qué haces por este barrio?

—Vengo del gimnasio...— Respondió con timidez mientras se señalaba la ropa deportiva sucia y arrugada que llevaba. En realidad, no podía negar que se alegraba mucho de habérselo encontrado, tanto que casi podría haber agradecido aquella maravillosa casualidad a la divina providencia, pero le hubiera gustado que hubiese sido en otro momento. Quizá un día que hubiera dormido no hubiera estado nada mal, y si además hubiera estado correctamente vestida y peinada hubiera sido de agradecer. Además, algo de maquillaje también hubiera estado muy bien...

—Vaya... Qué casualidad. Yo acabo de tener una reunión dos calles más abajo... Me iba ahora a mi casa— La voz de Eric interrumpió los pensamientos de Sheyla, que seguía estupefacta. Estaba a punto de asentir para despedirse de Eric mientras luchaba por evitar que sus mejillas se sonrojaran, cuando él continuó hablando— Pero ya que nos hemos encontrado, supongo que podría acompañarte a casa...

Sheyla volvió a perder el habla durante unos segundos, pero en aquella ocasión la recuperó con más rapidez, por suerte.

—¿De verdad?— Preguntó insegura— Vivo muy cerca... En realidad, no hace falta...

—Insisto. Además, me vendrá bien dar un paseo— Repitió él empezando a andar con naturalidad sin darle opción a continuar la conversación, mientras escuchaba cómo sus pasos le seguían un par de segundos después a la par que se ampliaba su sonrisa.

CAPÍTULO 5

Sheyla y Eric llevaban unos minutos caminando en silencio, sin saber muy bien cómo continuar su conversación, cuando ella empezó a sentirse muy incómoda. A la falta de palabras se unía su nerviosismo por estar de nuevo junto al hombre con el que había estado obsesionada durante los últimos días, aunque no era capaz de comprender por qué. Sin embargo, por más que deseara hacerlo, no se la ocurría qué podía decirle. Aún estaba alucinada por habérselo encontrado de repente de una forma tan inesperada. También agradecida, por supuesto, pero sobre todo perpleja, y a cada paso que daba su nerviosismo aumentaba sin remedio. Lo único que pensaba era que, por más que su cerebro la advirtiera que debía marcharse, su corazón deseaba seguir al lado de ese hombre un poco más, un minuto más, una hora más, un día más... Era extraño, casi una locura teniendo en cuenta que apenas conocía a Eric, pero era lo que sentía, y negarse algo tan evidente no iba a cambiarlo. Era plenamente consciente de ello.

Aún pasó un poco más de tiempo en silencio que a Sheyla se le había hecho eterno cuando Eric se decidió a hablar por fin.

—¿Queda mucho para llegar a tu casa?— Su voz sonó seria, casi como si estuviera molesto, pero teniendo en cuenta que se habían encontrado de repente después de haberle ignorado la noche que se conocieron, a pesar de que era lo último que deseaba hacer, le pareció que era bastante lógico, así que decidió mostrarse algo más atenta en aquella ocasión, esperando no volver a espantarlo, y, esbozando una dulce sonrisa, negó con la cabeza sin mirarle.

—No, sólo un par de manzanas. No queda demasiado— Respondió paciente.

—De acuerdo— Contestó Eric con un tono de voz algo más suave, aunque no tanto como a ella le hubiera gustado.

Un nuevo silencio se apoderó de ellos de nuevo, pero en aquella ocasión Sheyla no permitió que fuera tan largo como el anterior, decidida a no espantar a aquel hombre tan perfecto de nuevo.

—La verdad es que me alegro de que nos hayamos encontrado— Admitió al fin en voz alta, a pesar de que sus mejillas se tornaron de un color rojo oscuro un momento después, cuando vio cómo Eric torcía la cabeza de repente con los ojos como platos, perplejo ante lo que acababa de escuchar. Aún tardó un momento en poder contestar, pero finalmente lo hizo.

—¿En serio?

—Sí, muy en serio— Aceptó Sheyla al fin con sinceridad. Eric apartó la mirada de ella un momento antes de responder.

—Vaya... Pues no puedo negar que eso me sorprende...

—¿Por qué?— Preguntó ella a pesar de que suponía lo que venía a continuación.

—Porque la noche que nos conocimos...— Eric esbozó una pequeña sonrisa en ese momento y negó con la cabeza antes de terminar la frase al fin— No sé... Me dio la impresión de que no te caí muy bien...

—Pues te equivocaste— La voz de Sheyla sonó rotunda, a pesar de que se sentía cada vez más nerviosa.

—¿En serio? No quiero insistir demasiado en esto... Pero... Desapareciste tan rápido... Ni siquiera me diste la oportunidad de pedirte el teléfono, o al menos despedirme...

—Ya, lo sé. Es que no estoy muy acostumbrada a las citas de los bares, y no sabía muy bien cómo actuar...— Aquello era una verdad a medias, aunque no del todo, así que supuso que funcionaría— Además, no me pareció que te importara demasiado...

—¿Qué quieres decir?— Preguntó Eric perdiendo la sonrisa al percatarse de cómo se había endurecido el tono de voz de Sheyla en un momento.

—Quiero decir que... Había muchas chicas allí, así que supongo que no tardaste en pasar a la siguiente...

Eric se quedó perplejo una vez más al escuchar aquellas inesperadas palabras.

Por desgracia, Sheyla se dio cuenta un poco más tarde de lo que hubiera deseado de que mostraban un tono celoso que ni venía a cuento ni tenía ningún tipo de lógica, pero ya era tarde para remediarlo, así que decidió quedarse callada esperando la reacción de su acompañante, que, de algún modo, supuso que no iba a ser muy agradable.

—Vaya... Es curioso...— Murmuró Eric al fin esbozando una sonrisa algo más amplia que la anterior.

—¿El qué?— Preguntó Sheyla insegura, temiéndose lo que pudiera venir a continuación.

—No sé... Tú, supongo— Una carcajada escapó de sus hermosos labios gruesos, haciendo que Sheyla se sintiera hipnotizada durante unos segundos antes de ser capaz de volver a recuperar la voluntad de sus actos.

—No te entiendo.

—Pues es muy sencillo. La verdad es que aquella noche pasaste de mí por completo, y creí que no te interesaba en absoluto, pero, al parecer, seguiste pendiente de mí hasta que nos marchamos, porque sabes exactamente lo que hice... Eso es raro en alguien que no quiere saber nada de un hombre...

—Yo no he dicho que no quiera saber nada de ti— Sheyla se pasó entonces la mano por el pelo y se lo puso detrás de la oreja, deseando tener algún tipo de interruptor que parase sus labios antes de hablar, o, al menos, la permitiera el tiempo necesario para reflexionar antes de que pronunciar las palabras que acudían a su cerebro, pero por desgracia aquello no era viable.

—¿Ah, no?— Sheyla se detuvo entonces y se quedó mirando los ojos azules de Eric, que permanecían fijos en ella. Por un momento, pensó que si seguía concentrándose en ellos, se perdería en su interior como si se tratara de un mar que trataba de luchar contra las violentas olas que arremetían contra su alma, pero pronto se forzó a escapar de aquel pensamiento, y se preparó para afrontar lo que la esperaba. Sí, era cierto que aquel hombre era maravilloso y la interesaba muchísimo. Era verdad que casi había estado obsesionada con él los últimos días, y que la atraía tanto que ni siquiera era capaz de pensar en estar mucho tiempo a su lado sin llegar a tocarle, lo que, hasta el momento,

estaba constituyendo una gran tortura, pero al verse reflejada en sus ojos, mientras su semblante empezaba a parecer esperanzado, no pudo evitar pensar que aquello no era posible. No iba a ser capaz de mantener una relación, ni con él, ni con nadie. Era imposible, tenía demasiado miedo de acabar siendo herida, y, de algún modo, estaba segura de que aquello no iba a funcionar, así que trató de apartar los ojos de su mirada, sin éxito, antes de que él volviera a hablar de nuevo— No sé, me gustaría pensar que te he malinterpretado, pero ambos sabemos que no es verdad. La otra noche huiste de mí, aunque ahora pareces haber cambiado de opinión...

—No es así.

—Claro que lo es, pero no me importa. Ahora mismo no me importa nada, salvo una cosa ¿Quieres saber qué es?— Sheyla trató de negarse, pero era consciente de que no iba a ser capaz, así que, finalmente, asintió con dulzura sin apartar la mirada de los ojos de Eric, que seguía observándola con curiosidad— Llevo días pensando en cómo saben tus labios... Y me muero por averiguarlo...— Eric se acercó a su rostro lentamente mientras veía cómo Sheyla cerraba los ojos muy despacio, presa de sus sentimientos más ocultos e inconfesados.

—No creo que sea buena idea...— Murmuró justo cuando sus labios estaban a punto de tocarse.

—¿No es lo que deseas?— La voz de Eric sonó ronca en sus oídos mientras pronunciaba las palabras con lentitud.

—Yo no he dicho eso.

—Entonces, dime la verdad. Dime lo que sientes— Aquella orden fue rotunda y tenaz, y Sheyla sintió como, de alguna forma, su cerebro se desconectaba del resto de su cuerpo y sus labios pronunciaban unas palabras que sólo obedecían a su corazón.

—Quiero besarte— Sheyla dijo aquellas palabras tan bajo que apenas fueron audibles, pero Eric pudo escuchar lo suficiente para asentir y esbozar una pequeña sonrisa de satisfacción antes de perderla de nuevo.

—Tus deseos son órdenes para mí, preciosa— Fue todo lo que dijo antes de

acercarse lentamente a su boca, eliminando el poco espacio que quedaba entre ellos para tomar posesión al fin de sus labios.

CAPÍTULO 6

Sheyla observó cómo Eric volvía a acercarse a ella lentamente, permitiéndola de forma inconsciente el tiempo suficiente para negarse a pesar de que acababa de suplicar que la besara, pero, aunque ella sabía que no debía hacerlo, sus labios permanecieron inertes, esperando que la calidez de la boca de Eric la embargara durante unos segundos interminables. En cuanto sus pieles se tocaron, ella elevó sus manos para enredarlas entre sus suaves cabellos y un gemido escapó de su boca cuando sintió como él la rodeaba con sus brazos, atrayéndola hacia sí de forma enérgica, dominando cada uno de sus movimientos sin apenas darse cuenta. Una retahíla de ideas pasó entonces por la mente de Sheyla, que luchaba con todas sus fuerzas por permanecer inmersa en aquel maravilloso momento, disfrutando de los fuertes brazos de Eric mientras saboreaba su boca al tiempo que se concentraba en pensar que nada existía en aquel momento aparte de ellos mismos y lo que Eric estaba consiguiendo hacer a su cuerpo. Él empezó a besarla entonces con rudeza. Sin duda había sentido cómo se había derretido entre sus brazos, cómo sus besos le explicaban que deseaba ser suya, aunque en el fondo supiera que aquello no era posible. Nunca podría ser de él, ni de nadie, era imposible. Su pasado aún la atormentaba hasta el punto de no permitirle disfrutar de su propia vida, aún menos de una relación normal. Se sentía marcada, imposible de amar. Estaba segura de que Eric no la amaba, era imposible, sobre todo teniendo en cuenta que apenas la conocía, pero lo que no sabía es que nunca podría hacerlo, y ella, en ese momento, era demasiado cobarde como para poder explicárselo. Ni siquiera ella misma lo entendía muy bien, pero mientras se deleitaba aferrada a su cuello tratando de disfrutar de aquel hombre que la había tenido obsesionada durante días antes de resignarse a perderlo para siempre, se dio cuenta de que tenía que apartarse de él. Tenía que hacerlo, por muy duro que fuera. Era imposible que aquello fuera a terminar bien, no había posibilidad alguna de que al final todo aquel deseo, toda la felicidad que estaba sintiendo entre sus brazos, no acabara en una irremediable catástrofe, así que antes de que su cuerpo tuviera posibilidad de rebelarse una vez más contra ella, decidió apartar a Eric lentamente con su mano, tratando de hacer que aquel gesto fuera lo menos violento posible. Para su sorpresa, Eric permitió que le apartase de ella sin oponer resistencia, aunque la forma en la que la observó

después, tan curioso como confundido, la hizo sentir tan culpable que, por un momento, sintió que no era capaz de pronunciar palabra.

—¿Hay algún problema?— Preguntó Eric al fin, viendo que Sheyla no tenía intención de explicarse.

—No, claro que no... Es sólo que...— Sheyla se mordió el labio, tratando de encontrar las palabras adecuadas, una especie de conjuro mágico que la ayudara a hacer desaparecer a Eric sin ofenderle, puesto que eso era lo último que quería.

—¿He hecho algo que te haya molestado?— Eric parecía cada vez más confundido, pero aún así se mostraba sereno. Eso debería haber tranquilizado a Sheyla, sin embargo, por el contrario, sólo la puso más nerviosa.

—No... Tú no has hecho nada, Eric, claro que no... Es sólo que...

—Bien, me alegra escucharlo, porque no entiendo qué ha pasado...— Eric frunció el ceño y continuó hablando antes de dar opción a Sheyla a intervenir — Parecía que deseabas besarme, y tú misma me has dicho que así era...

—Es verdad— No tendría sentido mentir. Era consciente, al igual que él, de que lo deseaba con toda su alma, así que optó por ser sincera, a pesar de que eso fuera aún más complejo de explicar.

—Genial. Entonces, ¿por qué me has apartado?— Eric continuaba mostrándose frío, pero no pudo evitar un pequeño destello de ira en su pregunta.

—Es complicado...— Sheyla dio un paso atrás y se cubrió la cara con las manos, tratando de esconderse de Eric por unos segundos, esperando que así su mente se aclarase, pero Eric no se lo permitió. Dio un paso más hacia ella y le retiró las manos con cuidado mientras la observaba con fijeza.

—Da igual, estoy seguro de que si me lo explicas podré seguirte. Inténtalo— La apremió él con semblante muy serio.

—Eric, yo... No sé qué te ha parecido hace un momento, pero... Me siento avergonzada. No quería que pensaras que estoy disponible... Porque...

—Ah, vaya. Tienes pareja...— La interrumpió Eric frunciendo más el ceño.

—No, no es eso... Claro que no tengo pareja... Ahora mismo estoy soltera, pero...

—¿Pero qué? ¿No te gusto? Porque hace un momento parecía todo lo contrario...

—No, tampoco se trata de eso...

—Entonces, ¿qué? ¿Cuál es el problema? ¿Por qué no puedes besarme si quieres hacerlo y estás libre? No entiendo nada...

—Es difícil de explicar...— Sheyla sintió cómo sus mejillas empezaban a acalorarse cuando Eric dio un paso más, tratando de acercarse a ella. La forma en que ella retrocedió a la vez que él avanzaba hacia ella le dejó aún más extrañado de lo que ya estaba.

—Yo no creo que sea tan difícil.

—Pues lo es. Así que... Si no te importa, creo que debería marcharme... sola
— Sheyla fue a darse la vuelta cuando Eric la cogió por el brazo, negándose a permitir que se marchara de aquella forma sin darle una explicación a lo que estaba ocurriendo.

—Sí, claro que me importa. Quiero saber lo que está pasando. Quiero saber por qué huyes de mí... otra vez, cuando, en realidad, no quieres hacerlo. Quiero que me lo expliques, Sheyla.

—Ahora no tengo tiempo...— Se excusó ella una vez más, tratando de conseguir desaparecer de aquel lugar cuanto antes. Por suerte, apartó la mirada de los perfectos rasgos de Eric antes de escuchar cómo resoplaba.

—Bien, de acuerdo— Dijo al fin soltándola— Entonces, te diré lo que haremos: pasaré a buscarte mañana y te invitaré a cenar. Entonces tendrás todo el tiempo que necesites para explicarme lo que ocurre, y además eso te dará unas horas para decidir si quieres volver a verme. Si no es así, quiero que mañana me lo digas, y te aseguro que no volverás a verme, ¿te parece?

Sheyla se quedó perpleja. Nunca hubiera imaginado que Eric pudiera tener tanta paciencia. En realidad, estaba segura de que, para ese momento, ya la habría mandado a paseo. Sin embargo, ahí estaba, frente a ella, ofreciéndola tiempo para pensar, algo que necesitaba con urgencia aunque no se lo había comunicado en ningún momento, y una especie de cita para hablar sobre la decisión que tomara. Era extraño, pero de algún modo parecía que la había leído el pensamiento, y eso la calmó bastante. A pesar de que volver a verle iba a constituir una absoluta tortura, supuso que al menos le debía eso. La había tratado tan bien, de una forma tan correcta y paciente, que no fue capaz de negarse, a pesar de que hubiera sido lo mejor, al menos para él.

—Vale, de acuerdo— Aceptó al fin con voz temblorosa. Una nueva ráfaga de esperanza empezó a latir en su pecho cuando vio cómo el rostro de Eric dejaba de parecer confuso para reflejar un halo de la esperanza que parecía haber perdido minutos antes.

—Bien, entonces, vendré a recogerte a las nueve. Sé puntual— Eric esbozó una pequeña sonrisa antes de darse la vuelta sin más y comenzar a andar hacia el lado opuesto a donde se encontraba ella, sin ni siquiera darla la oportunidad de despedirse tras escuchar aquellas palabras. Simplemente, observó cómo Eric se alejaba de ella lentamente sin volverse a mirar atrás de nuevo hasta perderse en la lejanía. Sin embargo, antes de ser capaz de darse la vuelta para volver a su casa, recuperando así la voluntad sobre sus actos de nuevo, no pudo evitar pensar que había cometido un error. Tenía sólo veinticuatro horas para pensar cómo iba a rechazar a Eric sin resultar ofensiva, cuando lo único que deseaba era estar a su lado durante el resto de su vida. Aquello prometía ser más complicado de lo que hubiera deseado, pero no había más remedio que hacerlo, así que supuso que tenía que esforzarse para encontrar la forma de conseguirlo. Era preciso que lo hiciera.

CAPÍTULO 7

A la mañana siguiente Sheyla se levantó sintiéndose fatal. Podría haber jurado que tenía resaca, si no fuera porque era consciente de que no había bebido nada el día anterior. Estaba claro cuál era su problema: sabía lo que debía hacer, pero no quería hacerlo.

En realidad, después de que Eric la dejara en su casa con la promesa de ir a recogerla al día siguiente para cenar, ella había tratado de obligarse a reflexionar sobre lo que debía hacer. Intentaba pensar en cómo podría mantener una relación con Eric, teniendo en cuenta cuánto la dolía la idea de tener que apartarle de su vida cuando lo único en lo que podía pensar era en estar a su lado para siempre, si así lo deseaba también él, pero por mucho que trató de encontrar una solución mágica para conseguirlo, todo fue en vano. Era imposible. Sabía que ella no podía volver a mantener una relación con él... ni con nadie. No después de su pasado. No después de... él. Sin embargo, la idea de rechazar a Eric aquella noche le resultaba tan dolorosa que creía que no iba a ser capaz de conseguirlo. Se pasó toda la noche sin apenas hablar, a pesar de que Raquel trató de conseguir que lo hiciera. Sabía que la pasaba algo, pero no insistió tanto como en otras ocasiones. Quizá ella también tenía sus propios problemas, pero Sheyla se sentía tan mal que no creía estar en el momento adecuado para tratar de sonsacarla cuáles eran, así que ambas dejaron pasar el tiempo hasta que llegó la noche y las venció el sueño.

A la mañana siguiente, Sheyla había pensado continuar reflexionado sobre el tema durante el trabajo, pero su jefe, Félix, no parecía estar por la labor de darle opción a hacerlo. Cada pocos minutos la proporcionaba nuevos documentos que debía archivar, o la mandaba a enviar alguna carta, o repasar algún escrito... Era bastante estresante, pero tampoco la sorprendió demasiado. Félix era un buen hombre, además de un buen jefe, y la caía muy bien. Sin embargo, no podía olvidar el momento en que tuvo que rechazarle hacía unos meses, cuando se decidió al fin a pedirla una cita, a pesar de que la sacaba más de diez años y trabajaba para él. La excusa de que no le parecía adecuado salir juntos de aquel modo siendo su secretaria pareció convencerlo, pero aún había momentos en los que se sentía violenta al recordarlo. Por suerte, él parecía haberlo olvidado con rapidez, y no había cambiado en

absoluto su forma de actuar con ella. Era sin duda algo muy positivo, sobre todo para ella, porque se sentía a gusto en aquel trabajo, que ya dominaba casi a la perfección y no la hubiera gustado demasiado tener que buscar uno nuevo por un motivo tan absurdo. Pero no había habido problema. Félix la había recordado una vez más por qué la caía tan bien, y lo maduro que era, y había afrontado aquella especie de rechazo con mucha entereza, de modo que estaba segura de que el único problema de los últimos días era el caso que les ocupaba. Era un caso muy complejo, y, de ganarlo, estaba segura de que daría mucha visibilidad al bufete de abogados, y al despacho de Félix en concreto, por lo que su jefe estaba dándole todo para conseguir ganarlo, y por ese motivo ella llevaba unos días en los que no tenía tiempo ni para respirar, pero no se quejaba. Aquel era un buen trabajo, y no pagaban nada mal, así que supuso que no podía quejarse demasiado.

El único problema era que, debido al ajetreo que había llevado, no había podido meditar acerca de Eric en toda la mañana. En realidad, sabía que no había demasiado sobre lo que tuviera que pensar, pero de algún modo sentía que se debía a sí misma, y a él, el intentarlo al menos. Además, tenía que trazar algún tipo de plan para poder rechazarle con cuidado antes de que se volviera a quedar hipnotizada por sus hermosos ojos azules y no pudiera pronunciar palabra. Por desgracia, después de todo el día tratando de encontrar la forma de hacerlo, finalmente había desistido en su empeño. Era imposible. Tendría que afrontarlo como pudiera, improvisando como fuera capaz, haciendo que aquel mal rato se pasara lo más rápido posible para ambos. Esa era la idea en la que trataba de concentrarse mientras terminaba de arreglarse para la cena y Raquel la interrumpió de repente, quedándose perpleja al ver el hermoso vestido plateado que había elegido para la ocasión, los bucles que se había formado en el pelo y el pintalabios rojo oscuro que llevaba en los labios.

—Vaya, parece que alguien tiene una cita esta noche...— Dijo al fin con una gran sonrisa en su rostro. Al menos parecía haber recuperado la alegría que era tan habitual en ella.

—Sí, bueno... No exactamente...

—¿En qué quedamos? ¿Sí o no? Las dos cosas no pueden ser, Sheyla... Una contradice a la otra...

Sheyla no pudo evitar que una pequeña sonrisa se formase en sus labios al escuchar aquellas palabras antes de asentir con energía.

—Ya lo sé... Quiero decir que... Sí, he quedado con alguien esta noche, pero no es una cita. Eso es todo.

—Ah, vaya... Qué aburrido...— Raquel se sentó entonces en la cama e hizo una gran pomba con el chicle que llevaba en la boca hasta que se explotó en su cara, haciendo un ruido de lo más molesto— ¿Vas con tu jefe?

—No— Contestó sin más.

—Vaya... Entonces, ¿con quién?

—Con nadie importante...

Raquel frunció entonces el ceño perdiendo la sonrisa mientras la observaba con curiosidad.

—¿Nadie importante? ¿En serio?— Al no recibir respuesta por su parte, decidió negar con la cabeza— No puedo creerlo... Vas tan arreglada...

—Ya, bueno, no me he dado cuenta...

—¿Por qué me lo ocultas, Sheyla?— La interrumpió Raquel de repente, mostrándose preocupada. Su rostro se contrajo de repente a tal velocidad que apenas fue perceptible para Sheyla cuando se decidió a preguntar:— ¿No será...?

—No, claro que no— La interrumpió Sheyla sabiendo de forma instintiva a quién se refería para evitar escuchar su nombre— No te preocupes. Es...— Sheyla se había dado cuenta de que ya no podía seguir callándose con quién había quedado a pesar de que no quisiera hacerlo. En cierto modo, era un poco infantil, y lo sabía, pero se había tratado de convencer de que, si no lo decía en voz alta, sería como si no fuera real. Iría a cenar con Eric, le diría que no pueden seguir viéndose y luego volvería a su casa y lo olvidaría todo, como si nunca hubiera ocurrido. Así sería todo mucho más fácil, o eso la había parecido a ella en un principio. Pero si eso iba a provocar que Raquel creyera que estaba en peligro, no estaba dispuesta a llevarlo a cabo, así que suspiró y

se rindió al fin.

—He quedado con Eric... Ya sabes... El tío al que conocimos la noche del *speed dating*... El moreno de ojos azules que llegó tarde...

Raquel abrió los ojos como platos antes de cogerla del brazo, incrédula.

—¿Ese tío alto que estaba tan bueno? ¿En serio?

—Sí— Admitió Sheyla al fin.

—Joder, no puedo creerlo... Pero espera, no lo entiendo. Entonces, ¿por qué no querías decírmelo? Ni siquiera sabía que te hubiera llamado... Y ese no es un tío de los que se ocultan... Es alucinante.

—Lo sé... Pero es que no es lo que piensas... No voy a salir con él...

—¿Ah, no?— Raquel trató de evitar la carcajada que amenazaba con escapar de sus labios mientras observaba su aspecto. Desde luego, iba demasiado arregalda para que sus palabras parecieran verosímiles.

—No, bueno... Sí, claro. Hoy sí... Me refiero a que no vamos a empezar a salir juntos ni nada. Sólo vamos a cenar. Me encontré con él el otro día por casualidad al salir del gimnasio y no pude decirle que no...

—Lo entiendo— Confesó Raquel expectante.

—Sí, lo sé. Es muy atractivo, y parece muy interesante... De hecho, me gusta mucho... Pero...

—¿Cómo que pero?— La interrumpió Raquel de nuevo, perdiendo la sonrisa

— Lo que has dicho no tiene pero posible, Sheyla. Está claro que te gusta...

—Lo sé, es así. Pero no puedo salir con él... ni con nadie, ya lo sabes.

—No, te equivocas, no lo sé— Las palabras de Raquel tenían un matiz de seriedad que ponía los pelos de punta, sobre todo porque no era habitual en ella. Estaba claro que sabía a lo que Sheyla se refería antes de que ella tuviera que decirlo explícitamente, y eso la alegraba. No le gustaba tener que recordar todo lo que la había ocurrido, era demasiado doloroso— Sheyla, sé que has

pasado por cosas muy duras, y no puedo ni imaginarme como debe ser haber vivido algo así, pero tienes que entender que todo eso está ya en el pasado, y tú, como todos nosotros, tienes que seguir viviendo... El mundo sigue girando, la vida sigue...

—Ya, pero yo no lo siento así. Siento que, de alguna forma, puede volver a pasar en cualquier momento...

—Pero no es cierto. Eso es solo tu mente, que te juega malas pasadas... Él ya no está aquí, está muy lejos... Tienes que convencerte de ello— Sheyla observó el suelo un instante tratando de asimilar aquellas palabras, pero por mucho que lo intentara, no era capaz de conseguirlo— Tienes que ser valiente, y disfrutar de la vida. Y, si quieres que te diga la verdad, me da la impresión de que ese tío puede hacerte disfrutar mucho...— La pícara sonrisa con la que terminó la frase no dejó dudas sobre a qué se refería, lo que atrajo una sonrisa a los labios de Sheyla.

—Ya, tú siempre pensando en lo mismo...

—¿Es que hay algo más?— Sin embargo, pronto perdió la sonrisa de nuevo y cogió a su mejor amiga de las manos— Ahora en serio, tienes que sobreponerte. No puedes seguir viviendo en el pasado, no es sano. No deberías darle tanto poder sobre ti.

—Lo sé.

—¿Has vuelto a hablar con la psicóloga?

—Hace un par de meses que dejé de ir...— Admitió Sheyla con dificultad. Lo cierto era que, por mucho que le recomendaran hacerlo, la resultaba demasiado doloroso continuar hablando de todo lo que la había ocurrido en su pasado. Lo único que deseaba era olvidarlo, y estar hablando de ello a todas horas no ayudaba a que lo consiguiera.

—Deberías ir. Estoy segura de que te haría bien, ya lo verás.

—Sí, supongo que tienes razón. Lo pensaré...

—De acuerdo, pero mañana, ¿vale?— Raquel la cogió las manos con fuerza y

sonrió con dulzura— Ahora tienes cosas más importantes que hacer.

—Sí, eso creo...

—Pues entonces a ello.

Sheyla se sintió más fuerte después de oír las palabras de apoyo que la había dedicado su amiga, así que asintió con energía, se colocó el vestido y, a pesar de que el sonido del timbre de la puerta un par de minutos después la hizo dar un pequeño brinco por la sorpresa, se sentía decidida a intentar disfrutar de la velada que la esperaba. En realidad, era lo más lógico. Había quedado con un hombre perfecto, que la atraía muchísimo desde la primera vez que lo vio, así que supuso que la noche no podía ir tan mal, y al contrario de lo que había decidido poco antes, pronto pensó que lo mejor era dejarse llevar y tomar la decisión con tranquilidad, según como fueran las cosas, así que dio un abrazo a su mejor amiga y salió al fin de su casa, esperando que aquella noche todo saliera bien. Aunque, por más que lo intentaba, no era capaz de imaginarse cómo iba a conseguir que así fuera.

CAPÍTULO 8

Cuando llegó a la calle se sentía más nerviosa de lo que hubiera deseado. Sin embargo, todo aquello se desvaneció cuando salió de su portal y, tras cerrar la puerta con cuidado, se decidió a mirar al frente al fin y vio frente a sí a Eric vestido con una chaqueta negra a juego con su oscura camisa, que por primera vez no llevaba corbata y tenía los últimos botones desabrochados, y unos pantalones vaqueros azul oscuro que se ceñían a su cintura y luego caían de una forma tan sugerente que se encontró a sí misma hipnotizada una vez más sin apenas haberse dado cuenta. Sus ojos estaban fijos en el suelo, de modo que un mechón de su cabello rubio le caía sobre la frente. Sin embargo, al escuchar cómo se cerraba la puerta de su portal, Eric levantó la cabeza de repente y, aunque su gesto era preocupado, al verla una hermosa sonrisa apareció en sus labios antes de decidirse a caminar hacia ella.

—Dios, estás... preciosa— Dijo mientras tendía su mano esperando que ella la cogiera, algo que Sheyla hizo de forma instintiva nada más observar cómo la elevaba.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal, la verdad...

—Eso espero— Dijo él mientras la conducía hacia su coche. Increíblemente, Eric había estado apoyado en él, pero ella había estado tan inmersa en la perfección de sus facciones y, por supuesto, de su perfecto cuerpo que no se había dado cuenta, lo que podía resultar curioso, teniendo en cuenta que el coche que había traído aquella noche era enorme y plateado, además de precioso. Estaba claro que era uno de esos coches que a cualquier persona le encantarían, incluso a ella misma, a pesar de que los coches no la atraían demasiado.

Sheyla no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa cuando Eric se acercó a la puerta del acompañante con ella y la abrió con galantería.

—Vaya... No te tenía por un hombre tan... caballeroso— Comentó en voz baja mientras entraba.

—Pues te equivocabas. Lo soy... Y mucho— Respondió él antes de cerrar la

puerta para después rodear el coche hasta el asiento del conductor, entró y encendió el motor con naturalidad. Sheyla esperó con paciencia hasta que el vehículo se puso en marcha y entró en la autopista. Fue entonces cuando se dio cuenta de qué no sabía adónde se dirigían. Estaba tan cómoda al lado de Eric que, de algún modo, sentía que no le hacía falta, pero de todos modos decidió preguntar.

—¿Adónde vamos?

—A un restaurante que conozco... Está en el centro y la comida está deliciosa. Además, atienden muy bien. Creo que te va a gustar— Eric detuvo su explicación cuando miró a Sheyla de reojo un momento antes de volver a fijar la vista en la carretera y observó lo nerviosa que parecía— No te preocupes, hombre. Si no te gusta, podemos ir a otro sitio...

—No, no pasa nada.

—¿Ah, no?— Eric apretó los labios un momento. Estaba claro que le estaba engañando, pero no sabía cómo decírselo— Es extraño... Pareces... Nerviosa, la verdad.

—Sí, es posible.

—¿Por qué?— Preguntó Eric con curiosidad— ¿No creerás que voy a matarte, verdad?— Su pregunta fue formulada en tono de broma, pero por primera vez Sheyla se dio cuenta de que estaba con un hombre al que apenas conocía en un coche sin ni siquiera saber adónde se dirigían. Eso no era propio de ella. Siempre era muy precavida, seguramente demasiado, pero no podía evitarlo. Sin embargo, en compañía de Eric lo había olvidado, y en cuanto escuchó cómo se carcajeaba a su lado por su comentario, no pudo evitar reír también, aunque sólo fuera un poco.

—No, claro que no— Admitió al fin con sinceridad— No sé por qué, pero aunque apenas te conozco confío en ti.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No sé.

—Eso es difícil de creer, pero aceptaré tu respuesta, por ahora...

Sheyla asintió, tremendamente aliviada por su contestación, a pesar de que sólo era por el momento. No se sentía preparada para explicarse en ese instante. Necesitaba más tiempo... mucho más tiempo.

El resto del trayecto fue silencioso, excepto por algún momento en que Eric empezó a tararear alguna canción que sonaba por la radio mientras golpeaba el volante con la yema de los dedos al ritmo de la música, mientras ella observaba atónita sus manos, que eran tan hermosas, con unos dedos tan largos y perfectos como todo él. Además, eran muy suaves, como había podido comprobar poco antes, y se sorprendió al darse cuenta de que estaba deseando volver a tocarlas tan pronto como le fuera posible.

Aún estaba ensimismada en estos pensamientos cuando notó cómo el coche reducía la velocidad hasta detenerse por completo. Fue entonces cuando levantó la vista hacia Eric, que había permanecido casi todo el viaje concentrado en la carretera, y observó cómo sus preciosos ojos azules se fijaban de nuevo en ella.

—Bueno, ya hemos llegado.

—Genial.

Sheyla no pudo evitar advertir que Eric también parecía algo nervioso, a pesar de que no comprendía el motivo. Sin embargo, no tuvo oportunidad de preguntar, pues él se limitó a resoplar levemente antes de salir del coche al fin, permitiendo que ella le siguiese. Cerró el coche tras ella y observó cómo le dejaba las llaves a un aparcacoches antes de que se llevara el coche para aparcarlo. Entonces, él se acercó a ella de nuevo y la tomó de la mano con dulzura, permitiendo que ella se deleitara en la suavidad de su tacto una vez más. De algún modo, estaba segura de que nunca podría cansarse de ello.

—No te preocupes— La dijo con suavidad mientras subían unas pequeñas escaleras para llegar al fin al local— Tienen un menú muy variado, estoy seguro de que habrá algo que te guste.

—Sí, seguramente...— Respondió ella con la mirada fija en la forma en que los labios de Eric se movían al hablar. Fue entonces cuando fijó la vista al

frente y pudo observar el restaurante al que la había traído. Era grande y muy hermoso y, cuando entró por la puerta, un leve jadeo escapó de sus labios por la sorpresa. Por suerte para ella, Eric no pareció darse cuenta. El estilo era modernista. Todo estaba decorado en tonos blancos y negros, y estaba tan limpio que incluso parecía irreal, pero lo más alucinante de todo eran las enormes lámparas doradas en forma de araña que colgaban del techo, a juego con el espejo del fondo, que daban un toque clásico al lugar que contrastaba con su estilo general, aunque de alguna forma funcionaba perfectamente de todos modos. Un metre muy educado les saludó nada más llegar, y, tras preguntar a Eric por su familia y trabajo, demostrando que era un asiduo del lugar a pesar de lo lujoso que parecía, les condujo hacia su mesa y, tras darles tiempo para sentarse, les entregó la carta y se marchó de nuevo.

La carta era algo compleja, así que cuando Sheyla escuchó la voz de Eric preguntando si deseaba que pidiera por ella, un tremendo alivio se apoderó de todo su ser mientras asentía con una sonrisa. El camarero no tardó en aparecer de nuevo, y Eric le pidió unos platos que ella apenas pudo entender y un vino de reserva para beber, y le devolvió las cartas para que se marchara, lo que hizo con rapidez.

—¿Qué has pedido?— Preguntó Sheyla insegura. Aquel lugar no era habitual para ella, al contrario que para él según parecía, y se sentía bastante incómoda allí.

—Vino y solomillo... Aquí lo hacen con una estética diferente a lo que probablemente estés acostumbrada, pero no te preocupes. Está buenísimo.

—¿Tú vienes mucho por aquí?— Preguntó para darle conversación, a pesar de que ya sabía la respuesta.

—Sí, he venido siempre. Me gusta mucho, la verdad.

—La verdad es que es bonito...— Comentó observando alrededor con sinceridad. El lugar era exquisito. Nunca había ido a un restaurante tan elegante.

—Sí...— En aquel momento, el camarero les trajo el primer plato y Sheyla se quedó extrañada mirándolo. En efecto, la estética era poco habitual para ella,

pero no podía negar que parecía apetecible a pesar de todo.

—No pongas esa cara. Pruébalo, verás cómo te gusta. Sheyla asintió y cortó un trozo de la carne para acto seguido llevárselo a la boca. Estaba tan tierna que se la deshizo en cuanto tocó su lengua y la salsa que la acompañaba estaba tan rica que por un momento se la olvidó el extraño aspecto que tenía sobre el plato.

—Está buenísima...

—Te lo he dicho... Ya ves que no te miento...

—Es verdad...— Aceptó Sheyla mientras observaba cómo Eric esbozaba una nueva sonrisa antes de partir un pedazo de carne para llevársela también a la boca. Por un momento, pensó cómo sabrían sus labios, su boca, su cálida lengua...

—Bueno, y ahora que pareces un poco más tranquila, creo que teníamos una conversación pendiente...

—¿La teníamos?— Preguntó Sheyla sorprendida.

—Sí, ¿no te acuerdas? En el coche... Cuando parecías nerviosa... Me has dicho que no sabías cuál era el problema, pero ambos sabemos que eso es mentira, y, como ves, yo soy muy sincero... No me gusta que me ocultes nada, sea lo que sea...

Sheyla asintió, aceptando que no podía seguir mintiendo. No sería justo, estaba claro, pero tampoco tenía intención de confesar toda la verdad en aquel momento. Si hubiera sido porque sentía miedo lo hubiera dicho sin dudar, pero por desgracia no era así, y no pensaba volver a engañarle de nuevo.

—Lo entiendo, pero ahora estamos disfrutando de la cena. No creo que sea el momento adecuado para hablar de esto... ¿Qué te parece si lo dejamos para después?

Eric dudó un momento, pero finalmente asintió con desgana y, ampliando su sonrisa, se metió un nuevo pedazo de carne en la boca.

—Vale, como quieras. Hablaremos de ello luego.

—Perfecto. Y ahora, deja que termine mi cena.

—Por supuesto.

Eric parecía muy tranquilo, aunque en el fondo tenía cada vez más curiosidad por saber lo que ocurría. Era raro que Sheyla le estuviera ocultando el motivo por el que se había mostrado tan nerviosa en el coche, pero decidió esperar con paciencia a que ella terminase de cenar para explicárselo. Un trato era un trato, y aunque él no solía ser un hombre paciente, supuso que en aquella ocasión podía hacer una excepción.

Sheyla se pasó el resto de la cena hablando de temas sin importancia entre bocado y bocado, tratando de convencerse de que a Eric se le olvidaría aquella pregunta. La aterraba tener que confesar la verdad, pero supuso que aún la quedaba un poco de tiempo para conseguir que él lo olvidara. De lo contrario iba a pasarlo mal, y no estaba segura de adónde iba a llevarla aquella conversación. A ningún lugar agradable, estaba segura. Pero, por el momento, sólo podía esperar.

CAPÍTULO 9

Después de una velada que rozaba la perfección, Sheyla accedió a permitir que Eric la llevase al fin a casa. Era extraño, pero de algún modo se sentía cómoda a su lado, lo que la extrañaba, sobre todo porque llevaba tiempo sin sentirse tan a gusto en presencia de ningún otro hombre. De algún modo, era capaz de ver que Eric era una buena persona. Sin embargo, y por más que la costara admitirlo incluso para sí misma, no era capaz de pensar siquiera en la posibilidad de mantener una relación con él... ni con nadie. Y era extraño no poder explicárselo. Él parecía interesado en ella, y no la cabía duda de que se había percatado de que ella estaba más que interesada en él, motivo por el cual era aún más difícil comenzar una explicación que cada vez la parecía más inevitable.

Con todas aquellas ideas en su mente, Sheyla se había sentido incapaz de pronunciar palabra durante todo el trayecto hasta que habían llegado a su casa, algo que no había pasado desapercibido para Eric. Cuando paró el coche frente a su portal, se dio la vuelta para poder mirarla y, por un momento, pudo observar lo que había imaginado en los últimos instantes. Sheyla estaba incómoda a su lado, estaba claro.

—Bueno, la noche no ha estado mal, ¿verdad?— Preguntó al fin Eric, tras unos segundos en silencio esperando que ella hablase al fin.

—No, la verdad es que no ha estado nada mal— Admitió ella tratando de forzar una sonrisa que no terminó de materializarse en sus labios.

—Al final, parece que te ha terminado gustando el restaurante...— Bromeó curvando ligeramente los labios hacia arriba, tratando de conseguir que Sheyla se relajara.

—Sí, era muy bonito, y tenías razón: la comida estaba deliciosa...

—Entonces, ¿por qué estás tan callada?— La interrumpió Eric al fin, tratando de conseguir que se explicara.

—No sé...— Respondió Sheyla insegura. No se esperaba aquella pregunta tan

directa y no sabía cómo responder— Supongo que no me he dado cuenta.

—¿Seguro?

—Sí, claro. Seguro...— Mintió tratando de evitar que le temblara la voz, delatándola.

—Bien, me alegro— Eric esbozó una nueva sonrisa durante un par de segundos antes de decidirse a continuar— Bueno, pues si no hay nada más de lo que tengamos que hablar... Supongo que sólo nos queda hablar de la conversación que hemos dejado pendiente...

—¿Pendiente?— Repitió Sheyla frunciendo el ceño, confundida.

—Sí, claro ¿No te acuerdas?— Eric esperó hasta que Sheyla negó con la cabeza para explicarse al fin— Antes... cuando veníamos en el coche. Parecías nerviosa... Te he preguntado y me has dicho que no querías hablar de eso en ese momento, y que preferías cenar tranquila... Pero ya has cenado así que supongo que ahora sería un buen momento para hablar...

—No sé, Eric... Tengo un poco de prisa...— Se excusó Sheyla, cada vez más nerviosa.

—Son las doce de la noche, Sheyla.

—Lo sé, pero...

—Y mañana es fiesta...— Aclaró Eric empezando a enfadarse, mientras Sheyla asentía. No tenía sentido que tratara de negar que era consciente de ello — Mira, si no quieres volver a verme o algo así no tienes porqué darle tantas vueltas... Ya soy mayorcito... Podré afrontarlo...

—Ya, supongo que estás acostumbrado, ¿no?— Soltó ella de repente antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo. Por desgracia, había algún problema entre su cerebro y su boca cuando estaba cerca de aquel hombre y no era capaz de controlar lo que decía. Estaba claro que aquello no era cierto. Eric era terriblemente atractivo, y aunque no sabía demasiado sobre su vida privada, por la ropa que vestía, el coche que conducía y los restaurantes que frecuentaba no parecía que le faltase el dinero. Estaba claro que cualquier

mujer estaría encantada de salir con él, incluso algunas estarían dispuestas a esperar en fila para conseguirlo. Pero de algún modo aquellas equivocadas palabras habían escapado de sus labios antes de que pudiera haberlas detenido. Por suerte, Eric no pareció molesto por aquel comentario. Al contrario, una sonrisa apareció en sus labios nada más oírlo y, antes de darse cuenta, una sonora carcajada escapó de su perfecta boca. Poco después pareció volver a recuperar la compostura y se esforzó por volver a quedarse serio antes de mojarse los labios con la lengua y prepararse para contestar.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que estoy acostumbrado a que las mujeres me rehúyan?— Consiguió articular al fin.

—No sé...— Titubeó Sheyla tratando de salir de aquel embrollo con cierta dignidad— Bueno, quiero decir que... no, claro. Supongo que no.

—Ah, vale. Menos mal... Una cosa es que no te guste a ti, y otra que no guste a las mujeres en general...— Sheyla se quedó en silencio un momento y apartó la mirada para fijarla en el suelo del vehículo del que tan desesperada estaba por escapar. Por desgracia, a cada minuto que pasaba en él, más difícil la parecía conseguirlo— Entonces, supongo que podemos volver al tema que nos ocupaba...— Sheyla asintió levemente, sin volver a fijar la mirada en los preciosos ojos azules de Eric, que de algún modo sabía que estaban clavados en ella. Se sentía tan incómoda que estaba a punto de salir corriendo cuando la voz aterciopelada de Eric volvió a sonar, provocando que no tuviera más remedio que levantar la vista de nuevo— Mira, vamos a hacer un trato— Dijo con paciencia— Tú me contestas esa pregunta, porque tengo que decir que me muero de curiosidad, y yo dejo que te vayas sin más, ¿te parece?— Sheyla estaba a punto de negarse cuando Eric continuó— ¿Por qué estabas nerviosa cuando íbamos hacia el restaurante? ¿Por qué estás tan nerviosa ahora? ¿He hecho algo que te moleste...?— El rostro de Eric dejó de mostrar su característica sonrisa para parecer preocupado de repente, de modo que las palabras surgieron al fin a borbotones de sus labios sin que ella fuera capaz de controlarlas.

—No, claro que no... Ese no es el problema, Eric...

—Entonces, ¿cuál es?— Insistió él, cada vez más confundido— Dímelo y te liberaré de tu pesada carga: podrás irte y no volverás a verme más. Pero todo

esto es tan raro... Necesito saberlo...

Sheyla negó con la cabeza una vez más antes de ser capaz de explicarse.

—No, no lo entiendes...

—Entonces, explícamelo.

—Ese es el problema, precisamente, Eric. Que no quiero irme. No quiero dejar de verte, pero...

—Pero... ¿qué?

Sheyla tragó saliva y se armó de valor para decirle al fin la verdad. Parecía tan preocupado, tan desesperado por entenderla que supuso que eso era lo menos que se merecía. No pensaba permitir que se sintiera culpable por nada. Él no era el problema, lo era ella, y por mucho que la costase sincerarse, tenía que decírselo antes de desaparecer para siempre de su vida.

—Me pones nerviosa— Confesó al fin.

—¿Te pongo nerviosa?— Preguntó extrañado— ¿Por qué? ¿Qué he hecho...?

—Nada, no es por ti, es por mí. Es difícil de explicar...

—Pues inténtalo— exigió Eric con la mirada fija en Sheyla.

—Es complicado...— Sheyla respiró hondo antes de continuar— La verdad es que... me gustas, Eric. Me gustas mucho. De hecho, creo que jamás había deseado así a ningún hombre hasta ahora...

Eric se quedó un momento perplejo antes de conseguir responder. Estaba claro que cada vez comprendía menos lo que estaba ocurriendo, aunque no cabía duda de que se esforzaba en conseguirlo.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Tú me gustas, yo te gusto... Yo lo veo todo bastante sencillo...

—No, no es tan sencillo, porque yo... no estoy disponible, por así decirlo.

—Me dijiste que no tenías pareja.

—Y no la tengo...— Admitió Sheyla antes de observar cómo Eric esbozaba una pequeña sonrisa de nuevo y acercaba su mano para apartar de su rostro un mechón de su cabello.

—Entonces, no veo el problema, la verdad. No te estoy pidiendo matrimonio, Sheyla. Sólo quiero salir contigo de vez en cuando... No busco nada serio... De hecho...— Eric pareció quedarse pensativo un momento y luego cerró los ojos con fuerza antes de continuar— Bueno, da igual. El caso es que no quiero que te sientas presionada... No te estoy pidiendo que salgamos en exclusiva, no busco atarme a nadie... Eso no va conmigo... Sólo conocernos un poco, divertirnos juntos... No sé, vivir... Eso es lo único que te propongo... ¿No estarías interesada en eso?

Sheyla se quedó perpleja durante un momento. Por unos instantes, había olvidado la posibilidad de que Eric no quisiera nada serio con ella. Estaba tan acostumbrada a sentirse asfixiada en su relación que ni siquiera se le había ocurrido la posibilidad de que alguien se interesara en ella como una simple distracción. Siempre había pensado que aquello no iba con su carácter, pero después de haberse sentido tan oprimida en el pasado, por un momento su mente desconectó de su cuerpo y, de algún modo, llegó a la conclusión de que eso era justo lo que necesitaba. Vivir durante un tiempo sin preocuparse por nada más, sin obligaciones, sin ataduras, sin... amor. Simplemente divertirse al lado de un hombre tan atractivo y correcto como Eric. Era un buen plan, estaba claro.

—Pues nunca lo hubiera imaginado... Pero ahora que lo dices... Sí, creo que eso es exactamente lo que quiero... lo que... necesito.

—Entonces perfecto. Aún tenemos algunas cosillas más que aclarar, pero creo que por hoy ha sido suficiente... Mañana seguiremos, ¿vale?

Sheyla estuvo a punto de preguntar qué más podrían tener que aclarar, pero eso no hubiera sido consecuente con su nueva faceta de sí misma, libre y alocada, así que decidió asentir simplemente, a pesar de que la curiosidad la carcomía por dentro.

—Vale, como quieras...

Eric sonrió y se abalanzó sobre ella con fiereza antes de que fuera capaz de terminar la frase. Sus bocas se unieron y sus lenguas húmedas se enroscaron antes de que Sheyla fuera consciente de lo que estaba ocurriendo. La mano de Eric se posó en su nuca y el otro brazo se enroscó en su cintura con fuerza, mientras su boca la poseía por completo, dejándola sin respiración por un momento. Cuando ella consiguió enroscar los dedos entre los suaves cabellos de Eric, él decidió romper el beso de forma repentina, dejándola jadeando, deseándole con tanta fuerza que, si no hubiera tenido algo de dignidad, hubiera sido capaz de lanzarse sobre él en ese mismo instante y arrancarle la ropa con un solo movimiento para que la tomara allí mismo. Por suerte, fue capaz de contenerse. De lo contrario hubiera pasado mucha vergüenza.

—Bueno, creo que es mejor que lo dejemos aquí. Quiero explicarte todo un poco más despacio antes de llegar más lejos...

—Vale, como prefieras— Aceptó ella sin apenas escucharle. El corazón le latía en los oídos y el aire apenas le llegaba a los pulmones, lo que complicaba su intento de mantener una conversación. Sus manos temblaban cuando cogió el tirador para abrir la puerta.

—Te recogeré mañana a las ocho, ¿te parece? Así tendremos tiempo de hablar con calma...

—Claro, no hay problema. Hasta mañana— Sheyla salió del coche tan rápido como le fue posible, antes de dar a Eric la oportunidad de contestarla. De repente se sentía acalorada y necesitaba un momento para calmarse de nuevo. Estaba tan excitada que no fue capaz de distinguir el extraño tono de voz de Eric, de modo que, sin pensar demasiado en lo que había ocurrido aquella noche, decidió volver a su casa y darse una ducha para conseguir dominar su cuerpo de nuevo. Estaba claro que verse con Eric iba a resultar más complicado de lo que le hubiera gustado, ya fuera con una relación seria o no.

CAPÍTULO 10

Sheyla nunca imaginó que un hombre pudiera llegar a hacerla sentir tan nerviosa. Era extraño, pero allí de pie, frente a la puerta de su portal, esperando hasta que Eric llegara al fin, se sentía cada vez más intranquila. En realidad, había bajado cinco minutos antes de la hora a la que habían quedado. Fue tan ingenua que pensó que eso la ayudaría a relajarse, pero por desgracia, a cada segundo que pasaba se daba cuenta de que no iba a ser así. Y el problema no era sólo el hecho de que iba a volver a ver a Eric, lo que, ya de por sí, era suficiente para conseguir que su corazón comenzase a galopar tan rápido que parecía que iba a salirse del pecho, sino que, de algún modo, algo dentro de ella la indicaba que aquella noche algo iba a salir mal... muy mal, en realidad. Había cierto secretismo en Eric que no la gustaba nada.

Llevaba desde el día anterior intentando pensar en qué podía estar ocultándola, pero no conseguía imaginarlo: ¿Estaba casado? ¿Viudo? ¿Había matado a su mujer? ¿Tenía hijos...? Un montón de ideas, a cada cual más absurda, pasaban por su mente a toda velocidad, y la curiosidad por saber la verdad había ido aumentando a cada instante, hasta tal punto que en ese momento, allí de pie, con su vestido negro ceñido corto y sus zapatos de tacón a juego, sentía que ya no podía esperar ni un segundo más para averiguarlo. No comprendía qué podía ser tan grave que no pudiera haberla contado ya. Sin embargo, tampoco creyó que tuviera que darle tanta importancia. Al fin y al cabo, también ella tenía sus secretos... Unos que no tenía intención de contarle jamás, así que lo suyo era mucho más grave. Al menos él tenía intención de hacerlo, aunque no hubiera sido en su primera cita.

Ni siquiera había podido contarle sus inquietudes a Raquel. Sabía que no iba a entenderlo, y lo más probable era que ella hubiera pensado algo mucho peor de lo que ella podía siquiera imaginar, lo que la hubiera puesto aún más nerviosa, así que prefirió no explicarla demasiado. Sin embargo, los minutos le habían parecido horas y las horas semanas hasta que, al fin, había llegado la hora acordada.

Sheyla volvió a mirar su reloj de muñeca una vez más y comprobó que al fin eran las ocho en punto. Eric se retrasaba, y eso era lo último que necesitaba en

ese momento. Ya estaba tan nerviosa que apenas podía concentrarse, y el hecho de que él llegara tarde no hacía más que empeorar aquel mal augurio que seguía sintiendo por dentro. Por suerte, un par de minutos después vio aparecer su coche al fin, y se quedó observando cómo se paraba lentamente frente a ella. Antes de que tuviera oportunidad de salir del vehículo o llamarla por teléfono, se acercó con paso firme, abrió la puerta y entró dentro. No pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa cuando Eric se quedó perplejo observándola. Estaba claro que, por primera vez, le había cogido por sorpresa.

—Hola, preciosa— La saludó al fin, esbozando también una ligera sonrisa— Iba a llamarte ahora mismo... ¿Estabas fuera esperándome?

—Sí— Admitió Sheyla sin perder el gesto alegre, tratando de evitar que Eric se diera cuenta de lo nerviosa que se encontraba. Sin embargo, mientras observaba cómo él asentía. Estuvo tentada a explicarle que estaba ansiosa por verle y, sobre todo, por averiguar lo que tenía que contarla, pero no fue capaz, así que prefirió continuar en silencio.

—Vale, aunque no era necesario. Ya lo sabes— Comentó él antes de quedarse también en silencio durante el resto del trayecto. Hacia la mitad del mismo, Sheyla se dio cuenta de que no sabía dónde iba, pero prefirió seguir callada, a pesar de que su curiosidad iba en aumento. De algún modo, pudo observar cómo Eric parecía irradiar tensión, al igual que la ocurría a ella. El modo en que cogía el volante con fuerza mientras conducía hasta que los nudillos se veían blancos, además de la forma en que apretaba los labios y fruncía las cejas le daba algunas pistas de que lo que la esperaba no iba a ser agradable, pero supuso que, de ser así, podía esperar para enterarse.

Mientras continuaba tratando de adivinar qué podía ser tan grave como para que un hombre tan tranquilo como Eric se mostrara tan intranquilo de repente, pudo sentir como el coche se detenía al fin, de modo que levantó la mirada hacia su acompañante y esperó que hablara, lo que no tardó mucho en ocurrir.

—Bueno, ya hemos llegado— Anunció al fin, parando el coche. Fue en ese momento cuando Sheyla miró a su alrededor y vio que se encontraban en un recinto cerrado.

—¿Dónde estamos?— Preguntó extrañada.

—Estamos en el garaje de mi casa...— Explicó Eric— He pensado que hoy podíamos cenar en mi piso... Es un lugar más... íntimo... así que he pensado que es más adecuado para que podamos hablar más tranquilos...

—Me parece bien— Aceptó Sheyla a pesar de que sus nervios seguían aumentando por momentos. No comprendía por qué necesitaba tanta intimidad para mantener una conversación con ella, pero supuso que no tardaría en averiguarlo, así que decidió que lo mejor era forzarse a ser paciente y esperar a que él se lo explicara. Con suerte, cuando lo hiciera podría entenderlo todo.

—Vale— Dijo Eric después de respirar hondo. Acto seguido, salió del coche, la ayudó a salir y, tomándola de la mano, la dirigió hacia el ascensor. Ella observó en silencio cómo él sacaba una llave y la introducía para marcar su piso. No pudo evitar sentir curiosidad al respecto, pero su mente estaba en otra parte, así que decidió que lo mejor era no sacar el tema en ese momento.

Cuando el ascensor volvió a abrirse y la introdujo directamente en el enorme apartamento de Eric, no pudo evitar que un jadeo escapara de sus labios. Era el piso más bonito que había visto jamás. Estaba decorado en blanco y negro con un estilo modernista que la dejó sin aliento. Tenía todos los detalles que uno pudiera imaginar. Incluso un par de esculturas en los rincones del salón, que lo hacían mucho más ameno. Una de ellas la llamó especialmente la atención, quizá porque la recordó un poco al David de Miguel Ángel, una de sus obras favoritas de todos los tiempos.

—¿Te gusta?— Le preguntó mientras ella admiraba la escultura con fijeza.

—Sí, es hermosa.

—Es de un amigo mío. Es muy famoso en París.

—Vaya...— Murmuró sorprendida mientras sus ojos se posaban en el enorme ventanal que había frente a ella, y que mostraba la vista más preciosa que había visto jamás sobre la ciudad de Barcelona. La oscuridad le daba un toque algo más misterioso que de costumbre, y contrastaba con las luces de los edificios y las farolas. Luz y oscuridad, claridad y tinieblas se abrían paso ante sus ojos, y por extraño que pudiera parecer, nunca se había sentido tan a

gusto como en ese momento. Ni siquiera se había dado cuenta de que no tenía cortinas hasta un momento después, pero aquel lugar era tan perfecto que, de algún modo, parecía que no hacían falta. Apenas había paredes, y las pocas que había estaban cubiertas de muebles repletos de libros y de cuadros. La sobriedad con que estaba decorada la sorprendió, sobre todo porque nunca imaginó que Eric pudiera ser un genio decorando, pero pronto se dio cuenta de lo absurdo de su idea. Aquel lugar parecía muy caro, y a Eric no parecía faltarle el dinero, así que seguramente él no lo había decorado, sino que había contratado a alguien para hacerlo. En el momento en que se dio cuenta de ello, una pequeña carcajada se escapó de sus labios.

—¿Algo de lo que ves aquí te hace gracia?— Le escuchó preguntar a su espalda de repente. Su voz sonaba algo más crispada de lo que esperaba.

—No, claro que no... Es sólo que... Tengo hambre— Respondió ella con una sonrisa, tratando de aliviar la tensión que parecía crecer entre ellos.

—Bien, entonces vamos a comer.

Eric la guió hacia la mesa, que ya estaba exquisitamente decorada con todos los detalles que se pudieran imaginar, incluyendo servilletas en forma de cisne, algo que la sorprendió bastante. Estaba intentando imaginarse a Eric doblándolas de ese modo, cuando vio aparecer a una mujer por la puerta que había frente a ella. Llevaba una bandeja enorme cubierta por una tapa plateada.

—Se lo dejo aquí, señor— Dijo con voz melosa mientras ponía la bandeja en el centro con cuidado.

—Gracias, Susan— La voz de Eric fue tan dulce que apenas fue capaz de reconocerla.

—Avísame cuando necesiten el postre... o cualquier otra cosa— Y con aquellas palabras, la mujer desapareció al fin y Sheyla se quedó mirando a Eric durante un par de minutos. Él hizo caso omiso a su forma de observarle con fijeza y levantó la tapa. No dijo nada más. Sólo se sirvió y esperó con paciencia hasta que ella se decidió a hacer lo propio. Entonces, ambos tomaron un bocado de aquella carne con salsa que estaba tan deliciosa como

suave. Sheyla tomó un par de bocados más en silencio antes de comenzar a sentirse muy incómoda. Eric parecía tan ajeno a ella que empezaba a molestarla, de modo que decidió que lo mejor era decir algo al fin, fuera lo que fuera.

—Estás muy raro hoy... ¿Te pasa algo?

—No, claro que no— Respondió él rápidamente, como si lo tuviera ensayado. A pesar de que no parecía sincero, Sheyla prefirió cambiar de tema, utilizando otra táctica para ver si podía suavizar el tono de la velada.

—Me alegro. Por cierto, me encanta tu casa. Es preciosa ¿La has decorado tú?

—No, claro que no. Yo... no creo que sea muy bueno decorando.

—No sé... No creo que se te hubiera dado tan mal...

—Yo creo que sí. Todo esto es obra de un decorador profesional: Julio Mendoza. Es un buen amigo, y uno de los mejores en su campo. A él le debo que mi casa tenga un aspecto tan agradable. Yo, en realidad, no he tenido nada que ver.

—Vaya, qué pena— Eric observó confundido a Sheyla durante unos segundos antes de que ella se decidiera a explicarse— Quería decir que... Me gusta ver la casa de la gente porque así parece que les conoces un poco más, pero en tu caso no va a ser posible conocerte... al menos no tan rápido.

Eric esbozó una pequeña sonrisa, lo que por un momento calmó un poco los nervios de Sheyla. Sin embargo, desapareció tan rápido que no la dio tiempo de conseguirlo del todo.

—Bueno, quién sabe. Quizá sea mejor así. Es posible que, cuando me conozcas un poco más, te des cuenta de que no quieres conocerme en absoluto...— Comentó en un tono de voz tan bajo que apenas fue audible para Sheyla, sobre todo teniendo en cuenta que la mesa en la que estaban sentados era enorme, y se habían colocado cada uno en un extremo de la misma.

—No te entiendo ¿Por qué dices eso?

—Por nada... Da igual.

Sheyla estuvo a punto de permitir que la conversación terminase en ese momento, pero la curiosidad que sentía se lo impidió.

—A mí no me da igual. Hay algo que no me estás contando, ¿verdad?

—Sí, es verdad— Admitió Eric con naturalidad.

—Pero dijiste que ibas a hacerlo hoy... ¿Has cambiado de opinión?

—No, claro que no. Pienso decírtelo, pero es mejor que sea después de cenar. Así estaremos más tranquilos y... podrás irte si te apetece.

—¿Y por qué iba a querer irme?

—No lo sé— Respondió sin más encogiéndose de hombros— Es una posibilidad.

—Sigo sin entender nada.

—Es normal, pero no te preocupes, lo entenderás todo enseguida. No tengas tanta prisa. Quiero disfrutar la cena, y de tu compañía, al menos un rato más, ¿tú no?

—Claro.

—Pues entonces vamos a terminar de comer y luego hablaremos de todo lo que quieras, ¿de acuerdo?

Sheyla estuvo a punto de decir que no estaba de acuerdo. Las pocas señales que la enviaba eran de lo más confusas y no pudo evitar pensar que necesitaba saber más de lo que fuera que Eric la estaba ocultando. Sin embargo, decidió que Eric parecía tan decidido a dejar el tema para más tarde que no iba a explicarla nada en ese momento por mucho que ella insistiera, y deseaba pasar un rato a gusto con él, así que luchó contra su curiosidad una vez más, y asintió con paciencia. Ambos cambiaron de tema y la cena transcurrió amena mientras charlaban sobre todos los lugares a los que Eric había viajado. Parecía tan entusiasmado al explicarle lo bien que lo había pasado que no pudo evitar

desear ir a visitarlos, de ser posible a su lado.

Antes de darse cuenta, Sheyla se había terminado su último pedazo del exquisito flan de huevo con nata que Eric había ofrecido de postre, y, de repente, la atmósfera entre ellos volvió a cambiar. Eric se quedó serio de nuevo y la guió hacia el sillón que había al lado frente a una mesita baja de madera cuadrada. Ambos tomaron asiento mientras el silencio les oprimía la garganta.

—Bueno, ha llegado el momento.

—Sí, supongo.

Eric respiró hondo y se pasó los dedos por el pelo. A pesar de que trataba de mostrarse tan calmado como siempre, se le veía realmente nervioso.

—El motivo por el que te he hecho venir aquí hoy es que... No te he contado toda la verdad sobre la relación que te ofrezco... Quiero decir, el tipo de relación que puedo ofrecer.

—¿Ah, no?— Sheyla se sintió más confusa que nunca, sobre todo porque ella creía que tenía toda la información necesaria al respecto— Yo creía que ya habíamos hablado de ello... Creo que ambos acordamos mantener una relación libre y sin ataduras... ¿Has cambiado de opinión?

—No, claro que no... No se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué?

Eric dejó escapar el aire de sus pulmones antes de juntar las manos frente a él.

—El tipo de relaciones que yo mantengo son un poco... peculiares...

—¿Qué quieres decir?— Sheyla frunció el ceño, cada vez más confundida por las palabras que escuchaba.

—Yo tengo un estilo de vida diferente, alternativo...

—No entiendo nada— Comentó Sheyla— ¿Me estás hablando de una secta o algo así?

—No, no... Claro que no...— Por un momento Eric pareció relajarse un poco mientras un par de carcajadas se escapaban de sus labios— No me refiero a eso.

—¿Pues entonces a qué? Dímelo de una vez porque me estás empezando a poner muy nerviosa. Habla claro— Exigió muy seria.

—Vale, como quieras— Eric perdió la sonrisa rápidamente mientras la observaba con cautela— ¿Alguna vez has oído hablar de dominación?

—¿Dominación?— Preguntó ella extrañada.

—Sí, de dominación... De... Sadomasoquismo.

CAPÍTULO 11

Sheyla se quedó un momento petrificada mientras trataba de asimilar lo que acababa de escuchar. Era imposible que hubiera oído correctamente, pero no era capaz de articular palabra para poder aclararlo. Estuvo un momento más en silencio, tratando de decidir qué hacer a continuación sin llegar a conseguirlo del todo, cuando observó cómo el gesto de Eric cambiaba. Sus ojos se cerraron en un gesto de resignación que no la gustó en absoluto a pesar de todo lo que pasaba por su mente, que, desde luego, no era agradable, y sus hombros parecieron caerse ligeramente antes de que fuera capaz de volver a mirarla una vez más. La sutil tristeza que emanaba de su rostro, aquel que siempre había percibido impertérrito hasta ese momento, la hirió en lo más profundo de su ser, pero de todos modos no fue capaz de hablar. Únicamente se concentró en escuchar la voz de aquel hombre a quien, a cada segundo que pasaba, tenía más claro que no conocía en absoluto.

—¿Me has oído, Sheyla? ¿Sabes de lo que hablo? ¿Sabes lo que esto significa?— Insistió él paciente.

—No... Supongo que no demasiado— Se forzó a responder ella tratando de controlar su ansiedad poco a poco.

—Vale, entiendo ¿Quiéres que te lo explique?— Las palabras que salían de los labios de Eric eran esperanzadoras en apariencia, pero la forma en que las pronunciaba y el tono de voz que utilizó al hacerlo dejaban claro que no lo eran en absoluto. Parecía que él había dado por finalizada su conversación, algo que ella ya se había planteado, y seguramente lo hubiera hecho de haber sido capaz de reaccionar, pero no la había sido posible. Eric había percibido sus sentimientos de algún modo a pesar de que ella no había sido capaz de comunicárselo, y sabía que no había nada más que hablar después de haber revelado aquella información, pero de todos modos trataba de seguir hablando con ella. Aquello era desconcertante, y por un momento estuvo tentada de preguntarle al respecto, pero sabía que había muchas otras cuestiones que aclarar antes, y no se sentía capaz de abordar ninguna de ellas, así que decidió que lo mejor era mantenerse lo más calmada posible y en silencio. Se limitó a asentir levemente, más que porque realmente quisiera hablar de un tema que,

sin duda, la atormentaba, porque necesitaba ganar algo de tiempo para salir del shock en que se encontraba. No quería perder a Eric, no quería alejarle de su lado. Eso era lo último que hubiera deseado desde el mismo día en que lo conoció, pero, de algún modo, estaba a punto de hacerlo por segunda vez, y en aquella ocasión no iba a haber segundas oportunidades. Sería algo definitivo y eterno. No había otra opción. No podía volver a pasar por aquello.

—Bien, no te preocupes. Entiendo que todo esto pueda resultarte... extraño. Pero cuando te lo explique estoy seguro de que no te parecerá tan malo.

—¿Estás seguro de eso?— Preguntó Sheyla, incrédula. Su voz había adquirido un tono cruel que pareció sorprender a Eric por un momento, pero pronto se recuperó y volvió a parecer tan frío y calmado como siempre.

—Sí, estoy seguro— Respondió al fin con seguridad mientras asentía— Sé que ahora no lo entiendes, sé que es algo complicado, pero cuando sabes un poco sobre el tema no es para tanto. Seguro que has oído cosas y estás un poco confundida sobre el tema... No pasa nada, es normal, es lo que le pasa a casi todo el mundo que es ajeno a nuestro mundo...

—¿Vuestro mundo?

—Sí, exacto. Es un mundo algo... peculiar. Pero al final nuestras relaciones no son tan diferentes de las relaciones vainilla...

—¿Vainilla?— Preguntó Sheyla abriendo mucho los ojos. Empezaba a sentirse cada vez más incómoda y no la estaba gustando nada. Por primera vez al lado de Eric se había sentido insegura, al igual que ocurría a menudo en su pasado, y no la gustaba nada recuperar aquel mal hábito. Se había jurado a sí misma demasiadas veces que no iba a volver a sentirse así jamás, y odiaba faltar a su palabra.

—Sí, perdona...— Eric cerró los ojos un momento y pareció maldecirse a sí mismo en silencio antes de volver a fijar la vista sobre ella— Vainilla es la forma en que denominamos las relaciones ajenas a la dominación y el sado...
— Eric volvió a respirar hondo antes de continuar— Bueno, ¿por dónde iba?

—Intentabas explicarme que la forma en que mantenéis relaciones no es tan diferente de la normal...— Algo en el gesto de Eric hizo que Sheyla se diera

cuenta de que algo de aquel comentario le había afectado, aunque no era capaz de saber qué.

—Normal, ¿eh?— En aquel momento, Sheyla se dio cuenta de cuál había sido el problema, y no sólo parecía haberle afectado aquella palabra, sino que incluso parecía ofendido, pero ella no dijo nada. Simplemente continuó mirándole con dureza hasta que él se decidió a continuar— Bueno, está claro que no es una relación habitual... En eso tienes razón.

—Ya lo supongo— Sheyla estaba comportándose de una forma tan fría y cruel que Eric estaba teniendo dificultades para continuar conversando de forma calmada, pero de alguna forma lo estaba consiguiendo, aunque estaba claro que no sin esfuerzo, y aquello la llevó a pensar si esa era la primera vez que mantenía una conversación parecida con una mujer a la que, de alguna forma, deseaba.

—Sí, bueno. Creo que es mejor que empecemos a centrarnos. Te voy a explicar un poco cómo funciona todo esto, ¿te parece?— Sheyla se limitó a volver a asentir de nuevo y Eric suspiró antes de continuar— Mira, sé lo que esto puede parecer en un principio, pero estoy seguro de que no es lo que imaginas. El sadomasoquismo sólo es una forma más de mantener una relación sexual. Una forma muy excitante, te lo aseguro.

—Permíteme que lo dude— Susurró Sheyla apartando la mirada de Eric con desdén.

—No lo dudes, lo es si es lo que deseas hacer. Es sólo que no a todos nos atrae este mundo, esa es la cuestión. Se basa en una especie de juego de rol, donde uno de los integrantes de la pareja es el dominador y otro el sumiso. Todo esto se pacta antes de comenzar, por supuesto, igual que los momentos en los que esto se llevará a cabo, ya sea en todo momento o sólo unas horas al día, o sólo unos días del mes... Hay muchas posibilidades distintas, ¿sabes? Y en esos momentos se llevan a cabo una serie de prácticas anteriormente acordadas que supuestamente agradan a ambos miembros. Por supuesto, cualquiera de los dos puede dejar la relación o parar el juego en cualquier momento...

—Entiendo— Sheyla cortó a Eric con tal frialdad que ni siquiera se reconocía

a sí misma— ¿Y me puedes decir qué parte eres tú en ese juego?

—¿A qué te refieres?

—A si eres el dominador o el... dominado.

Eric se recostó levemente en su asiento antes de contestar.

—El... dominador.

—Así que te gusta... maltratar mujeres. Disfrutas torturando a mujeres indefensas. Te excitas con ello...

—No, Sheyla. No lo entiendes. Estás muy equivocada...

—¿De verdad?— Sheyla sonrió levemente— ¿Quieres decir que nunca lo has hecho?

—No, no es eso lo que quiero decir. No estás utilizando los términos adecuados, eso es todo. Yo nunca he torturado o maltratado a mujeres indefensas, Sheyla, joder. No es justo que me digas eso... Ya te lo he explicado antes... Es parte de un juego... Y disfrutamos los dos, no sólo yo...

Sheyla pareció quedarse pensativa un momento, dudando sobre lo que acababa de escuchar, pero pronto se dio cuenta de que aquella conversación no tenía sentido. Para ella, sólo una cosa importaba, una pregunta muy simple y sencilla de la que, en realidad, ya tenía la respuesta, pero de igual modo necesitaba oírlo de sus labios, de los labios del hombre que hacía sólo unos minutos tanto había deseado, aunque en ese momento sintiera que la asqueaba, así que se preparó para hacerla, a pesar de que sabía adónde la llevaría aquello. Iba a perderlo para siempre, pero no había remedio.

—No te creo. Me cuesta mucho creer que la persona maltratada disfrute, pero de todos modos, toda esta conversación no nos está llevando a ninguna parte. Sólo necesito saber una cosa.

Eric se pasó los dedos por el pelo en un gesto de clara frustración antes de decidirse a asentir al fin.

—Vale, pregunta lo que quieras.

—¿Alguna vez has pegado a una mujer?

Eric se quedó mirando a Sheyla con tristeza antes de asentir al fin.

—Sí.

—¿Alguna vez has atado a una mujer y la has pegado?

—Sí— Repitió Eric sin apartar la vista de sus ojos, tratando de conseguir que entendiera lo que él necesitaba transmitirla, aunque de algún modo estaba seguro de que no iba a conseguirlo, porque ni siquiera estaba dispuesta a escucharle.

—¿Y eso te ha hecho disfrutar...? ¿Eso te ha excitado, Eric?

—No estás entendiendo nada, joder. No estás dejando que me explique... Las cosas no son como tú las estás poniendo...— Eric levantó la voz al fin, lo que provocó que Sheyla se enfadara aún más.

—¡No quiero que me expliques nada!— Gritó Sheyla furiosa mientras continuaba observándole con dureza— Sólo quiero que me contestes esa pregunta, Eric. Es todo lo que necesito saber ahora mismo. Has dicho que contestarías cualquier cosa que yo te preguntara, ¿no es así?

—Sí, por supuesto, pero esto no es justo...

—¿Ah, no? ¿Querer que no faltes a tu palabra no es justo? Debí haberlo imaginado viniendo de alguien como tú... Tus promesas no valen nada... No puedo confiar en ti...— Sheyla se levantó y se dio la vuelta para marcharse en ese momento, pero Eric se levantó de repente y la tomó del brazo, impidiéndoselo. Sin embargo, en cuanto ella notó su tacto se apartó con rapidez mientras le empujaba con fuerza— ¡No me toques!— Gritó angustiada mientras luchaba por contener las lágrimas que anegaban sus ojos.

—Vale, no lo haré— Dijo mientras levantaba las manos en señal de rendición. Ambos se quedaron mirándose unos segundos, tratando de asimilar todo lo que había ocurrido en los últimos minutos, hasta que finalmente Sheyla se volvió

de nuevo hacia él.

—Responde a la pregunta, Eric. Dime la verdad. Es todo lo que necesito para tomar una decisión ¿Disfrutaste pegando a una mujer... sí o no?

Eric se quedó observando a Sheyla un momento antes de que un leve suspiro escapase de sus labios.

—Sí— Murmuró al fin con voz temblorosa. Sheyla se quedó sorprendida por su admisión. Sabía que esa era la respuesta que iba a darle, pero nunca imaginó que fuera a tener valor suficiente para hacerlo. Sin embargo, aquello, lejos de hacerle merecedor de respeto por su parte, sólo consiguió que lo odiase más.

—Eres un monstruo— Dijo acercándose a él mientras le miraba a los ojos con gesto crispado— No quiero volver a verte jamás, ¿me has oído? No vuelvas a acercarte a mí o te aseguro que te denunciaré— Sheyla se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta dejando a Eric perplejo sin poder reaccionar.

—Sheyla, espera, deja que me explique— Dijo al fin cuando vio cómo llamaba al ascensor.

—No quiero escuchar nada más. Ya sé todo lo que necesitaba, y me das asco. No quiero volver a saber nada de ti— El ascensor se abrió en ese momento con un suave pitido y Sheyla entró dentro, tratando de aguantar los sollozos que empezaban a quemarla en el pecho— Adiós, Eric— Fue lo último que dijo antes de que las puertas se cerrasen frente a sus ojos, dejando ante ella a un Eric desconcertado y perplejo con un gesto de tristeza y resignación que no la gustó en absoluto. Pero todo aquello daba igual. Sus sentimientos carecían de importancia. Él era un ser terrible, una abominación de la naturaleza, y debía escapar de su lado. No había otra opción. No iba a volver a pasar por lo mismo. De algún modo, cuando las lágrimas que llevaba una eternidad aguantando escaparon de sus ojos, se dio cuenta de que había hecho lo único que podía hacer. Quizá otra mujer más inocente, con un pasado menos complicado que ella, pudiera dudar sobre sus sentimientos, pero ella tenía sus ideas demasiado claras para que aquel hombre la hiciera dudar. No cabía la menor duda de que, por mucho que la doliese, estaba haciendo lo correcto.

Aquel hombre era peligroso, mucho más de lo que había imaginado, y por tanto tenía que escapar de él. Y eso era, exactamente, lo que estaba haciendo.

CAPÍTULO 12

Cuando Sheyla abrió los ojos aquel jueves festivo, sólo sintió un escozor que aún le era difícil de aliviar. El físico lo comprendía, puesto que se había pasado gran parte de la noche llorando, pero el emocional era más complicado para lidiar con él. Por un momento, había pensado que empezar a salir con un hombre de nuevo podía ser una buena idea, que incluso podía venirle bien para empezar a superar su dura etapa anterior, pero estaba claro que se había equivocado. Eric no la convenía, estaba claro. Lo había sabido desde que le vio por primera vez. De algún modo, lo había sentido con solo mirarlo, pero nunca hubiera imaginado hasta qué punto era peligroso para ella acercarse a él. Era un monstruo, igual que su ex, aunque se intentara convencer a sí mismo de lo contrario. Por suerte, a ella no podía manipularla con la facilidad que le hubiera gustado. Tenía demasiado bagaje a sus espaldas como para dejarse convencer por cualquier hombre que se acercara a ella. Pero, por desgracia, eso no haría que el dolor que sentía por dentro disminuyera.

Cuando se levantó, vio que, para su sorpresa, Raquel estaba desayunando en casa, algo que no era muy habitual cuando no trabajaba. El problema era que no estaba sola. Había un hombre desayunando a su lado al que no conocía de nada, así que, aprovechando que ambos se estaban besando en ese momento y no parecían ser aún conscientes de su presencia, decidió abrocharse la bata que se había puesto y atusarse un poco el pelo. Por desgracia, no podía hacer nada con la hinchazón de sus ojos o la rojez de sus mejillas, así que dejó de intentarlo bastante pronto. Justo cuando había desistido del todo, Raquel se separó de su imponente acompañante y levantó la mirada hacia ella. La expresión que puso cuando la vio dejó claro que su aspecto no era, tal como suponía, demasiado alentador.

—Sheyla... No sabía que estabas aquí... Creí que habías salido anoche... Este es Jose...— Dijo frunciendo el ceño mientras la observaba. No tardó demasiado en ponerse en pie y dirigirse hacia ella— ¿Estás bien?

—Sí, claro. No pasa nada. Sólo vengo a por un café, no quiero molestar...— Contestó ella insegura. No estaba demasiado acostumbrada a que Raquel tuviera compañía por la mañana, y eso, unido a todo lo que la había ocurrido

el día anterior, la tenía algo descolocada.

—No digas tonterías, tú no molestas...

—No, en serio. Da igual— Sheyla se sirvió un café ante la mirada preocupada de Raquel y luego se dio la vuelta, tratando de esbozar una sonrisa tranquilizadora, sin llegar a conseguirlo del todo— Estaré en mi habitación si me necesitas, ¿vale?

—Vale...— Respondió Raquel desganada.

—Encantada de verte, Jose...— Sheyla no pudo evitar que, aun con toda la tristeza que sentía, no se hubiera olvidado de mantener un mínimo de cortesía, sobre todo porque Jose no parecía el típico hombre que aparecía en la vida de Raquel tan rápido como desaparecía. De hecho, nunca la había visto tan acaramelada con nadie, y eso la hizo sospechar que quizá aquello pudiera ser distinto. Era extraño, porque el hombre la sonaba, pero no lograba averiguar de qué, y en aquel momento la era complicado concentrarse, así que decidió despedirse rápidamente y volver a su habitación.

Si hubiera sido capaz de dejar de compadecerse de sí misma durante un rato, se hubiera alegrado de ver a su amiga tan feliz. Hacía mucho tiempo que no veía cómo la brillaban los ojos de alegría, y, por muy triste que ella estuviera, no se la había escapado ese detalle. Estaba pensando que esperaba que fuera muy feliz con ese hombre, a quien seguía sin recordar por mucho que la molestara, cuando escuchó cómo se abría la puerta de su habitación. Antes de que la diera tiempo a levantar la mirada, Raquel estaba sentada en la cama a su lado y la observaba preocupada.

—Sheyla, ¿estás bien?— Preguntó sin apartar la mirada de sus ojos.

—Sí, claro, estoy bien, no te preocupes ¿Dónde está... Jose?— Su respuesta tenía como objetivo claro el cambiar de tema, algo no que no le pasó desapercibido a su mejor amiga, que la conocía demasiado bien como para que pudiera engañarla, lo que demostró al fruncir los labios antes de contestar.

—Se ha ido. He quedado luego con él, pero antes tenía que hablar contigo...

—Es raro que estuviera aquí aún a estas horas, ¿no?— Sheyla no tenía

intención de cesar en su empeño de cambiar de tema, y además tenía curiosidad por saber quién era ese hombre, así que continuó con el tema, a pesar de que Raquel no parecía dispuesta a aceptarlo fácilmente.

—Sí, es raro, no lo niego— Dijo al fin antes de suspirar. Parecía realmente diferente, y, aunque eso era sorprendente, también provocaba bastante alegría. Sheyla nunca llegaría a ser feliz, ya lo tenía asumido, pero Raquel sí, y ella estaba dispuesta a ayudarla a conseguirlo— Pero... Es que Jose es diferente... Ya creí que no iba a llamarme, pero al final lo ha hecho, aunque se ha hecho de rogar, está claro...

—Vaya, buena táctica. Está claro que, al menos contigo ha funcionado— Sheyla no tardó en darse cuenta de algo que a su mejor amiga parecía haberla pasado desapercibido: Jose parecía bastante interesado en ella, y el tiempo que había pasado hasta que había tomado la decisión de llamarla había jugado a su favor, así que Raquel sonrió, dándose cuenta de su efectiva estrategia.

—Mierda, no lo había pensado. Me gustó tanto aquella noche... aunque apenas hablamos unos minutos que pensé que me llamaría, pero tardó tanto que había perdido la esperanza, así que cuando al fin lo hizo estaba tan emocionada...— Raquel miró al techo un momento y perdió la sonrisa— Parece que me ha manipulado, ¿no?

Sheyla estuvo a punto de soltarle que no era la única, pero se contuvo. No la apetecía hablar sobre Eric en ese momento, ni durante el resto de su vida. Sólo quería olvidarle cuanto antes, olvidar que lo había conocido y todo lo relativo a él, y hablar de él no iba a servir para su propósito, estaba claro.

—No te ha manipulado, Raquel, no exageres tanto. Simplemente, quería que supieras que existía, y lo ha conseguido, eso es todo.

—Sí, eso está claro, pero de todas formas le perdono. Aunque lo he pasado mal, ha merecido la pena... Al final, ir al *speed dating* aquella noche no fue tan mala idea... ¿no?

—No, supongo que no...— Admitió Sheyla negando con la cabeza, dándose cuenta al fin del motivo por el que le sonaba tanto la cara de Jose: era el amigo de Eric, uno de los que le acompañaron aquella noche a la cita en la

discoteca, y aquello podría darla algún problema, pero pronto decidió que apenas conocía a Eric pero no parecía de los que iban explicando su vida privada con facilidad, sobre todo porque tenía bastante que ocultar, así que decidió que no tenía nada que temer. Con toda seguridad, su secreto estaba a salvo.

—Bueno, y ahora basta de hablar de mí. He venido aquí para preguntarte a ti...

—Yo estoy bien, no pasa nada.

—Tus ojos llorosos no me están diciendo lo mismo, Sheyla— Raquel pareció algo molesta al darse cuenta de su mentira, pero trató de controlarse. Al fin y al cabo, no sabía lo que intentaba ocultarle Sheyla, podría ser algo grave, y confiaba en ella lo suficiente como para pensar que si no la contaba algo tenía algún motivo para ello.

—Sí, bueno... Ayer las cosas con Eric no fueron del todo bien, eso es todo. No voy a volver a verle. Pero no te preocupes, no es nada que no se me vaya a pasar en unos días...— Raquel la observó un momento antes de volver a hablar.

—¿Seguro?— Dijo al fin, mirándola incrédula— ¿No te ha pasado nada más? Porque apenas le conocías, y me extraña verte tan afectada...

—Sí, lo sé. A mí también me extraña, pero así es. Me gustaba mucho, Raquel.

—Y, entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que...— Sheyla estuvo a punto de contar la verdad. Por un momento, pensó que era lo mejor, que así Raquel podría entender lo que la ocurría, lo que estaba pasando, pero no tardó en desistir. Aquello era algo demasiado íntimo, demasiado incómodo para hablar de ello, y además llevaría a muchas otras preguntas que ni deseaba ni podía responder, así que lo mejor era resumir el problema sin dar demasiadas explicaciones. Así saldría airosa lo antes posible— Me ha mentado. No es quien yo esperaba, eso es todo.

—¿Te ha hecho daño?— Preguntó Raquel sacando entonces su vena protectora.

—No, no me ha hecho daño— « Aunque deseaba hacerlo » escuchó decir en su mente. Sin embargo, no fue capaz de articular las palabras en voz alta— No pasa nada, no voy a volver a verle más, ya se lo he dejado muy claro. No te preocupes, en serio. Estoy bien...

—A mí no me lo parece...— Raquel no parecía convencida, pero Sheyla se esforzó por sonreírla, lo que pareció tranquilizarla un poco.

—Lo sé, pero se me pasará enseguida. No es nada. Sólo un berrinche tonto... Es que... Había puesto tantas ilusiones en esto que...

—Lo entiendo— La interrumpió Raquel para su sorpresa— Por primera vez, creo que te entiendo. Si Jose me engañara de cualquier forma a mí también me dolería, esa es la verdad.

—¿En serio?— Aquellas palabras sí fueron sorprendentes para Sheyla, ya que su mejor amiga no la había dicho nada parecido nunca, por muy enamorada que estuviera, pero lejos de mostrarse tan perpleja como se sentía, aquello sólo la ayudó a olvidar un poco su propia tristeza.

—Sí, en serio. Me gusta mucho, Sheyla.

—Me alegro.

El resto del día lo pasaron juntas hasta que Raquel se fue con Jose por la tarde. Estuvieron comiendo helado y viendo comedias románticas mientras hablaban de lo patético que era el amor, y, aunque Sheyla no pudo evitar pensar que seguramente dejaba de serlo cuando era el verdadero, prefirió no decir nada y continuar con el clima humorístico que tanto la estaba ayudando. Luego se quedó viendo la tele hasta que el sueño la sorprendió en el sillón y, antes de darse cuenta, se quedó profundamente dormida.

CAPÍTULO 13

Aunque apenas podía recordar los días siguientes hasta que tuvo que ir a trabajar el lunes, Sheyla sabía que el tiempo había pasado, aunque el dolor seguía en su interior sin querer marcharse. Por más que se esforzaba, Sheyla apenas era capaz de concentrarse en su trabajo. Por suerte, había conseguido bajar la hinchazón de los ojos, pero seguía sintiéndose tan desdichada que no podía hacer las cosas tan bien como le hubiera gustado. Por suerte, su jefe no parecía darle demasiada importancia a los errores que llevaba horas cometiendo. Era un buen tipo, y en aquella ocasión lo demostró una vez más. Cuando volvió a entregar un informe equivocado por tercera vez, lo único que Félix le dijo fue que si necesitaba irse a casa porque se encontraba enferma, no habría ningún problema, porque él podía arreglárselas solo. Sin embargo, ella rechazó rápidamente su ofrecimiento, más que nada porque ni siquiera entendía el motivo por el que la había afectado tanto su problema con Eric, y no estaba dispuesta a permitir que por su culpa su vida se viera alterada. De modo que continuó con su trabajo tratando de controlarse, y, por suerte, hacia media mañana parecía haberlo conseguido. Poco a poco empezó a sentirse más fuerte y su trabajo empezó a mejorar, de modo que para cuando llegó la hora de su descanso, parecía que se había recuperado del todo. Estaba a punto de levantarse para irse a desayunar cuando una presencia indeseada se dibujó frente a sus ojos. Por un momento, pensó que era una alucinación, pero pronto se dio cuenta de que, por desgracia, no era así: Eric estaba allí, andando por el pasillo que había frente a su mesa, haciendo caso omiso de su presencia, actuando como si no la hubiera visto, mientras andaba con tranquilidad hacia el ascensor que había a su izquierda. Allí se paró con calma y pulsó el botón para subir. Iba con un traje azul oscuro que resaltaba el color de sus ojos y sus labios estaban curvados en una preciosa sonrisa mientras hablaba por su smartphone negro. Justo en ese momento colgó y se quedó observando las puertas que había frente a él, cuando ella sintió cómo la ira se apoderaba de todo su cuerpo ¿Qué hacía allí, en su trabajo? ¿Cómo podía actuar como si no la conociera? ¿Por qué la estaba siguiendo? ¿La había seguido antes? Un montón de ideas se agolparon en su mente antes de estallar en una bomba que la hizo reaccionar al fin, y, antes de darse cuenta, se levantó para dirigirse hacia donde estaba él, tan furiosa que sentía cómo la sangre la hervía en las

venas.

Ni siquiera le dio tiempo a reaccionar cuando de repente apareció a su lado y le empujó con fuerza, tratando de hacerle tanto daño como él la estaba haciendo a ella. Había intentado hablar, pero no lo había conseguido, pues la ira que sentía por dentro la controlaba por completo. No comprendía cuál era su intención al aparecer en su trabajo de repente, pero estaba dispuesta a explicarle que no iba a consentírsele de ninguna manera.

Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula cuando Eric se dio la vuelta enfadado, y, al verla allí frente a él, se quedó perplejo.

—¿Sheyla, qué estás...?

—Ahórrate todas estas gilipolleces. Dime qué estás haciendo aquí— Le espetó ella casi gritando, fuera de sí.

—Deja de gritar...

—Dejaré de gritar cuando yo quiera. Ahora, responde a la pregunta— Eric se quedó un momento más alucinado antes de ser capaz de reaccionar, sin embargo, pronto consiguió hacerlo, y, aunque le costó, recuperó su frialdad absoluta de nuevo.

—Creo que eso debería preguntártelo yo...

—No tengo porqué darte explicaciones.

—Pues yo a ti tampoco— Eric parecía mucho más entero de lo que Sheyla esperaba, pero eso no sirvió más que para que su furia aumentara.

—Eric, quiero que me digas qué estás haciendo aquí o te juro que voy a denunciarte— Insistió en voz baja— Pediré una orden de alejamiento, haré lo que haga falta para...

—Eh, eh, tranquila. Eso no será necesario— En ese momento, Eric miró alrededor y vio como varios trabajadores de la empresa se habían quedado mirándoles, entre ellos el jefe de Sheyla, que también observaba el bochornoso espectáculo que estaban dando— Ven, tenemos que hablar. Vamos

fuera— Murmuró al fin, tomándola del brazo antes de ver cómo ella se soltaba furiosa.

—No vuelvas a tocarme.

—Entonces vente fuera y te explicaré todo. Aquí no podemos hablar— Dijo mirando tras ella, donde todo el mundo se había quedado observándoles. En ese momento, y por mucho que la molestara, Sheyla tuvo que aceptar que continuar hablando allí no era una opción, así que asintió y le siguió lentamente, tratando de evitar en todo momento que sus pieles se tocasen. En cuanto salieron por la puerta y se alejaron de la entrada un par de pasos, Sheyla se volvió hacia él y le amenazó con el dedo. Aún se preguntaba si él podía darse cuenta del dolor que sentía al volver a estar a su lado, pero esperaba que no fuera así.

—¿Qué haces aquí? ¿Es que no entendiste el otro día que no quiero volver a verte?— Preguntó una vez más, a voz en grito.

—No he venido a verte a ti— Contestó él con calma, lo que enfureció a Sheyla aún más.

—¿Ah, no?— Preguntó ella, incrédula— Y, entonces, ¿a qué se supone que has venido?

—Trabajo aquí— Respondió él con seguridad, haciendo caso omiso a la forma en que Sheyla lo miraba. Estaba claro que no se creía nada.

—Sí, claro. Deja de mentir de una vez. No pienso dejar que vuelvas a manipularme...

—Yo nunca te he mentado, y mucho menos he intentado manipularte. Sigues sin ser justa conmigo...

—Eso no es verdad... Y ahora tengo pruebas: mírate aquí diciéndome que trabajas en la misma empresa que yo cuando nunca antes te había visto...

—Eso es porque no trabajamos en la misma... sección...— Explicó Eric desganado. Estaba claro que no deseaba explayarse demasiado en aquello, lo que Sheyla percibió como una nueva prueba de su mentira.

—¿De verdad?— Inquirió con sarcasmo— ¿Y en qué... sección trabajas tú, entonces?

—Eso no es asunto tuyo— Eric parecía molesto, incluso se podía decir que enfadado, lo que, lejos de calmar a Sheyla, sólo consiguió avivar más el odio que sentía por él.

—Vale, ahora mismo me voy a mi descanso— Murmuró con la voz llena de ira — pero pienso denunciarte, que lo sepas. No te vas a salir con la tuya...

—¿Con la mía? Pero, ¿de qué coño estás hablando?— Eric pareció perder su control por un momento, y agarró a Sheyla por el brazo de nuevo. Sin embargo, en aquella ocasión, ella se volvió y le propinó una sonora bofetada. En ese momento, Sheyla dio un paso atrás, dándose cuenta de forma instantánea del grave error que había cometido, mientras Eric se quedaba mirándola perplejo. Aún no se podía creer lo que acababa de pasar cuando su mejilla empezó a enrojecer y su mano la frotó levemente.

—Dios, lo siento— Consiguió articular Sheyla al fin, sin ser capaz de creerse del todo lo que acababa de pasar.

—Sí, ya puedes sentirlo ¿Y tú decías que yo era violento? ¡Eres tú la que acabas de pegarme sin motivo, joder!— Gritó él entre dientes mientras ella lo observaba sin saber qué hacer.

—Sí, lo sé. Acabo de disculparme, pero...

—¿Pero nada! Has cometido un puto error, ¿vale?

—Sí, lo sé— Respondió ella cabizbaja sin saber qué más podía decir.

—Entonces, ¿qué? ¿Debería denunciarte yo ahora?— Eric seguía estando furioso, pero al menos parecía que las disculpas de Sheyla habían aplacado un poco su ira, porque ya no gritaba— Supongo que sí, esa es tu solución para todo...

—Haz lo que quieras... Yo ya te he dicho que lo siento. La verdad es que no sé qué me ha pasado, pero cuando me has agarrado... Yo quería irme y no me lo has permitido, y... Bueno, sé que no es excusa, pero he cometido un error. De

verdad que lo siento.

Eric miró un momento al cielo y suspiró antes de volver a hablar. Por suerte, parecía volver a controlarse de nuevo por completo.

—Vale, lo entiendo. Sin embargo, aquí estás. Me lo has explicado y yo he hecho todo lo que he podido para comprenderlo ¿No crees que yo merezco lo mismo, Sheyla?— Sheyla levantó la vista un momento y observó que el gesto de Eric ya no era tan severo, lo que pareció tranquilizarla un poco— Mira, si quieres podemos hacer un trato. Te invito a tomar un café, al fin y al cabo has dicho que era tu descanso, ¿no?— Eric esperó hasta que Sheyla asintió para corroborar sus palabras y luego continuó— Creo que lo justo es que permitas que me explique igual que yo he permitido que tú lo hagas, y luego podrás tomar una decisión sobre mí, ¿de acuerdo?

—Ya te explicaste la otra noche, Eric...

—Eso no es verdad. No me dejaste hablar apenas y tergiversaste todas mis palabras. Sabes que eso no es justo...— Sheyla no parecía convencida, pero aún así no se negó, por el momento— Me merezco esto, Sheyla, y lo sabes.

En ese momento, Sheyla tuvo que admitir, al menos ante sí misma, que después de su comportamiento Eric tenía parte de razón. Al fin y al cabo, ella era quien le acusaba de violento, cuando él nunca se había propasado lo más mínimo con ella, y después de todos sus insultos y desprecios, e incluso después de la bofetada que le había propinado sin motivo, allí estaba, frente a ella, pidiéndola amablemente que le permitiera hablar. Eso tenía que tener algún mérito.

—De acuerdo, pero con una condición— Eric suspiró resignado.

—Dime lo que quieras.

—No quiero que me toques, nunca más. No vuelvas a hacerlo y permitiré que te expliques, pero te aseguro que nada va a cambiar entre nosotros. No quiero volver a verte nunca, eso lo tengo claro.

—De acuerdo— Aceptó él sin dudar mientras levantaba la mano para señalar la cafetería que había al final de la calle— Ahora, ¿me acompañas?

Sheyla dudó un momento, pero finalmente respondió:

—Claro— Por algún motivo se sentía más tranquila al lado de Eric que hacía unos minutos, y no entendía el motivo. Pero en realidad, daba igual. Lo único que importaba en ese momento era que entendiera que no podían volver a verse nunca. Y, de un modo u otro, iba a conseguir que, después de aquella conversación, a él le quedara muy clara la decisión que había tomado.

CAPÍTULO 14

Eric caminó al lado de Sheyla durante los pocos minutos que tardaron en llegar hasta la cafetería concentrándose en no rozarla siquiera, tal como la había prometido. Al fin y al cabo, no quería darla ninguna excusa para que pudiera volver a marcharse de su lado, a pesar de que no llegaba a comprender del todo el motivo por el que quería seguir junto a ella. Ninguna mujer le había tratado nunca así antes. Era increíble la forma en que le estaba juzgando. Incluso se sorprendió a sí mismo al darse cuenta de que, después de toda una vida viendo como las mujeres iban tras él, de repente parecía que no se cansaba de perseguir a aquella mujer, que, irónicamente, no paraba de huir de su lado. No podía negar que, en cierto modo, sentía curiosidad por saber el motivo por el que quería perderlo de vista a toda cosa, pues era algo a lo que no estaba acostumbrado, pero no era capaz de entender por qué permitía que le tratase de ese modo tan irrespetuoso, cuando eso era algo que nunca le había gustado en una mujer. Al contrario, sus relaciones con las mujeres últimamente solían ser muy civilizadas. Ellas siempre obedecían todas sus órdenes sin rechistar y él disfrutaba al ver cómo se sometían a él en todo momento mientras ambos disfrutaban enormemente. Por ese motivo era raro que se sintiera tan atraído a aquella extraña mujer que desde un primer momento, no había mostrado ningún interés por él, y, lo que era peor, le había rehuido, humillado e incluso abofeteado delante de todo el mundo en una vía pública, y lo único que él había sido capaz de hacer después de todo ello, era volver a pedirla que le escuchase una vez más.

Mientras se sentaba en la silla y observaba cómo Sheyla hacía lo propio frente a él, no pudo evitar pensar que en realidad lo más probable era que estuviera dando a todo aquello más importancia que la que en realidad tenía. El motivo por el que estaba allí sentado, esperando para poder hablar con ella no era otro que su deseo por sacarla de su error, no por ella. Simplemente, no le parecía justo que ella tuviera una idea equivocada sobre la forma en la que él había decidido mantener relaciones. Eso era todo. Así que se mantuvo en silencio, con su característico gesto frío y serio habitual, mientras esperaba a que Sheyla se acomodase. Después esperó hasta que el camarero vino a tomar nota de su pedido, lo que, por suerte, no tardó demasiado en ocurrir, y tras pedirle un café y volverse a mirar a Sheyla hasta que pidió un café con leche,

observó cómo el camarero desaparecía de su vista y volvió la mirada hacia ella una vez más. Curiosamente, parecía más incómoda de lo normal, lo que le pareció extraño. Estaba claro que después de haberle insultado y pegado debería ser él quien se sintiera molesto, pero estaba claro que, una vez más, estaba equivocado. La forma en que ella lo estaba mirando parecía confusa, pero lo peor de todo era que aún se la veía afectada por su presencia, y no positivamente, por desgracia. Por un momento, pensó que le hubiera gustado saber el motivo por el que siempre estaba tan nerviosa, pero estaba claro que no era el momento de preguntárselo, así que decidió continuar en silencio hasta que el camarero volvió con sus cafés poco después. En cuanto se fue de nuevo, Sheyla cogió el sobre del azúcar, lo echó todo en su taza y, tomando la cucharilla que había en su platillo, le dio unas vueltas antes de posar sus ojos sobre Eric de nuevo.

—Bueno, creo que hemos venido aquí a hablar.

—Sí, lo sé— Aceptó ella antes de dar el primer sorbo a su café. Luego fijó la mirada en él una vez más, observando sus perfectas facciones mientras la miraba expectante, deleitándose en cómo no mermaba en absoluto su belleza ni siquiera con la ligera rojez que ella le había provocado en la mejilla— Bueno, en primer lugar quiero volver a disculparme por haberte... pegado— Murmuró arrepentida— Sé que me he pasado de la raya y te agradezco que te estés portando conmigo de una forma tan correcta a pesar de todo.

—Sí, te comprendo. Teniendo en cuenta que soy una especie de delincuente es normal que te sorprenda tanto mi actitud...— Eric sonrió durante un momento antes de darse cuenta de que Sheyla no le seguía la broma. Entonces perdió la sonrisa, dándose cuenta de que su sarcasmo había sido un error.

—No te equivoques, Eric. No creo que seas un delincuente, pero tampoco creo que estés haciendo lo correcto...

—¿Y por qué motivo?— Eric parecía interesado, aunque en realidad estaba aún algo molesto por la forma en que Sheyla veía su forma de relacionarse. Sin embargo, era consciente de que no conseguiría nada si no se explicaba con calma, y por ese motivo estaba luchando por controlarse con todas sus fuerzas, a pesar de que Sheyla no se lo estaba poniendo fácil. Nada fácil.

—Porque... Bueno... No está bien que te aproveches de las mujeres como lo haces...

—¿Aprovecharme? ¿Yo?— Eric no pudo evitar mostrarse sorprendido en ese momento. En ningún momento había pensado que Sheyla pudiera pensar de ese modo, pero estaba claro que así era, y no podía esperar a explicarle lo equivocada que estaba.

—Sí, tú. No es justo que utilices a las mujeres de ese modo.

—No, Sheyla, estás muy equivocada. Yo no utilizo a las mujeres... En todo caso, nos utilizamos mutuamente.

—¿Mutuamente? ¿Hablas en serio?

—Sí, por supuesto— Eric se mostró muy seguro de sí mismo al tener al fin la oportunidad de explicarse. Era lo que llevaba días deseando, y, a pesar de que Sheyla no parecía tener intención de escucharlo, estaba deseando intentarlo— Creo que hay algo que no entiendes de este tema, Sheyla. En una relación de dominación como la que yo mantengo ambas partes disfrutan, no sólo el dominante. Es una relación muy placentera para todos los participantes, créeme, siempre que sea eso lo que te guste, por supuesto.

—No lo entiendo— Sheyla frunció el ceño, olvidándose por un momento de su café. De algún modo, empezaba a estar intrigada con el tema— ¿Quieres decir que quien adopta un rol sumiso en la relación también disfruta?

—Sí, por supuesto— Aceptó convencido.

—Pero, ¿cómo es eso posible? Tú mismo admitiste el otro día que incluso llegaste a... pegar a otras mujeres... ¿No es cierto?— Sheyla había bajado el tono de voz hasta tal punto que apenas se la oía, tratando de evitar que su conversación fuera oída por otros comensales, algo que a Eric no le pasó desapercibido. Al darse cuenta de ello, esbozó una pequeña sonrisa antes de decidirse a contestar.

—Sí, claro, es cierto, lo admití y lo admito.

—Entonces, ¿cómo puedes decir que ellas disfrutan? No pueden disfrutar

mientras las pegas, eso es imposible.

—Nada es imposible, Sheyla— Intervino él una vez más con calma— Es tan fácil como decir que eso las excita. Todos los actos que tienen lugar en la práctica del sado son conocidas y aceptadas por todos los participantes. Se acuerdan unas reglas antes de comenzar y hay que seguirlas en todo momento. Entre ellas están si habrá algún tipo de castigo, siempre controlado, y, de ser así, el grado en que se dará. De ese modo, la persona que adopta el rol de sumisión no siente miedo, y puede abandonarse para disfrutar de la práctica por completo.

—Sí, pero no lo entiendo ¿Cómo es posible que a una mujer la excite que la peguen? No tiene lógica...

—Eso deberías preguntárselo a quienes adoptan el rol de sumisión, que por cierto no tienen porqué ser siempre mujeres. Yo no puedo explicártelo porque a mí me excita todo lo contrario. Lo que sí puedo decirte es que, en el sexo, nada tiene lógica. El sexo es un acto inconsciente, y no creo que nadie, ni siquiera tú, puedas explicar el motivo por el que algo te excita, ¿no es así?

Sheyla se quedó un momento callada, reflexionando, antes de darse cuenta de que Eric tenía razón.

—Sí, tienes razón.

—De acuerdo.

—Entonces, debo entender que tú siempre has sido dominante... ¿Es así? Nunca has adoptado un rol de... sumisión...

—No, nunca.

—¿Y nunca te lo has planteado?

—No— Respondió Eric sin dudar un instante.

—¿Por algún motivo en especial?

—Sí, claro. Porque nunca me ha atraído, simplemente.

—De acuerdo— Sheyla suspiró y volvió a mirar a Eric— ¿Y nunca te has sentido culpable por sentirte atraído por algo tan... raro?

Eric sorprendió entonces a Sheyla al dejar que unas cuantas carcajadas se escapasen de sus labios durante un momento antes de tratar de recuperar su calma de nuevo. Puso la mano en sus perfectos labios gruesos y negó con la cabeza.

—No, claro que no... Ya te lo he dicho antes. No soy ningún psicópata que vaya haciendo daño a víctimas inocentes en callejones, Sheyla. Lo que hago está pactado previamente, y todos los participantes lo disfrutan, así que no hay motivo para sentirme culpable.

Sheyla seguía sin parecer convencida del todo, pero al menos sus palabras habían cambiado algo en ella. De repente sentía curiosidad, y no asco, al escuchar lo que Eric la estaba explicando, y eso era un avance, no cabía duda.

—¿Y qué pasaría si alguno cambiara de opinión en pleno acto? ¿Se le obligaría a continuar sin su consentimiento...?

—No, claro que no— Eric perdió la sonrisa en cuanto escuchó aquella pregunta— Siempre hay una palabra de seguridad, una que se elige antes de empezar, y si en algún momento alguien no se siente cómodo por cualquier motivo en la situación en la que se encuentra, sólo tiene que decirla y el juego se para instantáneamente.

Sheyla pareció intrigada al oír aquello.

—¿A ti te ha pasado alguna vez? ¿Que alguien te haya obligado a parar?

—Sí, varias veces.

—¿Y por qué motivo?

—Eso no puedo saberlo. Nunca he hecho nada que no hubiera estado previamente pactado, pero supongo que a veces no es lo mismo vivirlo que imaginarlo, eso es todo. Aunque, por supuesto, eso no lo puedo saber seguro. Es algo que he supuesto yo.

—Vale— Sheyla no podía negar que, después de escuchar la respuesta a sus preguntas, Eric ya no le parecía un monstruo. Incluso podía decir que se sentía bastante interesada por el extraño mundo que se abría paso ante ella, no hasta el punto de vivirlo, por supuesto, pero sí lo suficiente como para querer conocerlo mejor— Otra cosa que me llama la atención es que... Varias veces has hablado de participantes... ¿Siempre hay dos o puede haber más?

—Puede haber más, claro. Todos los que quieras, siempre que se haya acordado antes entre todos.

—Y tú...— Sheyla tragó saliva, antes de tratar de reunir el valor para preguntar lo que deseaba— ¿Tú has tenido alguna vez sexo con más de una persona?

—Sí, varias veces.

—Vale...— Sheyla pareció empezar a quedarse algo pálida, lo que a Eric le pareció bastante cómico. Al menos ya no parecía tener intención de huir de él, pero estaba claro que estaba en fase de shock por toda la información que la había proporcionado.

—Mira, Sheyla, sé que todo esto es nuevo para ti, y que probablemente eres demasiado... joven para algo como esto. Está claro que me equivoqué contigo. Nunca debí haber tratado de atraerte a mi mundo... Es demasiado... complicado— Sheyla se sorprendió de que por primera vez saliera a colación el tema de la edad, lo que era curioso, dado que Eric no parecía tan mayor, a pesar de que estaba segura de que la sacaba como mínimo diez años.

—No es la complicación lo que me parece tan impactante. Mi vida no ha sido fácil, precisamente...— Sheyla sintió que las palabras escapaban de sus labios antes de que pudiera detenerlas, pero por suerte Eric seguía tan frío como siempre cuando ella continuó— Además, no soy tan joven.

—Lo eres para mí ¿Cuántos años tienes? ¿Veintitrés? ¿Veinticuatro?

—Veintidós— Respondió Sheyla con seguridad— No creo que haya tanta diferencia...

—Pues la hay. Te saco doce años. Está claro que he cometido un error contigo,

pero estoy dispuesto a enmendarlo.

—Y, si tan seguro estás de que ha sido un error, ¿por qué me ofreciste la posibilidad de estar contigo?

—Porque me gustaste... mucho. Más de lo que nunca me había gustado ninguna otra mujer, así que supuse que merecía la pena intentarlo— Eric esbozó una pequeña sonrisa que desapareció rápidamente de sus labios.

—Y ahora te arrepientes...

—No, claro que no. No me arrepiento exactamente, simplemente tengo la certeza de que me he equivocado, eso es todo— Eric se quedó observando la reacción de Sheyla a sus palabras un momento. Estaba algo sonrojada pero, lo peor de todo, era que seguía pareciendo muy incómoda, así que decidió tratar de calmarla— Bueno, y con esto supongo que nuestra pequeña reunión se ha terminado. Ya te he explicado lo que necesitaba, así que no tienes que preocuparte más. No volverás a verme...

—No me importa volver a verte, Eric— Sheyla volvió a sentirse culpable al escuchar aquellas palabras. Después de hablar con él, la había parecido un hombre muy correcto e inteligente, y no un tipo peligroso como había imaginado poco antes, y eso sólo aumentaba su presentimiento de que, sin duda, se había equivocado con él, quizá demasiado. Estaba claro que, con sus gustos, no tenía intención de matener una relación sexual con él de ningún tipo como había pensado en un principio por mucho que lo deseara, pero eso no significaba que no pudieran mantener una relación cordial. Al fin y al cabo, ambos eran adultos.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa. Hace un momento parecía que me odiabas con toda tu alma...

—Lo sé, estaba equivocada contigo.

—Entonces, ¿has cambiado de opinión?

—Sí, claro. No en cuanto a la posibilidad de mantener una relación juntos...

—¿Ah, no? Y, por curiosidad, ¿puedo preguntar por qué?

—Porque no creo que seamos compatibles... en el sexo.

Eric volvió a reírse de nuevo antes de ser capaz de hablar.

—Eso no lo sabes. Nunca lo hemos probado...

—A mí no me hace falta. Tus gustos no son compatibles con los míos. Pero eso no quita que podamos vernos de vez en cuando de una forma educada.

Eric pareció reflexionar un momento antes de decidirse a asentir, serio de nuevo.—Sí, tienes razón. Supongo que no habrá problema en ese aspecto, y menos mal, porque es más que probable que nos vayamos a encontrar de nuevo...

—¿Y eso por qué?— Sheyla parecía extrañada.

—Porque, al parecer, trabajas en mi empresa.

Sheyla había olvidado aquello, pero en ese momento pareció recordarlo todo. Al parecer, era cierto que Eric trabajaba allí también, no había sido un engaño para acosarla.

—Ah, es cierto. Se me había olvidado. Entonces, es verdad. No me estabas engañando...

—Yo nunca te he engañado— Eric pareció ofendido un momento, pero por suerte se le pasó pronto.

—Entonces, ¿en qué trabajas? Nunca te había visto por allí hasta hoy... ¿Qué puesto ocupas?

—No ocupo ningún puesto... técnicamente hablando.

—No lo entiendo. Entonces, ¿qué haces allí?— Eric abrió la boca para responder antes de volver a cerrarla. Luego cerró los ojos y negó con la cabeza mientras sonreía para finalmente volver a clavar la mirada en Sheyla, decidido al fin a contestar.

—Soy... El dueño.

CAPÍTULO 15

Sheyla sintió cómo toda la sangre abandonaba su rostro y la respiración se detenía en sus pulmones. No era posible. Lo que acababa de escuchar no podía ser cierto de ninguna manera. Era imposible que estuviera hablando con el dueño de la empresa en la que trabajaba y no lo hubiera sabido hasta ese momento. Le había gritado, incluso en público, y le había abofeteado delante de todo el mundo. No tenía ni idea de las consecuencias que aquello podía tener, pero suponía que no serían demasiado agradables. En un breve momento de lucidez, esperó haber entendido mal lo que Eric acababa de decir, o, al menos, no acabar perdiendo su trabajo.

—¿El dueño... de la empresa? ¿Quieres decir que eres el jefe de todo...? ¿De mí...?— Sheyla empezó a balbucear sin estar segura de que lo que estaba diciendo tuviera algún sentido, pero no era capaz de parar, por más que lo deseara. Estaba tan perpleja que no era capaz de reaccionar.

—Bueno, yo no lo diría así, pero supongo que sí... Se podría ver de ese modo.

—Pero entonces...— Sheyla se sintió tan aterrada que no fue capaz de continuar hablando por unos segundos. Estaba horrorizada, tanto que no era capaz de reaccionar. Estuvo a punto de levantarse de allí y salir corriendo, pero por suerte o por desgracia su miedo no la dejó moverse siquiera. Estaba petrificada. Seguía intentando articular las palabras que se agolpaban en su mente cuando escuchó cómo Eric comenzaba a reírse a carcajadas. Era la primera vez que le veía reír de aquella forma, siempre era tan serio que parecía incluso irreal, de modo que aquella reacción hubiera sido muy reconfortante, si no fuera porque era plenamente consciente de que se estaba riendo de ella— ¿Te parece gracioso?— Preguntó entonces, molesta.

—No, no... Claro que no— Eric trató de controlar su risa un momento, y aunque tardó algo más de lo que le hubiera gustado, al final lo consiguió. Las carcajadas dejaron de sonar aunque en sus labios aún se veía una pequeña sonrisa— Bueno, vale, quizá un poco— Admitió al fin luchando por volver a controlar su respiración— Pero no te preocupes, ya paro. Es sólo que... has puesto una cara...

—¿Y qué cara quieres que ponga?— Preguntó Sheyla irritada de nuevo, tratando de controlarse para no perder su trabajo— No entiendo cómo no me has dicho esto antes... Deberías haberme dicho algo...

—¿Por qué? ¿Insinúas que algo hubiera cambiado?— Preguntó él perdiendo al fin la sonrisa, serio de nuevo.

—Pues no sé... Sí, claro. Hubiera cambiado todo.

—Eso no tiene sentido, Sheyla— Le explicó él con paciencia— Somos dos personas que se han encontrado, y, por casualidad, han resultado trabajar en la misma empresa, más o menos... Eso no cambia nada.

—Sí, bueno, yo no estoy muy de acuerdo con eso.

—¿Por qué?— Preguntó Eric, expectante.

—Porque si hubiera sabido quién eras hubiera actuado diferente... contigo. Quiero decir que... No te hubiera pegado, eso está claro, ni te hubiera gritado delante de todo el mundo...

—Vale, admito que eso hubiera sido de agradecer— Eric recuperó la sonrisa en cuanto vio cómo sus palabras habían afectado a Sheyla una vez más, que había agachado la cabeza mostrándose asustada de nuevo— Pero no te preocupes. Creo que todo ha sido un terrible malentendido. Supongo que, simplemente, me equivoqué contigo. Pero no tienes que preocuparte por eso, para mí ya está olvidado.

—¿En serio?— Sheyla volvió a levantar la vista de nuevo hacia Eric, aunque aún parecía bastante preocupada, y no pudo evitar sentirse algo más aliviada cuando vio cómo Eric asentía en silencio como respuesta a su pregunta— Entonces, ¿estás seguro de que lo que ha ocurrido entre nosotros no va a afectar a mi trabajo?

—¿Me estás preguntando si voy a despedirte por esto?— Ahora era el turno de Eric para sentirse perplejo, pero, como siempre, lo disimuló tan bien que Sheyla ni siquiera se dio cuenta de ello. Cuando ella asintió, aún insegura, Eric amplió su sonrisa mientras negaba con la cabeza— No, claro que no ¿Por quién me tomas? Mi vida sexual o personal no afecta a mis negocios... nunca.

Una cosa es lo que haya pasado entre nosotros, y otra que eso tenga algo que ver con tu trabajo. De hecho...— Eric se quedó pensativo en ese momento mientras se frotaba el mentón.

—De hecho, ¿qué?— Preguntó Sheyla impaciente después de unos segundos.

—Pues que ese ha sido otro error por mi parte. Si hubiera sabido que trabajas aquí nunca te hubiera pedido nada...

—¿Por qué?

—Pues porque, si hubieras sabido que era tu jefe, podrías haberte sentido... presionada. Podrías haber pensado que de no acceder iba a haber represalias, igual que ahora... Y mis relaciones siempre son libres al cien por cien. Me gusta que sea así. Espero que, al menos, eso te haya quedado claro.

—Sí, eso creo— La verdad es que Sheyla estaba siendo totalmente sincera. Allí, en aquella humilde cafetería, sentada con su jefe charlando como si fueran dos simples conocidos, se estaba sintiendo más cómoda de lo que se había sentido nunca antes. De algún modo, estaba empezando a confiar en él, y, aunque sabía que eso era peligroso, no podía evitarlo. Dentro de todos sus problemas y sus extraños gustos, era un hombre agradable, no cabía duda. Y se había portado tan bien con ella que aún la seguía sorprendiendo, sobre todo por la paciencia que estaba mostrando en todo momento cuando ella había sido tan injusta con él.

—Bueno, entonces parece que estamos avanzando algo. Ya parece que te fías un poco más de mí, y espero que hayas dejado de verme como un depravado sexual...

—Claro, por supuesto— Sheyla asintió mientras sentía cómo se la acaloraban las mejillas. Por mucho que la costase aceptarlo, todo había cambiado en un momento. El hombre que estaba sentado frente a ella era su jefe, el dueño de la empresa, y de algún modo la costaba hablar de sexo con él, lo que era cuando menos extraño teniendo en cuenta la intensa charla que acababan de tener hacía un momento.

—Bien, entonces mi tiempo ha estado bien invertido. Creo que mi trabajo aquí ha terminado— Eric levantó entonces el brazo para conseguir que el camarero

les llevase la cuenta. No tardó más que un segundo en traerla, lo que sorprendió a Sheyla, al menos hasta que recordó de nuevo quién era ¿Era posible que todo el mundo allí conociera a ese hombre menos ella? Al parecer, así era— ¿Quieres que te acompañe o tienes algo más que hacer?

—¿Ya nos vamos?— Sheyla se sintió extrañada por la punzada de dolor que sintió al escuchar aquellas palabras. Para su sorpresa, no quería alejarse de Eric, lo que contrastaba con el odio que había sentido por él hacía pocos minutos, pero que, después de aquella conversación tan clarificadora, se había esfumado por completo. Eric era un buen hombre, quizá mucho mejor de lo que ella siquiera imaginaba, y se sentía culpable por haber dudado así de él, y por haberle tratado tan mal en el pasado.

—Sí, claro. Bueno, al menos yo. Tengo una reunión ahora. Así que, si tú también tienes que volver, puedo ir contigo. Si no te hace sentir incómoda, claro.

—No, por supuesto que no me hace sentir incómoda. Estaré encantada.

Sheyla se levantó y caminó al lado de Eric hacia la empresa de nuevo. No pensó ni por un segundo en lo que el resto de trabajadores habían visto minutos antes, ni en la bofetada que le había propinado, ni en cómo iba a afectar a su trabajo que la gente la viera llegar con él en ese momento. Era extraño, pero de alguna forma sentía que todo aquello carecía de importancia. Lo único que la importaba en ese momento era que Eric había sido muy atento con ella en todo momento y lo único que había recibido a cambio eran insultos y una bofetada, así que no estaba dispuesta a volver a hacerle un desplante. Y lo más raro de todo era que su forma de actuar no era por sentir miedo. Eric la había convencido con sus palabras de que era una buena persona, y lo único que deseaba era ser justa con él, tal como merecía. Así que, mientras caminaba a su lado para volver a su mesa, por un momento se sintió más tranquila de lo que se había sentido en mucho tiempo, segura a su lado, lo que era una novedad teniendo en cuenta el poco tiempo que hacía que le conocía, y, lo que era peor, sintió que no deseaba dejar de verlo, pero era inevitable. Habían pasado demasiadas cosas entre ellos. Su extraña relación debía terminar allí, en ese momento. Eso era lo más sensato que podía hacer, a pesar de que la sensatez no era de sus puntos fuertes, era la decisión más lógica que podía tomar, así que iba a hacerlo.

CAPÍTULO 16

Sheyla se sentó en su cubículo de nuevo todavía perpleja por todo lo que había ocurrido en los últimos minutos. Aún la sorprendía recordar cómo Eric se había despedido de ella de forma educada antes de tomar el ascensor para volver a retomar sus obligaciones. Además de apuesto, era un hombre muy correcto y se había portado muy bien con ella. Quizá por ese motivo aún la dolía recordar las últimas palabras que se habían dirigido el uno al otro:

—Bueno, supongo que ya no te volveré a ver— Sheyla trataba de evitar que la tristeza que desprendía su voz fuera evidente, pero no fue capaz de conseguirlo.

—Supongo— Eric esbozó una triste sonrisa antes de continuar— Que te vaya todo muy bien, Sheyla. Adiós— Fue todo lo que dijo antes de entrar en el ascensor sin volver a mirar atrás, como si no le afectase en absoluto aquella despedida. Y, mientras trataba de concentrarse en su trabajo sentada en su mesa, observando papeles sin ser capaz de ver nada en realidad, pronto llegó a la conclusión de que así era. A ella por algún motivo la dolía alejarse de él, como había ocurrido desde el primer momento que le había visto, incluso siendo consciente de que debía hacerlo. Sin embargo, aunque él fuera muy educado no sentía nada por ella. Sólo le había gustado su cuerpo, tal como la había explicado anteriormente, así que supuso que para él su separación sería mucho más fácil. Aún estaba ensimismada en aquellos pensamientos, cuando escuchó la voz de Félix detrás de ella. Parecía algo nervioso.

—Sheyla, ¿aún no tienes los documentos que te he pedido? Te he dicho que son urgentes...

—Sí, lo sé. Lo siento. Los estoy buscando, tienen que estar por aquí...— Se excusó ella tratando de mostrarse tan calmada como le era posible dadas las circunstancias y el hecho de que su tono de voz era algo más enfadado de lo que la tenía acostumbrada.

—Vale, pues no tardes en encontrarlos. Ya te he dicho que tengo prisa...— Fue todo lo que dijo antes de volver a su despacho. Sheyla se sintió extraña un

momento por aquel cambio de actitud en su jefe. Nunca había sido tan seco con ella, y por un momento dudó el motivo que le había llevado a ello. Mientras buscaba los documentos que la había pedido, trató de reflexionar para averiguar el motivo, pero no se la ocurría nada. Incluso llegó a pensar que Eric le había dicho algo para dañarla, pero pronto apartó aquella idea. De algún modo, sabía que Eric no haría eso. No estaba segura de cómo, pero sentía que le conocía lo suficiente como para saber que todo lo que la había dicho durante su descanso había sido sincero, así que, cuando unos minutos después encontró los documentos que la había pedido su jefe, se levantó y se dirigió a su despacho con convicción, dispuesta a aclarar cualquier malentendido que hubiera podido haber entre ellos.

Antes de entrar, decidió que lo mejor era llamar a la puerta, algo poco habitual en ella dado que él no solía cerrarla. Escuchó cómo él la gritó que pasara desde dentro y abrió al fin.

—Aquí tiene. Siento haber tardado tanto— Dijo mientras le tendía la documentación requerida. Su jefe apartó la vista de su ordenador, sorprendido ante la formalidad con la que se había dirigido a él por primera vez desde que se conocían, y tomó los papeles esbozando una pequeña sonrisa.

—Gracias, Sheyla— Félix se quedó un momento pensativo antes de continuar — Perdona por cómo me he comportado antes, no quiero que eso provoque que nuestra relación retroceda después de tanto tiempo. Es sólo que... Hoy estoy un poco agobiado. Espero que no me lo tengas en cuenta.

Sheyla sonrió al escuchar aquellas palabras, que la tranquilizaron al instante.

—Claro que no. Está olvidado.

—¿Nada de volver a llamarme de usted, entonces?

—De acuerdo— Sheyla asintió con sinceridad antes de decidirse a volver a su mesa— Bueno, pues si no necesitas nada más... creo que voy a volver a mi trabajo.

—No, claro que no, puedes volver— Sheyla se dio la vuelta para obedecer sus órdenes cuando escuchó la voz de su jefe de nuevo, de modo que volvió a mirarle una vez más.

—Bueno, en realidad sí quería decirte una cosa más— Le dijo perdiendo la sonrisa por un momento— ¿Puedes sentarte?

Sheyla asintió, recuperando una vez más su gesto serio antes de sentarse frente a su jefe, algo preocupada por la solemnidad de la situación.

—¿Hay algún problema?— Preguntó al fin, impaciente por saber qué estaba ocurriendo.

—No, claro que no. No hay ningún problema, puedes estar tranquila. Estoy muy contento con tu trabajo, ya lo sabes. Sólo quería preguntarte algo... Respecto a lo que he visto antes. Parece que conoces al señor Jiménez...

—¿El señor Jiménez?— Preguntó Sheyla, confundida— No, creo que no lo conozco...

—¿Cómo que no? Te he visto hablando con él hace un momento...— Félix frunció el ceño antes de continuar. Parecía molesto de nuevo— No tienes porqué mentirme, Sheyla. No pasa nada...

Sheyla tardó un rato en entender que Eric era el señor Jiménez, pero, increíblemente, ella no había sabido su apellido hasta aquel momento. Era extraño, porque, en cambio, conocía bastante bien sus gustos sexuales, lo que no parecía decir nada bueno a su favor, pero eso no podía explicárselo a su jefe, estaba claro.

—Ah, sí, perdona. Estaba pensando en otra cosa. Sí, lo conozco, es cierto.

—¿Y puedo preguntar de qué?

Sheyla se sintió algo molesta por la forma en que su jefe la estaba interrogando, pero conocía a Félix desde hacía tiempo, y siempre se había preocupado por ella, así que supuso que ese era el problema, y decidió no darle mayor importancia. Sin embargo, no estaba dispuesta a explicarle nada acerca de su relación con Eric. Si algo tenía claro, era que, en ese tema, debía ser discreta.

—Es personal, Félix, así que preferiría no hablar de eso.

Su jefe se recostó en su asiento y la observó con el ceño fruncido. No parecía nada contento.

—Bien, de acuerdo. Sé que no tienes porqué explicarme nada. Es sólo que... Bueno... Supongo que sabes que es el dueño de la empresa...

—Sí, lo sé— Admitió Sheyla con firmeza, a pesar de que se había enterado de ese detalle hacía unos minutos.

—Y lo que he visto antes... me ha parecido una relación con demasiada confianza para ser simplemente profesional. No me entiendas mal, no quiero meterme en tu vida, pero quería que tuvieras las cosas claras. Mantener una relación con alguien de su estatus podría perjudicarte, y no quiero perderte como empleada, eso es todo. Eres una buena secretaria, la mejor que he tenido hasta ahora, y no me gustaría que te vieras obligada a marcharte por causas ajenas a tu trabajo...

Sheyla entendió entonces toda aquella extraña conversación, así que suspiró aliviada y asintió con la cabeza, dispuesta a tranquilizar a su jefe.

—Entiendo, pero no tienes de qué preocuparte. Conozco al señor Jiménez desde hace poco, pero no mantenemos ningún tipo de relación, sólo somos conocidos. Ha habido un malentendido entre nosotros, pero ya lo hemos arreglado y no creo que vaya a volver a verlo, así que no tienes de qué preocuparte. Nada de lo que has visto hoy va a influir en mi trabajo. Puedes estar tranquilo.

Félix pareció calmarse al escuchar sus palabras, así que recuperó la sonrisa con rapidez y asintió con la cabeza.

—Perfecto, entonces. Todo está aclarado. En ese caso, voy a volver al trabajo.

—Yo haré lo mismo. Gracias por todo— Le dijo antes de marcharse al fin.

El resto de la mañana, la puerta de su jefe continuó abierta, como era costumbre, y ella se sintió tan tranquila y calmada como siempre, o casi. Las cosas en su trabajo habían vuelto a la normalidad. En efecto, no volvió a ver a Eric aquel día, ni tampoco al día siguiente, ni al siguiente... Y, para cuando llegó el viernes, había perdido la esperanza de volver a hacerlo. Por una parte

era tranquilizador darse cuenta de que Eric había cumplido su promesa. Tal como esperaba, la había dado libertad absoluta en su trabajo y no tenía intención de volver a acercarse a ella. Lo extraño de todo eso era que, de algún modo, después de unos días sin verlo empezaba a darse cuenta de que eso no era lo que ella deseaba, a pesar de ser ella misma quien lo había exigido, pero supuso que no había vuelta atrás, así que trató de sobrellevar las consecuencias de su decisión equivocada lo mejor posible, a pesar de que le provocaran una terrible tristeza.

CAPÍTULO 17

Cuando Sheyla salió el viernes por la tarde de su trabajo, sentía que había perdido días de vida. Era como si no hubiera vivido después de que, días antes, Eric se hubiera despedido de ella por última vez.

Por desgracia, había sido fiel a su palabra y no había vuelto a verlo desde el día que tuvieron aquella extraña conversación en la cafetería. No sabía si la estaba rehuyendo, pero al menos esperaba que no fuera así, aunque si lo estaba haciendo lo comprendía. Su extraña relación había sido un desastre desde la primera vez que se vieron, no cabía duda. Por eso era lógico que él no tuviera intención de volver a encontrársela, y por eso era aún más raro que ella estuviera tan desesperada por volverlo a ver. Aún recordaba la forma en que se había acariciado el mentón mientras reflexionaba sobre sus palabras, su extraño aroma, muy agradable a pesar de que por más que lo había intentado no había sido capaz de identificarlo, y la forma en que sus ojos se clavaban en ella cuando se carcajeaba, mostrando una perfecta sonrisa a la que, por desgracia, no la tenía acostumbrada. Estaba claro: había perdido la cabeza. Lo único que era capaz de hacer desde hacía días era imaginarse besándolo de nuevo, sintiendo cómo se movían sus manos por su piel... Le echaba tanto de menos que incluso la dolía, y aquello no tenía ningún sentido teniendo en cuenta lo poco que se conocían, así que cuando al fin llegó a casa y Raquel la saludó con alegría, únicamente fue capaz de excusarse antes de informarla de que necesitaba una ducha. Estaba segura de que después se sentiría lo suficientemente relajada como para hablar con su amiga sin pensar en Eric, como siempre, pero por desgracia se equivocaba. Cuando salió del baño aún se sentía tan angustiada como antes de hacerlo, así que cuando llegó al salón cabizbaja y se sentó junto a Raquel soltando un melancólico suspiro, ésta se volvió a mirarla y frunció el ceño, claramente molesta.

—Bueno, ¿me lo vas a contar o no?— Preguntó su mejor amiga al fin, empezando a perder la paciencia.

—¿El qué?— Respondió Sheyla tratando de ignorar aquella incómoda pregunta.

—Lo que te pasa. Llevas días deprimida... Y no quieres hablar conmigo. No entiendo nada... ¿Te ha pasado algo en el trabajo?

—No, claro que no. En el trabajo todo va bien...

—¿Entonces, dónde?— Sheyla esperaba que su mejor amiga dejara pasar el tema, pero estaba claro que no iba a ser así, así que respiró hondo y se armó de valor para decir al fin en voz alta lo que había estado tratando de negarse a sí misma durante todo aquel tiempo.

—Verás, Raquel. Hay algo que no te he contado...— Aceptó al fin.

—¿Ah, no?— Preguntó Raquel, confundida— ¿El qué?

—Eric y yo... Bueno, volvimos a vernos hace unos días...

—¿Qué?— Raquel pareció feliz escuchar aquello y se acercó a ella para cogerla las manos— ¿Y qué ha pasado...?

—No, no lo entiendes. No es lo que crees...— Sheyla miró al techo y suspiró antes de continuar con su explicación, tratando de conseguir que su mejor amiga entendiera lo que estaba ocurriendo— No he quedado con él. Nos encontramos... por casualidad, en el trabajo...

—¿En el trabajo?— Raquel parecía perpleja— ¿Quieres decir que le han contratado en tu empresa?

—No, no... Claro que no... En realidad, es un poco más complicado que eso...
— Sheyla suspiró de nuevo y se decidió a soltarlo todo al fin— Eric es el dueño, Raquel.

—¿El dueño de qué?

—De mi empresa— Raquel soltó las manos de Sheyla en el mismo instante que escuchó aquellas palabras y se quedó mirándola boquiabierta.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

Sheyla observó cómo Raquel se pasaba los dedos por el pelo, aún perpleja por lo que acababa de escuchar, antes de decidirse a volver a hablar.

—No me lo puedo creer... Ahora lo entiendo todo...— Sheyla asintió, satisfecha por haber conseguido que Raquel la hubiese entendido al fin— Entonces, todo está claro. Tú lo rechazaste, y el cerdo ha intentado vengarse utilizando su posición de poder en la empresa para...

—No, no— Sheyla ocultó el rostro en las manos después de escuchar aquellas palabras. Estaba claro que no era capaz de conseguir que Raquel comprendiese su problema, pero tenía que conseguirlo, por mucho que la costara— No es eso... Todo lo contrario. Verás, estuvimos hablando y fue muy paciente conmigo. Por desgracia yo no lo fui tanto... Pero al final me invitó a un café, estuvimos charlando un rato más y todo está arreglado.

—Ahora sí que no entiendo nada— Raquel estaba mostrando más paciencia de lo que Sheyla esperaba, pero de algún modo supo que ya había llegado a su límite, y no la sorprendía— Entonces entre vosotros no pasa nada y él no ha tratado de vengarse de ti de ninguna forma... Pues, ¿cuál es el problema entonces?

—Pues el problema es...— Sheyla respiró hondo y se decidió a confesar la verdad al fin, ante su mejor amiga y ante ella misma— El problema es que quiero volver a verlo. No sé por qué, pero le echo de menos... Y pensar que no voy a volver a estar con él me duele más de lo que debería...

—Ah, sólo es eso...— Raquel sintió cómo se deshacía de un gran peso al escuchar aquellas palabras— Entonces, no es para tanto... No sé por qué estás tan triste, Sheyla. A ese tío le gustas, eso está claro. Sólo tienes que quedar con él y decírselo, y todo estará arreglado.

—Yo no lo tengo tan claro— Sheyla buscó la forma de explicar el resto de la historia, pero era consciente de que iba a ser muy difícil si no quería desvelar demasiada información, y, desde luego, no estaba dispuesta a hacerlo, pero al final se decidió a intentarlo al menos— El otro día fui muy borde con él... Creía que me estaba siguiendo... Y al final él mismo dijo que se había equivocado conmigo... Y no he vuelto a verlo desde entonces. Yo creo que me está rehuyendo...

—Yo no estoy tan segura.

—¿Cómo que no? ¿Has oído lo que te acabo de decir?

—Claro que sí.

—Pues entonces no lo has entendido bien. Me puse a gritarle en público, Raquel. Le insulté delante de todo el mundo...

—Vaya, eso sí parece fuerte...— Raquel estaba intentando aguantar una sonrisa, lo que traicionaba el significado de sus palabras— ¿Y luego le pediste perdón?

—Sí, claro. Pero no sé si sirvió de algo... Me pasé muchísimo...

—Ya, eso ya lo has dicho antes. Pero no me has dicho lo más importante: ¿él te perdonó?— Sheyla suspiró y agachó la cabeza.

—Sí. Al menos me dijo que todo estaba olvidado...

—Entonces no creo que eso sea un problema. El problema debe de ser la comunicación, como siempre... Ese es tu punto débil...

—¿La comunicación?— Sheyla miró a su amiga totalmente perdida, lo que provocó que Raquel se riera a carcajadas durante unos segundos. Sheyla estaba cansada de que todo el mundo pareciera encontrarla tan cómica cuando ella se sentía tan angustiada, pero estaba tan impaciente por saber la respuesta de Raquel que decidió seguir en silencio hasta que contestó al fin.

—Sí, la comunicación. No eres muy buena expresándote, Sheyla. Creo que eso está muy claro... A ver... ¿Tú le has dicho a ese tío que quieres volver a verlo?

—No— Sheyla entendió entonces el problema al fin, y no pudo negar que, en parte, su mejor amiga tenía toda la razón— Pero es que, en realidad, no sé si quiero...

—Claro que quieres, sólo que tienes miedo. Es normal después de todo lo que te ha pasado, pero tienes que ser valiente. Las relaciones son complicadas, pero hay que arriesgarse... Ya sabes, quien no se arriesga no gana...

—No, no lo entiendes. Es posible que tenga un poco de miedo de empezar una nueva relación, no lo niego, pero el mayor problema no es ese. Es sólo que... Él no quiere mantener una relación en serio...

—¿Y tú quieres algo serio?

—No lo sé— Respondió Sheyla en un suspiro. En realidad, quería explicar a su mejor amiga que no estaba segura de eso, pero sí estaba segura de no querer empezar una relación sado con nadie. Sería una locura después de todo lo que había pasado, y esa era la única opción que él la había ofrecido. Si hubiera sido capaz de explicarle todo aquello, su mejor amiga la hubiera entendido al fin, y seguramente la habría apoyado en su decisión de dejar de verlo. La hubiera dicho que lo mejor era que se alejase de él y la hubiera asegurado que con el tiempo acabaría olvidándolo. Pero no era capaz de explicarle todo aquello, era demasiado personal, y no creía que fuera a entenderlo, así que decidió no continuar su explicación, a pesar de saber que no era lo más inteligente que podía hacer.

—Bueno, pues entonces yo lo veo bastante claro. La única forma de que te decidas es volviendo a verlo. Cuando quedes con él un par de veces más te darás cuenta de si te apetece realmente mantener una relación informal. Si es así, perfecto, y si no sólo tendrás que mandarle a paseo. No es tan complicado...

—Bueno, te olvidas de una cosa...

—¿El qué?— Preguntó Raquel, extrañada.

—No tengo forma de llamarle para quedar con él... No tengo su teléfono... Y no voy a presentarme en su casa sin avisar después de todo lo que ha pasado entre nosotros, sería demasiado raro...

—Bueno, no sé. Quizá tengas razón, pero te olvidas de una cosa— La sonrisa pícaro que Raquel esbozó en aquel momento dio esperanzas a Sheyla, que sabía de sobra que eso significaba que su mejor amiga tenía un plan, y sus planes siempre eran infalibles.

—¿De qué?

—De que tu mejor amiga está saliendo con uno de sus mejores amigos...

CAPÍTULO 18

Sheyla no podía creerse lo que estaba haciendo. Tenía el móvil en la mano, y estaba a punto de llamar a Eric para pedirle... ¿una cita? No, claro que no. Estaba a punto de llamarle para decirle que podían hablar, si él estaba dispuesto a hacerlo, claro, algo que dudaba muy en serio. No sólo se había portado fatal con él, sino que encima iba a llamarle sin que él le hubiera dado su teléfono. Aquello no podía salir bien, estaba segura. Después de observar el móvil que tenía en la mano durante un rato más, levantó la mirada hasta su amiga, que estaba frente a ella con una gran sonrisa en la cara.

—Venga, no te lo pienses más. Hazlo de una vez, verás como todo va bien... Confía en mí...— La dijo en voz baja, tratando de convencerla.

—No sé, Raquel. No creo que sea buena idea...— Sheyla estaba totalmente segura de que era una idea terrible, pero no quería decírselo a su mejor amiga de una forma tan directa. Sabía que lo había hecho con su mejor intención, pero pedir a su novio que le diera el teléfono de su mejor amigo para que ella pudiera llamarle sin su consentimiento estaba fuera de lugar, no le cabía duda.

—Claro que sí. A ese tío le gustas, Sheyla. Sabes que nunca me equivoco con estas cosas...

—En eso tienes razón— Admitió al fin, consciente de que su mejor amiga solía tener muy buen ojo para ese tipo de cosas.

—Pues entonces no esperes más y llámale de una vez. Cuanto más lo pienses, más difícil será. Tienes que hacerlo sin darle más vueltas. Es como tirarse a la piscina...

—No sé, yo creo que tirarse a la piscina es más fácil...— Confesó Sheyla recordando sus clases de natación. Era cierto que para ella había sido complicado perderle el miedo al agua, pero había ayudado pensar que no iban a detenerla por ello. Por acosar a Eric, en cambio, no lo tenía tan claro.

—Venga, déjalo ya. No es para tanto... Lo peor que puede pasar es que te diga que no, y estoy segura de que no va a hacerlo, así que llama de una vez. Venga,

marca el número, que yo te vea...

—No sé, Raquel, no me parece buena idea... Va a pensar que estoy loca... ¿Cómo le voy a explicar de dónde he sacado su teléfono?

—No creo que tengas que darle explicaciones...

—Yo no lo veo tan claro...— Sheyla dejó el móvil sobre la mesa, dudando muy en serio que el plan de su mejor amiga fuera buena idea, así que Raquel se acercó a ella. Estaba muy seria.

—Vale, te voy a contar una cosa. Prometí que no lo haría, así que espero que este secreto se vaya contigo a la tumba o me meterás en un lío...

—Dime lo que sea— Preguntó Sheyla, curiosa.

—Verás. Cuando te encontraste con Eric la primera vez... Recuerdas que salías del gimnasio, ¿verdad?

—Sí, me lo encontré por casualidad. Él pasaba por allí...

—Pues no es cierto— La interrumpió Raquel de repente, esbozando una nueva sonrisa.

—¿Qué quieres decir?

—Que Eric no pasaba por allí por casualidad como te dijo. Jose me dijo que le gustabas mucho y no tenía forma de contactar contigo, así que le dije que podía encontrarte por allí a esa hora porque tenías clase de krav magá... En realidad, no sabía que era dueño de tu empresa... Sabía que era empresario, pero nunca hubiera imaginado...

—¿Qué?— Sheyla no pudo evitar la sonrisa que apareció en sus labios en ese momento, a pesar de que, de algún modo, sentía que debía estar enfadada con su mejor amiga. Sin embargo, aquella información tenía un significado muy importante, y ella lo había entendido bien.

—Lo que has oído, amiga mía. Él fue el primero que utilizó a su amigo para poder quedar contigo, así que no creo que se vaya a extrañar de que ahora lo

hagas tú, y mucho menos va a tomarte por una loca... Puedes estar tranquila.

—Pero, ¿por qué hizo eso? No tiene sentido...— Sheyla negó con la cabeza, aún incrédula, mientras Raquel asentía con seguridad.

—Sí que lo tiene. Verás...— Raquel tomó las manos de su mejor amiga de nuevo y se acercó a ella, preparándose para confesar un jugoso secreto— No debería decírtelo, pero llegados a este punto, supongo que ya no importa. Eric le dijo a Jose que... le gustabas muchísimo y necesitaba volver a verte, ¿no te parece romántico?

—¿Romántico?— Repitió Sheyla, cada vez más confusa— No, claro que no es romántico. No tiene sentido... A él no le van las relaciones románticas, él mismo me lo dijo...

—Quizá eso es lo que dice, pero la información que yo tengo indica lo contrario, ¿no crees?

—No sé, es posible... Pero...— Sheyla soltó las manos a su amiga y se apartó el pelo de la cara— No entiendo nada...

—Y vas a seguir sin entenderlo hasta que no lo llares, así que hazlo.

—Vale— Aceptó al fin, cogiendo de nuevo el teléfono. Por fin, decidió que debía realizar esa llamada por muy difícil que fuera, así que marcó el número y pulsó el botón de llamada. Cuando escuchó el tono de espera sintió que la temblaban las manos, pero mantuvo el tipo ante la mirada esperanzada de Raquel, que no se separaba de su lado. En solo tres tonos, escuchó la voz con la que tanto había soñado aquellos días.

—Eric Jiménez— Fue todo lo que dijo al contestar. Sheyla se sintió muy intimidada tanto por su tono de voz cortante como por su forma de contestar al teléfono, pero una palmada en el hombro de su mejor amiga la hizo reaccionar al fin.

—Hola, Eric. Soy... Sheyla. Nos vimos hace unos días... No sé si te acuerdas de mí— Eric se mantuvo en silencio un momento, así que Sheyla pensó que se había cortado la línea. Se apartó el móvil de la oreja y miró la pantalla, observando que la llamada seguía en curso. Entonces, volvió a colocarse el

teléfono en el oído— ¿Hola?

—Sí, estoy aquí. Hola, Sheyla ¿Qué tal te va todo?

—Bien, muy bien, gracias— Sheyla estaba esperando que en cualquier momento la colgase el teléfono, o al menos la preguntase de dónde había sacado su número, pero por suerte no fue así, lo que la dejó aún más descolocada— Bueno, te llamaba porque el otro día me pareció que nos quedaron cosas por decir a los dos... Y esperaba que pudiéramos volver a vernos, sólo para hablar un rato... si tú quieres, por supuesto.

Eric volvió a quedarse en silencio de nuevo, pero en aquella ocasión Sheyla no dudó del motivo. Estaba claro que su llamada le había pillado por sorpresa.

—No sé, yo creo que todo quedó bastante claro, y estoy algo ocupado...

—Entiendo— Sheyla sintió cómo el escozor de su rechazo la quemaba el corazón, así que decidió que lo mejor era despedirse para colgar cuanto antes. Tal como suponía, había cometido un grave error. A él no le gustaba ella, le pareció que era así antes de conocerla, pero ya no estaba interesado en absoluto. Y lo peor era que no se lo reprochaba. Tenía toda la razón al mantenerse alejado de ella— No te preocupes, siento haberte molestado...

—No, no digas eso. Tú no me molestas— Eric suspiró a través de la línea telefónica, y su voz sonó más suave cuando añadió— No pasa nada, te entiendo. Supongo que quedaron cosas pendientes ¿Cuándo quieres que nos veamos?

—¿Vas a quedar conmigo?— Sheyla se mostró más sorprendida de lo que le hubiera gustado, pero no pudo evitarlo.

—Sí, eso he dicho, ¿no? Bueno, dime cuándo y dónde y allí estaré.

Sheyla estuvo a punto de decirle que creía que estaba muy ocupado, como él mismo la había dicho un momento antes, pero supuso que no era buena idea comenzar a discutir en ese momento, así que se contuvo.

—No sé, ¿qué te parece mañana, hacia las seis, en la cafetería donde

hablamos el otro día?

—Perfecto. Allí estaré.

—De acuerdo. Hasta luego— Sheyla escuchó cómo Eric se despedía de ella y colgó el teléfono, aún confundida por la extraña conversación que habían mantenido.

—Bueno, ¿qué? ¿Yo tenía razón o no?— Preguntó al fin Raquel, con una gran sonrisa en los labios.

—Sí, bueno, eso creo... No parecía muy seguro pero el caso es que hemos quedado... mañana...

—Es normal, estaría sorprendido, Sheyla. No se esperaba tu llamada. Pero el caso es que habéis quedado, ¿no? Ya lo tienes hecho. No hay razón para estar triste. Alegra esa cara...

Sheyla estuvo a punto de explicar a su mejor amiga que ella no estaba tan segura de eso. Que la reacción de Eric había sido tan extraña que no auguraba nada bueno, y que por mucho que la gustara no estaba segura de que él hubiera cambiado de opinión sobre ella después de todo lo que había ocurrido, y sólo hubiera aceptado verla por educación, pero finalmente decidió que lo mejor era olvidar todo aquello y, simplemente, ver qué pasaba. Así que devolvió el abrazo a su mejor amiga y deseó que todo fuera bien al día siguiente, a pesar de que lo dudaba.

—Eso espero, Raquel. Eso espero...

CAPÍTULO 19

Al día siguiente a las seis de la tarde en punto, Sheyla se encontraba en la puerta de la cafetería donde había quedado con Eric, aunque aún no estaba del todo segura de por qué. Estaba claro que él no quería verla, lo había notado claramente cuando había hablado con él por teléfono, y ella estaba demasiado nerviosa como para pensar que aquello había sido una buena idea, pero a pesar de todo ni siquiera había pensado en la posibilidad de no aparecer o cancelar aquella extraña cita. Estaba demasiado impaciente por verle como para pensar con claridad, así que, en un inesperado arranque de valentía tomó el pomo de la puerta y entró dentro. No tardó en buscar entre las mesas que había a su alrededor, pero Eric no estaba allí, no cabía duda. Por mucho que la doliera pensar que quizá no iba a aparecer, no pudo evitar dar unos pocos pasos hasta la mesa libre más cercana para sentarse a esperarle. Una pequeña voz dentro de su cabeza le advertía de que debía marcharse, que ella sabía de sobra que él no tenía intención de ir, que incluso la había intentado poner una excusa el día anterior cuando habían hablado por teléfono, aunque al final parecía haber cambiado de opinión y había decidido aceptar su oferta. Aún estaba intentando evitar esa molesta idea que la acosaba a cada momento cuando el camarero se acercó para saber qué quería tomar.

—Un café con leche. Gracias— Dijo tratando de esbozar una sonrisa que el camarero la devolvió sin dudar antes de anotar su pedido y marcharse sin más.

Cuando llegó con su bebida Eric todavía no había llegado, y ya pasaban diez minutos de la hora acordada, así que Sheyla decidió que si no llegaba cuando se hubiera terminado el café se marcharía, a pesar de que Raquel la había obligado a prometer que iba a poner todo de su parte en aquella conversación, convencida de que Eric estaba muy interesado en ella a pesar de que, en el fondo, Sheyla sabía con certeza que no era así, y que lo único que la interesaba de ella era su cuerpo y una extraña relación que, además, ella no estaba segura de desear. Sí le deseaba a él, sin embargo. De eso no la cabía duda, y era el único motivo por el que aún seguía ahí sentada cuando terminó su último sorbo de café. Después miró su reloj y vio que marcaba las seis y veinticinco. Entonces fue cuando pareció convencerse de que aquello había sido un error. Eric no iba a aparecer y, en lugar de conseguir lo que quería, iba

a sentirse peor que nunca aquella noche, así que decidió no alargar más su angustia: sacó su monedero y tomó el dinero para pagar el café. Estaba a punto de llamar al camarero cuando escuchó una voz a su espalda. Era inconfundible a quién pertenecía, aunque por un momento creyó que estaba soñando.

—Hola, Sheyla. Perdona por el retraso, he tenido una reunión a última hora...

Sheyla se quedó perpleja al ver cómo se sentaba frente a ella mientras ella trataba de guardar su monedero de nuevo en su bolso con discreción.

—No pasa nada.

—¿Hace mucho que estás aquí?

—No, no mucho— Respondió ella, aún intranquila. Eric llamó al camarero y le pidió un café para él y otro más para ella y se quedó observándola en silencio durante un momento antes de decidirse a hablar.

—Bueno, pues ya estamos aquí. Tengo que confesarte que me ha sorprendido mucho tu llamada, así que no voy a negar que estoy impaciente por saber de qué querías hablarme...

—Sí, bueno, fue algo que decidí de repente, aunque ahora mismo, mientras te esperaba, estaba pensando que quizá haya sido un error...

—¿Por qué?— Preguntó Eric, visiblemente molesto.

—Por varios motivos, Eric. El primero de ellos es que eres el dueño de la empresa en la que trabajo...

—Eso no tiene nada que ver con nuestra relación, Sheyla, ya te lo dije. No pienso interferir en nada que tenga que ver con tu vida laboral. Te doy mi palabra.

Sheyla tuvo que admitir que creía en sus palabras, así que observó cómo el camarero les traía su nuevo pedido, dejandoselo sobre la mesa con un gesto decepcionado que ella ni siquiera notó, suspiró y se decidió a continuar con sus objeciones.

—Sí, en eso quizá tengas razón, pero sabes que aún hay otro problema, y ese es mucho más grave.

—¿Cuál?— Preguntó él fingiendo inocencia.

—Nuestros gustos sexuales no son los mismos, Eric. Y eso sí puede ser problemático...

—Lo sé. Sé que es un tema... complicado, y lo entiendo. Pero te recuerdo que eres tú quien me ha llamado, y es algo extraño, porque ni siquiera recuerdo haberte dado mi teléfono... Así que entiendo que si te has tomado tantas molestias para volver a quedar conmigo después de que acordáramos no volver a vernos será por algo, ¿no es así?— Sheyla no pudo evitar quedarse boquiabierta ante aquella respuesta. Su discurso había sido tan arrogante que de repente se había dado cuenta del gran error que había cometido. Ella no conocía de nada a ese hombre. Se había hecho una idea de él totalmente idealizada, pero él no era como ella imaginaba. Le deseaba, eso no podía negarlo, pero únicamente debido a lo perfecto que era su cuerpo. Eso era todo lo que sabía de él, y estaba claro que no era suficiente, al menos para ella.

—He cometido un error, creo que es mejor que me vaya...— Le comunicó Sheyla mientras se ponía en pie. Eric perdió toda su arrogancia en aquel momento y frunció el ceño, pero lejos de actuar como Sheyla había esperado, únicamente negó con la cabeza, sacó su cartera y dejó el dinero que había costado su pedido, incluyendo el primer café que ella había tomado antes de que él llegara, más una buena propina, y se puso en pie también.

—De acuerdo, te acompaño.

—No hace falta— Sheyla no pudo disimular las ganas que tenía de huir de aquel lugar después de haber sido testigo de la gran equivocación que había sido quedar una vez más con Eric, pero él sonrió y negó con la cabeza de nuevo.

—No importa, Sheyla. No me cuesta nada llevarte a tu casa. Mi chófer está fuera esperando en el coche...— Sheyla se quedó un momento pensativa, así que Eric amplió su sonrisa— No te preocupes, sólo serán unos minutos y luego no tendrás que volver a verme. Puedes estar tranquila.

Sheyla se quedó perpleja al darse cuenta de que Eric era consciente de lo que ella sentía, incluso más que ella misma, así que asintió y le siguió hasta su coche.

El viaje fue corto, pero aún así se sintió mucho más incómoda de lo que nunca hubiera imaginado. El silencio se apoderó del vehículo mientras ella se esforzaba por observar la oscuridad que se abría paso a través de la ventana, tratando de evitar cualquier tipo de conversación. En cuanto llegaron y el coche se detuvo, se dio la vuelta al fin, dispuesta a darle las gracias a Eric antes de marcharse. Sin embargo, no fue capaz. Por un momento, sintió que la forma en que la observaba daba voz a sus propios sentimientos: tristeza, anhelo, deseo,... Así que se quedó mirándole durante unos segundos antes de decidirse a hablar.

—Antes de irme... Me gustaría hacerte una pregunta, y quiero que seas totalmente sincero— Preguntó Sheyla al fin.

—Siempre lo soy. Pregunta lo que quieras— Eric se mostró tan paciente como había sido en todo momento.

—¿Por qué has aceptado quedar conmigo esta tarde? Está claro que no te apetecía...

—¿Por qué dices eso?— Eric se mostró claramente sorprendido— ¿Qué te hace pensar que no me apetecía verte?

—Pues supongo que... es raro que ayer me dijeras que no antes de aceptar mi proposición... Y hoy has dado a entender que la única que estaba interesada en quedar hoy contigo soy yo...

—No, no lo has entendido, Sheyla— La interrumpió Eric esbozando una pequeña sonrisa de nuevo— Ayer dudé, no lo niego, pero no fue porque yo no quisiera verte, sino porque la última vez que nos vimos me prometí a mí mismo que no volvería a hacerlo...

—¿Por qué?— Sheyla estaba impaciente por entender a ese hombre, pero estaba claro que no era tan sencillo.

—Porque en el poco tiempo que hemos hablado sólo me ha quedado clara una

cosa: que yo no soy el hombre adecuado para ti. Si empezáramos a vernos sólo conseguiría hacerte daño. La relación que yo te ofrezco no es la que tú deseas, ni la que mereces, Sheyla. Lo sabes igual que yo. La verdad es que ni siquiera entiendo que trates de acercarte a mí otra vez después de todo lo que te he contado... Pero lo has hecho, y te deseo tanto que no soy capaz de negarme a verte si tú me lo pides, aunque sepa que yo no te convengo.

Sheyla ahogó un jadeo después de escuchar aquellas palabras. Por extraño que pudiera parecer, era lo menos arrogante que había escuchado en toda su vida. Lo que había dicho era básicamente que él había antepuesto la felicidad de ella a la suya propia, y eso la mostraba una faceta de Eric que hasta ese momento no conocía. El único problema era que ella no estaba segura de que estar alejada de él fuera lo que más la convenía. De hecho, cada vez estaba más segura de que estar lejos de él sólo la causaba dolor.

—Vaya, eso no me lo esperaba.

—Ya lo suponía— Eric dejó que una pequeña sonrisa volviera a dibujarse en sus labios durante una décima de segundo antes de continuar— Y respecto a lo de hoy, te aseguro que he llegado tarde por trabajo. No te he mentado ni lo voy a hacer nunca, y necesito que confíes en mí porque si no sé qué estamos haciendo. Nuestra relación no va a tener un buen fin si no confiamos el uno en el otro.

—¿Tú confías en mí?

—Sí, claro ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque no paro de rehuirte, a pesar de que no quiero hacerlo— Eric se recostó en su asiento antes de asentir con la cabeza.

—Sí, sé que es un poco molesto— Admitió con una pequeña sonrisa— pero, aunque no lo creas, lo entiendo. Te he hecho una propuesta un poco complicada, y entiendo que la rechaces. Lo que no comprendo es el motivo por el que sigues queriendo acercarte a mí a pesar de todo.

—¿No lo entiendes?— Sheyla observó cómo Eric negaba con la cabeza— Pues la verdad es que yo tampoco lo entiendo muy bien... Lo único que puedo llegar a comprender es que, simplemente, no puedo...

Eric abrió mucho los ojos ante aquella confesión, pero pronto se decidió a responder.

—Yo siento lo mismo— Admitió al fin— No sé por qué pero no quiero alejarme de ti, a pesar de que sé que debo hacerlo. Tú no quieres una relación de dominación, y yo...

—Bueno, en realidad nunca lo he probado.

—Pero no crees que te atraiga... en absoluto, ¿no es así?— Eric pareció esperanzado en ese momento, a pesar de que no se permitía a sí mismo creer que aquello era posible.

—No, no lo creo— Confesó Sheyla— Sin embargo, nunca lo he probado, así que tampoco puedo saberlo con seguridad...

—Y... ¿Estarías... dispuesta a intentarlo?— Sheyla se sorprendió al ver cómo Eric titubeaba, algo que nunca le había visto hacer antes de ese momento.

—Quizá— Sheyla se sorprendió a sí misma tomando una decisión tan crucial para ella de una forma tan ligera, pero se conocía a sí misma. El corazón mandaba en su alma, y eso nunca iba a cambiar. La lógica quedaba en un segundo plano cuando estaba cerca de Eric, y no era capaz de evitarlo— No sé, mira, no lo he pensado bien. Pero creo que podría hacerlo. Aunque tendría que poner unas condiciones.

—¿Cuáles?— Preguntó Eric con cautela.

—En primer lugar, necesito que vayamos despacio. Necesito tener plena confianza en esta relación tan rara y para eso necesito tiempo...

—De acuerdo, acepto ¿Cuál es la otra?— Sheyla se sorprendió al ver la facilidad con la que Eric había aceptado su primera propuesta, aunque supuso que la siguiente sería más complicada.

—La otra es... que empecemos manteniendo una relación sexual normal... Vainilla, como tú la llamas... Sería importante para mí porque necesito conocerte mejor antes de empezar una relación tan complicada como la que me propones...

—Sheyla, sabes que yo no mantengo relaciones... normales, como tú las llamas
— La advirtió él con cautela.

—Sí, lo sé. Me lo has dejado muy claro en todo momento. No me refiero a que quiera que me regales flores ni me lleves al cine, Eric. Sólo quiero que las primeras veces que nos acostemos seas... no sé, como explicarlo... seas...

—¿Tierno y suave contigo?— La interrumpió él al fin. Ella se sintió algo aliviada al escucharlo, así que asintió, observando cómo Eric negaba con la cabeza en respuesta a su requerimiento— No, Sheyla, eso no va conmigo. Yo... nunca he mantenido relaciones de esa forma, no es lo mío...

—Lo entiendo, pero si no lo aceptas no creo que pueda intentarlo, Eric. Lo necesito, ya te lo he explicado...— Sheyla sentía cómo Eric se alejaba de ella una vez más sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo, así que decidió que lo mejor en ese momento era presionarle, al menos un poco— Es lo justo. Yo voy a ceder también, ya lo sabes, lo normal sería que tú también lo hicieras, ¿no te parece? Tú mismo dijiste que la relación entre un amo y su sumisa es de iguales...

—Veo que aprendes rápido— Comentó Eric, algo molesto— Vale, tienes razón. Acepto tus condiciones. Iremos despacio si es lo que necesitas, y dejaré que empieces marcando tú el ritmo, pero te recuerdo que eso no es lo que yo deseo, así que espero que lo tengas en cuenta y no lo olvides en ningún momento, porque eso podría traernos problemas...

—No lo haré— Sheyla no pudo evitar la sonrisa que apareció en su rostro debido al triunfo que había conseguido al fin. Ni siquiera podía creérselo, pero Eric había aceptado sus condiciones, a pesar de que le costaba. Era como un sueño hecho realidad, y hacía tiempo que no se sentía tan feliz, así que, sin apenas darse cuenta de lo que estaba haciendo, se abalanzó sobre él y se abrazó a su cuello mientras le besaba en los labios. Eric pareció sorprendido ante su arranque, pero pronto introdujo la lengua en su boca con fiereza mientras se abrazaba con fuerza a su cintura, como si no quisiera dejarla marchar jamás. Aquello dio esperanzas a Sheyla, que sintió que el mundo estallaba a su alrededor cuando Eric se acercó hasta ella para apoderarse de su boca para poco después empezaba a besarla el cuello. Ella dejó que un jadeo escapase de sus labios mientras sentía cómo los labios de Eric rodaban

por su piel, y por un momento fue capaz de olvidar todo: su pasado, su futuro, incluso su nombre, deleitándose en la felicidad que se había apoderado de su cuerpo. Había conseguido una relación con Eric. Estaba claro que no era la que más le hubiera gustado, pero al menos no le había perdido para siempre, y con eso se conformaba. Al menos, por el momento.

—Bueno, entonces, ¿vas a invitarme a subir a tu casa?— Preguntó Eric con respiración entrecortada. Sheyla sonrió al darse cuenta de que él estaba tan impaciente por meterse en su cama como ella, lo que la obligó a volver a sonreír, pero a pesar de que le fue difícil finalmente negó con la cabeza.

—No, hoy no. Es mejor que lo dejemos para mañana ¿Nos vemos por la tarde?
— Sheyla no pudo evitar que se la escapase una sonora carcajada al ver la forma en que Eric la miró en ese momento, frunciendo el ceño, mientras permitía sin ganas que ella se levantase de su regazo.

—Si no hay más remedio...— Aceptó él al fin.

—No, no lo hay— Sheyla sonrió de nuevo antes de darle un sonoro beso en los labios, tan rápido que a Eric le supo a poco— Hasta mañana, entonces— Se despidió sin más antes de salir por la puerta para entrar en su casa, escuchando el gruñido que Eric emitió cuando ella se alejó de su lado. No podía esperar a contarle a Raquel lo que había pasado. Por primera vez en mucho tiempo, tenía razones para estar feliz al fin, y estaba dispuesta a aceptarlo.

CAPÍTULO 20

Aquella tarde de domingo Sheyla estaba tan pletórica de alegría como nerviosa. Después de observar un rato el armario, sin estar muy segura aún de qué debía ponerse, finalmente escogió un vestido azul que hacía tiempo que no se ponía y se lo puso sobre el estómago antes de volverse hacia Raquel de nuevo.

—¿Qué te parece este?— Preguntó una vez más, mostrándose más indecisa aún que antes, si es que aquello era posible.

—Pues no sé... No está mal, pero...— Raquel bostezó sin poder evitarlo. Estaba realmente aburrida por tantos sondeos, pero no podía negar que entendía a Sheyla, así que no tuvo más remedio que apoyarla en todo lo que necesitara. Había conseguido una cita con Eric, y no tenía que preguntar para saber que le gustaba demasiado, así que su deber como su mejor amiga era ayudarla a buscar el conjunto perfecto para aquella noche, por difícil que fuera.

—Sí, quizá es demasiado corto. Además, este escote en forma de corazón nunca ha terminado de gustarme...

—No sé, a mí me parece muy bonito, pero si tú no te sientes cómoda...

—Tienes razón. Mejor escojo otro— Sheyla se volvió una vez más hacia el armario y pudo comprobar que sólo la quedaban tres vestidos más por escoger. Dejó el que tenía en la mano encima de la cama junto a los otros quince que ya había descartado y volvió a meditar a conciencia. El vestido rojo que había frente a sus ojos llamó su atención por un momento. Lo tenía desde hacía mucho tiempo, pero casi lo había olvidado. Sin embargo, parecía perfecto para aquella noche.

—¿Y este?— Preguntó al fin con una sonrisa, tomándolo en sus manos para que Raquel pudiera admirarlo bien.

—No está mal...— Dijo ella al fin mientras deslizaba la suave y fina tela entre sus dedos— La verdad es que siempre me ha gustado mucho este vestido, casi

había olvidado que lo tenías...

—Sí, es verdad. Creo que no me traía muy buenos recuerdos...— Sheyla tuvo que luchar por ignorar los recuerdos que le traía aquel atuendo. Recordaba cristales rotos, el vino resbalando por la hermosa tela que pronto se mezcló con su propia sangre,...

—Bueno, supongo que entonces ese es un motivo más para escogerlo, ¿no te parece? Así podrás empezar a borrar malos recuerdos y sustituirlos por otros buenos, ¿verdad?

—Sí, supongo— Sheyla volvió a mirar el vestido y se decidió al fin a probárselo— Voy a ver cómo me queda.

Raquel observó cómo Sheyla se ponía el vestido y subía la cremallera que había en la espalda antes de mirarse de nuevo al espejo.

—Estás perfecta— Comentó Raquel alucinada.

—No sé, ¿no te parece demasiado corto? Sólo me llega hasta la mitad del muslo...

—No, claro que no. Tiene el largo perfecto, Sheyla. No exageres. Vas a quedar con un tío que te gusta, y tienes unas piernas largas que deberías lucir...

—No sé... No lo veo claro...— Sheyla no parecía convencida por las palabras de Raquel, a pesar de que admitía que el color del vestido destacaba con la palidez de su piel, y eso la gustaba bastante.

—Bueno, pues yo sí, así que esta noche tendrás que obedecer mis órdenes. Vas a llevar ese vestido y no admito más discusión.

Sheyla sonrió ante el descaro de su mejor amiga, a pesar de que no la sorprendía demasiado. Estaba claro que Raquel se preocupaba por ella, así que, a pesar de que la costó aceptarlo, finalmente asintió con una sonrisa.

—Vale, de acuerdo ¿Tú qué vas a hacer esta noche? ¿Tienes grandes planes?
— Preguntó con curiosidad mientras terminaba de pintarse los labios.

—Sí, Jose va a venir luego, pero aún tengo tiempo. Quería estar libre para ayudarte, porque suponía que, de no ser por mí, serías capaz de presentarte con un chándal...

Sheyla no pudo evitar reír ante aquel comentario, aunque no descartaba por completo que, en realidad, no tuviera parte de razón.

—No exageres... Con un chándal no...— Dijo al fin, tratando de recuperar el habla— Con unos vaqueros, en cambio...

—¿Ves? Lo sabía...— Raquel observó cómo Sheyla dejaba de reír al fin y se volvía a mirarse al espejo— Estás perfecta...

—¿Tú crees?— La voz de Sheyla sonó mucho más insegura de lo que le hubiera gustado.

—Sí, claro. Todo va a salir genial, ya lo verás. En cuanto te vea, caerá rendido a tus pies...

Sheyla negó con la cabeza mientras esbozaba una pequeña sonrisa. Estaba a punto de explicarle a Raquel que su relación no era como ella pensaba, que entre ellos nunca iba a haber un amor de los que mueven montañas, o, al menos, no por parte de Eric, que le había dejado muy claro que sus intenciones no eran las de mantener una relación romántica desde el principio, sino puramente sexual, cuando sonó el timbre de la puerta.

—Bueno, ya está ahí. Voy a bajar, ¿vale?

—Claro...— Raquel abrazó a su amiga y la despidió con alegría en la puerta

— Si necesitas cualquier cosa, llámame, ¿vale?

—Por supuesto.

Sheyla bajó las escaleras ilusionada, aunque no podía negar que también algo nerviosa. A pesar de la idea de mantener una relación puramente sexual, y más si tenía en cuenta que se trataba de algo totalmente nuevo para ella, como era el sado, estaba contenta. Había conseguido quedar con Eric, no le había perdido, tal como ella esperaba, y confiaba en él lo suficiente para saber que iba a tener paciencia con ella, así que, dentro de todos los problemas que

conllevara, pensaba que había hecho lo correcto al salir con él aquella noche. No tenía idea de adónde la iba a llevar, o qué iban a hacer, pero en aquellos momentos tampoco la importaba. Sólo sabía que iba a estar con él, y eso era suficiente para que la felicidad la invadiera por completo. No pudo evitar pensar que quizá Eric era demasiado importante para ella teniendo en cuenta lo bien que la hacía sentir a pesar del poco tiempo que hacía que lo conocía, cuando al fin abrió la puerta del portal para salir a la calle. Fue entonces cuando se dio cuenta de que algo no iba bien. Por más que miraba alrededor, no veía a nadie. La calle estaba casi desierta, lo que no era muy común a aquellas horas de la noche, y, lo que era peor, no había rastro de Eric, ni tampoco de su coche, por más que lo buscaba. Antes de darse cuenta, empezó a sentir cómo el frío empezaba a invadir todo su cuerpo. Era una sensación extraña, aunque en el pasado había sido muy habitual. Sin embargo, hacía mucho tiempo que no sentía cómo el miedo se apoderaba de todo su ser. Algo iba mal, muy mal. Eric no estaba allí, pero alguien había llamado al portero, y no sabía quién era. Antes de darse cuenta de lo que ocurría, sacó su móvil y marcó el número de Eric, dispuesta a averiguar lo que estaba ocurriendo. Por suerte, él contestó en el segundo tono.

—Eric, ¿estás aquí?

—¿Aquí, dónde?— Preguntó confundido.

—Aquí, en mi casa. En mi barrio... ¿Has llamado tú a mi portero?

—No, aún no he llegado. Estoy de camino, voy en el coche...— Eric respondió a aquella extraña pregunta mientras escuchaba la respiración agitada de Sheyla al otro lado de la línea— ¿Por qué? ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien, no te preocupes. Es sólo que... Han llamado al portero y creía que eras tú, así que he bajado y no estabas... Y me ha extrañado, eso es todo— Explicó Sheyla tratando de mostrarse razonable, y no tan asustada como en realidad estaba.

—Ah, sólo es eso. No te preocupes, deben de haberse equivocado. De todos modos, en unos minutos estaré allí, así que no tienes que preocuparte. Llegaré enseguida.

—Vale, te espero entonces.

—Perfecto. Hasta ahora— Sheyla colgó entonces el teléfono mientras sus ojos comenzaban a observar todo lo que podía ver alrededor suyo a través de la oscuridad que la acompañaba. Un hombre se acercaba a lo lejos, pero no lo conocía de nada. Llevaba una gabardina gris y parecía concentrado en protegerse del frío. No parecía ser un problema. Sin embargo, a lo lejos, le pareció ver una especie de sombra oscura que se escondía tras la esquina de la pared. Estaba tan lejos que no podía asegurar si realmente estaba allí o eran imaginaciones suyas, cuando de repente el sonido de un coche parando frente a su puerta la sacó de su ensimismamiento. No pudo evitar sonreír cuando vio a Eric aparecer detrás de la ventanilla tintada que lentamente iba desapareciendo para mostrar cada hermosa facción de su rostro, olvidando por un momento todos los miedos que se habían apoderado de ella en los últimos minutos.

Sheyla se dirigió hacia la puerta y la abrió con tranquilidad antes de que el chófer tuviera tiempo de hacerlo. Era algo que siempre la hacía sentir muy incómoda, de modo que trataba de evitarlo siempre que tenía ocasión.

—Hola, preciosa— Saludó Eric con una pequeña sonrisa— ¿Has tenido que esperar mucho?

—Sí...— Mintió Sheyla antes de acercarse lentamente hacia sus labios, evitando que volviera a hablar. Su boca se unió a la de Eric y por un momento el mundo dejó de existir a su alrededor. Ni siquiera recordaba lo que había ocurrido un momento antes. Sólo era capaz de sentir la calidez de sus labios moviéndose contra los suyos, la forma en que su lengua se introdujo lentamente en su boca y sus manos se enredaron en su pelo para conseguir tenerla tan cerca de él como le fue posible. No cabía duda de que el día anterior le había dejado con ganas de más, con ganas de ella, y eso le encantaba. Así podía comprobar que ella no era la única que le deseaba a él, como a menudo sentía cuando estaba a su lado. Cuando al fin consiguieron alejarse el uno del otro, la sonrisa de Eric aún permanecía en sus labios, mientras que la de Sheyla se había ampliado sin que ella fuera consciente de ello— No vuelvas a hacerme esperar.

—No lo haré, preciosa. Nunca más— Antes de que se dieran cuenta, el coche

volvió a ponerse en marcha y Sheyla observó alrededor, al notar que el vehículo se había puesto en movimiento.

—¿Adónde vamos?

—Vamos a mi casa— Respondió él con tranquilidad. Sheyla perdió la sonrisa de manera instantánea en ese momento.

—Vaya, veo que vamos directos al grano...

—Pues sí, esa es la idea... Ya sabes, lo nuestro no es una relación romántica... Creo que lo mejor es que empecemos cuanto antes— Sheyla se apartó un poco de Eric, volviendo a la realidad de forma repentina. Era extraño lo rápido que se había despertado del sueño. Por un momento, había olvidado que, efectivamente, ellos no mantenían una relación, algo a lo que ella había accedido al fin, a pesar de que, en ese momento, empezaba a cuestionarse de nuevo si había sido una buena idea.

—¿Y qué? ¿Piensas mantenerme escondida para que nadie te vea a mi lado? ¿Vas a echarme de la cama en cuanto obtengas lo que has venido a buscar...?

—No, claro que no... No digas tonterías... Es sólo que... Bueno...— Eric parecía buscar las palabras para explicarse, pero la furia que transmitía la mirada de Sheyla se lo estaba poniendo más difícil de lo que le hubiera gustado— No sé cómo decirlo, pero ayer... Esperaba que hicieras algo más que darme un simple besito de despedida, y había pensado que podíamos retomarlo donde lo dejamos... Pero, si no te parece bien, no me importará que cenemos antes...

Sheyla se rió de repente por su propia estupidez. Estaba claro cuál era el problema. El día anterior había trazado un plan, y al parecer había tenido éxito. Eric la deseaba tanto como ella a él, no cabía duda.

—Ah, es eso... Sí, en ese caso no hay problema. Podemos ir a tu casa... si es lo que quieres...— Sheyla sintió cómo se la acaloraba la cara mientras apartaba la mirada de Eric con timidez mientras él dejaba escapar algunas carcajadas entre sus hermosos labios. Por un momento, dudó de si la perfección de su boca era posible. Jamás había visto unos labios como aquellos en toda su vida. Eran gruesos, pero no demasiado, y estaban tan bien

perfilados que no podía evitar desear besarlos a cada momento.

—No, no creo que pueda esperar tanto. Podríamos coger una habitación por aquí. Es más rápido...

El camino pareció mucho más largo de lo que realmente era, quizá por el silencio que les acompañó durante el resto del trayecto. Sheyla no podía evitar sentirse impaciente por estar al fin con Eric. Deseaba sentir su piel al fin, tumbarse a su lado, notar sus caricias,... Y podía sentir además la forma en que Eric también la deseaba, como si se tratase de una nueva energía que la dominase por completo.

En cuanto introdujeron la llave acartonada y la puerta se abrió, Eric se abalanzó sobre ella tomando posesión de sus labios mientras la apresaba contra la pared. No paró de saborear su boca mientras la desabrochaba el vestido, escuchando sus jadeos impacientes mientras sentía su aliento en la mejilla a cada momento. En cuanto la tuvo al fin desnuda frente a él, la tomó entre sus brazos y, sin romper el contacto de sus lenguas en ningún momento, la condujo hacia su habitación. Sheyla le siguió a ciegas, como si estuviera en una burbuja en la que fuera ajena a todo lo que ocurría a su alrededor. Lo único de lo que era consciente era de la presencia de Eric frente a ella, y se sorprendía a sí misma al darse cuenta de que, de algún modo, se sentía deseosa de complacerle. Por eso, cuando él se quitó al fin los pantalones y se acercó a ella lentamente, se sentó sobre la cama, impaciente por aliviar la gran erección que veía ante sí. Él llegó hasta ella y la sujetó las manos, obligándola a tumbarse mientras colocaban sus brazos por encima de su cabeza y las apresaba entre las suyas con fuerza con la mirada clavada en sus ojos.

—No te muevas, ¿me oyes?— La ordenó con voz ronca antes de empezar a besar su cuello hasta que llegó hasta sus pechos, que saboreó con rudeza. Sheyla sentía que iba a estallar en cualquier momento, pero estaba tan abrumada que apenas podía pronunciar palabra.

—Eric...— Murmuró al fin, sintiendo que no era capaz de aguantar un minuto más sin sentirle dentro.

—Shhhh. Silencio— La orden de Eric la llegó con tal claridad que no pudo evitar acatarla, a pesar de que la pareció que conseguirlo iba a ser más

complicado de lo que la hubiera gustado. Antes de darse cuenta, se estaba mordiendo el labio con tanta fuerza que incluso empezó a hacerse daño. Sin embargo, cuando Eric dirigió su mano hacia su sexo y empezó a acariciarlo con suavidad, ella sintió que iba a estallar sin poder evitarlo, emitiendo unos gemidos que no dejaban lugar a dudas. Antes de darse cuenta de lo que ocurría mientras se negaba a abrir los ojos, escuchó la risa de Eric junto a su oído— No te corras todavía, ¿me oyes?

Sheyla quería decir que iba a intentarlo, aunque dudaba que lo consiguiera, pero estaba tan excitada que no era capaz de hablar, así que finalmente se decidió por asentir en silencio. Eric siguió acariciando el centro de su cuerpo unos minutos antes de darse cuenta de que estaba suficientemente mojada como para que pudieran continuar, y en ese momento se puso sobre ella e introdujo su duro miembro en su sexo, notando cómo entraba hasta lo más hondo de todo su ser, mientras ella dejaba escapar un pequeño grito por la sorpresa y empezaba a respirar por el alivio que aquello la transmitía. Eric empezó entonces a moverse en su interior, empujando con fuerza cada vez con más rapidez, hasta que sintió cómo se derramaba por completo, mientras Sheyla se aferraba a su cuerpo y dejaba que toda la tensión que se había acumulado en su interior estallase al fin en mil pedazos, dejándola sin fuerzas tumbada sobre la cama mientras sentía el peso del cuerpo de Eric sobre ella, que luchaba a su lado de recuperar el aliento.

CAPÍTULO 21

Sheyla notaba cada movimiento del pecho de Eric cuando respiraba encima de ella. Aunque de algún modo se sentía presa de su cuerpo, no la importaba. Estaba tan agotada como feliz por lo que acababan de vivir juntos.

No podía negar que aquello había sido una especie de primera vez muy agradable. Por supuesto, ella no era virgen desde hacía mucho tiempo, pero sólo había mantenido relaciones sexuales con un hombre antes de Eric, y en aquellas ocasiones no se había sentido libre en ningún momento, ni siquiera estaba segura de si ella había decidido acostarse con él la primera vez. Era algo en lo que aún se sentía confundida, como muchas otras cosas de aquella extraña relación. Pero todo era diferente en aquella ocasión. Eric se había portado tan bien con ella, había sido tan dulce y cuidadoso, se había sentido tan cuidada por él que la experiencia había sido un auténtico éxito. Era extraño que aquel hombre no fuera más que un compañero sexual, puesto que, sobre todo en ese momento sentía que era mucho más que eso para ella, aunque el miedo no la permitiera aceptarlo, al menos todavía. Sin embargo, cuando sintió cómo se decidía a moverse al fin, no pudo evitar sentir que, de algún modo, echaba de menos la proximidad de su piel, a pesar de que sólo se movió unos centímetros, hasta acabar tumbado a su lado.

—¿Qué tal?— Preguntó ella al fin con timidez, tratando de evitar la bobalicona sonrisa que se había apoderado de sus labios.

—Bien, muy bien... La verdad es que mucho mejor de lo que esperaba...— Murmuró Eric también sonriendo.

—¿De verdad?

—Sí... Lo cierto es que no lo esperaba. Hacía mucho tiempo desde que... Bueno, desde que no practicaba el sexo de esta manera...

—Quieres decir... sexo vainilla, ¿verdad?— Preguntó Sheyla insegura, tratando de entederlo.

—Sí, exacto. Eso quería decir. Sexo vainilla... Es... raro, diferente, pero tengo

que admitir que no ha estado nada mal...

—Vaya, me alegro. A mí también me ha gustado...

—¿En serio?— Eric miró fijamente a los ojos de Sheyla por un momento mientras su dedo índice la acariciaba la mejilla con suavidad.

—Sí. En realidad nunca pensé que el sexo pudiera llegar a ser tan... increíble...

—No irás a decirme que eras virgen, ¿verdad?— En el tono de Eric había cierto humor, no cabía duda.

—No, claro que no.

—Mejor, porque no te habría creído...— Sheyla escuchó cómo Eric se carcajeó al escucharla, de modo que ella no pudo evitar reír también. La idea, en cierto modo, la resultó bastante graciosa, a pesar de que la verdad de su pasado no lo era en absoluto. Era extraño, pero cuando estaba junto a Eric todo parecía menos importante, menos grave.

—Harías bien.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Es que nunca habías disfrutado del sexo antes?

—Supongo que no— Admitió Sheyla encogiéndose levemente de hombros. Eric la observó con curiosidad, pero no hizo ninguna pregunta en voz alta, a pesar de que estaba claro que deseaba hacerlo, así que ella respiró hondo y decidió continuar hablando, sin entrar en demasiados detalles— Sólo me he acostado con un hombre en mi vida, aparte de ti, claro... Mi ex novio, Pedro. Y, bueno, supongo que no era tan bueno como tú, porque nunca había sentido esto antes...

—Vaya, nunca lo hubiera imaginado. Eres preciosa, y tu cuerpo es alucinante... Aunque aún seas muy joven, has debido de tener a un montón de tíos haciendo cola para salir contigo durante años... Me cuesta creer que nunca hayas estado con ningún otro tío aparte de tu ex...

—Pues es así...

—¿Por qué?— Eric parecía expectante, como si aquella conversación le pareciera tan interesante que no fuera capaz de dejar de preguntarla al respecto, algo que a ella no le gustaba demasiado, a pesar de que sabía que, en cierto modo, era inevitable. También ella se moría de ganas de preguntarle todo acerca de su pasado, por mucho que la costara aceptarlo. Y, a pesar de que no lo hacía por miedo de que él decidiera no contestarla al ser su relación puramente sexual, la aterraba mucho más tener que explicar su relación con Pedro. Estaba segura de que, por mucho que la costara admitirlo, su pasado era mucho más complejo de lo que él pensaba, y no estaba segura de que explicarle todos los detalles de su vida fuera buena idea, así que decidió hacer un pequeño resumen y responder de forma escueta a sus preguntas. Quizá así se daría por enterado de que no era buena idea.

—No sé... Supongo que Pedro era muy celoso y yo me sentía tan enamorada que no creí que necesitara a nadie más que a él... A veces sentía que él me salvaba de mí misma, que a su lado era más feliz de lo que nadie pudiera imaginar, pero...

—Pero no fue así, ¿no?— Sheyla negó con la cabeza. Ya no quedaba ni rastro de su sonrisa, pero de todos modos trataba de mostrarse entera.

—No, no fue así. Las cosas entre nosotros no salieron bien, nada bien— Sheyla apartó la vista de Eric un momento mientras unos duros recuerdos acudían a su mente. No tardó demasiado en recordar las palabras de su psicóloga, repitiéndola una y otra vez que debía alejar los malos recuerdos lo antes posible, que debía luchar por recuperar su vida, así que pronto volvió a fijar su mirada sobre Eric, que la miraba preocupado— Bueno, ¿y tú qué? ¿Alguna vez te has enamorado?

—No— Respondió Eric con decisión— Nunca.

—¿En serio?— Insistió Sheyla con perspicacia— Es difícil de creer... Tienes unos años ya...

—Hombre, gracias...— Sheyla se dio cuenta al instante de cómo había sonado aquel comentario. Parecía que le estaba llamando viejo, aunque, por suerte, la sonrisa de Eric la mostró que no estaba del todo ofendido por lo que acababa de decir. De todos modos ella sentía que debía de explicarse.

—No, no me refería a eso. Sólo quería decir que... Bueno, en todos estos años, es raro que nunca te hayas enamorado, eso es todo.

—No sé, supongo que como nunca lo he sentido, no lo echo en falta, y, desde luego, para mí no es raro. Nunca me ha importado demasiado. Me va bien así, simplemente. Todo es más fácil de esta manera.

Sheyla se quedó un momento reflexionando, tratando de entender lo que querían decir sus palabras, sin éxito.

—¿Y no crees que puedas llegar a enamorarte nunca? Quiero decir, en el futuro...

—No, la verdad es que no— Para ese momento, Eric ya había perdido la sonrisa del todo. De algún modo, estaba dándose cuenta de lo que Sheyla le estaba insinuando y no le estaba gustando nada. Ella tenía esperanzas, no cabía duda. Por más que él se lo hubiera repetido, ella seguía pensando que en el futuro su relación podía llegar a cambiar, que podían mantener una relación emocional, tal como ella estaba acostumbrada, pero no era así. Él sabía que eso era imposible, y tenía que hacérselo entender de alguna forma, así que, antes de pensarlo demasiado, dejó escapar un suspiro con los ojos cerrados y se decidió a levantarse al fin.

Cuando Sheyla vio cómo Eric se sentaba en el borde de la cama y empezaba a ponerse su ropa de nuevo, no pudo evitar incorporarse mientras enarcaba las cejas, preocupada.

—¿Qué haces?— Preguntó al fin, tratando de no mostrarse tan frustrada como se sentía.

—Me voy— Respondió él con tranquilidad.

—Pero... ¿Tan pronto...? Creí que te quedarías un poco más...

—Sí, lo sé, pero no puedo. Tengo cosas que hacer— La respuesta de Eric fue tan tajante que Sheyla no pudo evitar sentirse acorralada. No podía parar de pensar en qué podía hacer, qué podía decir para convencerle de que se quedara a pasar la noche con ella. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de que no fuera hacerlo, pero estaba claro que él lo había decidido así, y no la

estaba dando ninguna posibilidad de evitarlo. Cuando Eric se puso en pie y se abrochó los pantalones, Sheyla sintió que el aire se escapaba de su cuerpo, dejándola totalmente debilitada. Vio sin ser capaz de reaccionar cómo Eric se acercaba a ella y la daba un suave beso en la mejilla como si no fuera dueña de su cuerpo, y después se alejó de ella, dirigiéndose a la puerta— Te llamaré, ¿de acuerdo?

Eric ni siquiera dio opción a que Sheyla le contestara. Simplemente, tomó abrió y se marchó con rapidez, dejando a Sheyla perpleja en una oscura habitación de hotel mientras trataba de comprender lo que acababa de ocurrir. Eric se había marchado de repente, casi había huido de ella, mientras mantenían una conversación que a ella le estaba resultando muy interesante. Estaba claro que algo no había ido bien. El problema era que no conseguía entender el qué.

CAPÍTULO 22

Después de marcharse de aquel hotel, que por suerte Eric ya había pagado, avergonzada, Sheyla se pasó el resto del día irritada, pensando en la forma en que iba a hablar con Eric después de lo que había ocurrido. Sin embargo, no tardaba demasiado en darse cuenta de que, en realidad, por mucho que la molestara, no tenía nada que hacer: ambos habían acordado desde un primer momento que su relación iba a ser puramente sexual, así que no tenía del todo claro que ella tuviera derecho a echarle en cara el modo en que se había marchado después de acostarse con ella... Pero no podía evitar que la doliera igualmente, y eso la confundía aún más. Ni siquiera tenía sentido que se sintiera tan herida por que Eric la hubiera abandonado en mitad de la noche ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Que se quedara a su lado diciéndola cosas bonitas al oído mientras la acariciaba? ¿Que durmiera junto a ella y se quedara observándola mientras dormía como un tonto enamorado? Ni siquiera se imaginaba a Eric de ese modo, y él mismo la había confesado que no se había enamorado nunca. No entendía qué la hacía pensar que eso iba a cambiar con ella, sobre todo cuando él ya la había dejado claro que no había ninguna posibilidad. Además, ella era consciente de que nadie se había enamorado de ella antes, y mucho menos de la forma en que ella lo hubiera necesitado, así que, por un momento, empezó a dudar si Eric era el hombre adecuado para ella, y justo en ese momento unas palabras retumbaron en su mente, recordándola que él ya se lo había advertido. Él había sido consciente desde un principio de que no era el hombre indicado para ella, que no iba a poder hacerla feliz y que era un error que empezaran a verse, pero ella había insistido, así que si había una culpable de la situación en la que se encontraba, era ella. No tenía más remedio que aceptar que él tenía razón y ella se había equivocado, aunque no entendía cómo podía haberlo sabido él si apenas la conocía. Quizá era más previsible de lo que imaginaba, o quizá se la notaba cuando lo miraba aunque ella no se hubiera dado cuenta de ello. En cualquier caso, todo aquello carecía de importancia. Lo único que importaba era el resultado, que claramente era que la había fastidiado. Estaba con un hombre que no podía quererla, que nunca iba a poder hacerlo, y, si algo empezaba a tener claro era que, si de verdad quería ser feliz algún día, cosa que no dudaba merecer, debía alejarse de él cuanto antes.

La punzada de dolor que sintió en ese momento la dio una idea de que llevar a cabo aquella decisión no era tan fácil como admitir que era lo correcto. No entendía muy bien cómo, pero Eric se había colado en su corazón hasta tal punto que no creía ser capaz de apartarlo de su vida, al menos por el momento. De algún modo, sabía que iba a echarle demasiado de menos. No lo conocía demasiado, eso era cierto, pero sí sabía lo que sentía cuando estaba cerca de él. Era como si el mundo que había a su alrededor dejara de existir, como si el sol se apagara cuando la tocaba, como si estuviera viviendo un sueño cuando la miraba fijamente, como si la deseara más que a su propia vida, a pesar de que no era cierto. Ella sólo era un entretenimiento para él, en el fondo lo sabía, aunque se sintiera demasiado emocional para ser capaz de admitirlo. Sólo era una distracción después del trabajo, como cuando ella iba a clase de krav magá o se iba con Raquel a tomar algo. Era una forma de dejar pasar el tiempo haciendo algo interesante pero no vital. Para ella era diferente, y eso no auguraba nada bueno.

Durante la semana siguiente no supo nada de él. Deseaba estar a su lado, verle, escuchar su voz, incluso cada mañana fue al trabajo esperando encontrárselo, aunque fuera de forma accidental, pero no fue así, y por mucho que quisiera estar con él, no estaba dispuesta a llamarlo. Era raro, pero aún la quedaba algo de orgullo, a pesar de que hubiera momentos en los que pensaba que lo había perdido del todo, así que dejó pasar los días a cámara lenta. Iba a trabajar, desayunaba algo, volvía a trabajar de forma robótica, tratando de dejar la mente en blanco y no pensar en Eric más de la cuenta, aunque la costaba. Luego comía, iba a su clase de krav magá y volvía a casa.

Aquellos días estaba intentando evitar a Raquel por todos los medios, pero por suerte ella no se había dado cuenta. No había hablado demasiado con ella porque apenas estaba en casa, pero el brillo que veía en sus ojos la decía más de lo que ella pudiera explicar con palabras: estaba absoluta y completamente enamorada de Jose, y parecía que era más feliz que nunca. No negaba que se alegraba por ella. Era la mejor amiga que había tenido jamás y sabía que se lo merecía, pero no podía evitar envidiarla. Raquel tenía lo que ella deseaba con Eric, aunque cada día era más consciente de que aquello era imposible. Nunca iba a conseguir mantener una relación seria con Eric, eso era un hecho. Desde luego, nunca iba a enamorarse de ella, y nunca iba a hacerla feliz. En efecto, él no era el hombre adecuado para ella, pero por algún motivo no era capaz de

aceptarlo, al menos por el momento, y tomar la decisión que sabía que, tarde o temprano, tendría que adoptar: su relación no iba a durar, tenían que romper tarde o temprano. Sin embargo, y aunque sabía que era inevitable, supuso que no pasaba nada si esperaba un poco más para hacerlo... Al fin y al cabo, ella también podía disfrutar del tiempo que pasaban juntos durante una breve temporada, y cuando se sintiera preparada podía dejarlo. A él no iba a afectarle en absoluto, y ella podía estar más fuerte en el futuro para poder afrontar su pérdida, una vez que se hubiera hecho a la idea.

El viernes tenía su decisión tomada. Iba a seguir a su lado, sólo por un tiempo, e iba a luchar contra sus extraños sentimientos para estar a su lado, obligándose a ser tan fría como él. Sin embargo, cuando volvía a casa del gimnasio y escuchó el sonido de su móvil, no pudo evitar sentir cómo su corazón comenzaba a galopar con fuerza antes de presionar el botón de aceptar la llamada.

—¿Sí?— Respondió con ilusión, a pesar de que aún estaba enfadada con él.

—Hola, Sheyla. Estoy saliendo del trabajo ahora mismo y había pensado ir a verte a tu casa...

—Ahora no puedo— Respondió ella sin dudar mientras la ira volvía a apoderarse de todo su ser. Eric se quedó un momento en silencio, claramente sorprendido por aquella ruda contestación, de modo que Sheyla decidió suspirar antes de explicarse— Acabo de salir del gimnasio y aún tengo que ducharme...

—Ah, sólo es eso. Entonces no hay problema. Puedo ir en una hora y recogerte. Podemos ir a cenar si quieres...

Sheyla negó con la cabeza, a pesar de que sabía que Eric no podía verla. Era consciente de lo que aquellas palabras implicaban. Eric no había querido saber nada de ella durante toda la semana, pero llegaban sus días libres y quería... sexo. No la quería a ella, no la había echado de menos igual que ella a él, no le interesaba cómo había ido su vida, ni qué la preocupaba. Sólo quería verla, pasar unas horas juntos en su cama y luego marcharse sin más, como la última vez. Estaba claro que no quería dejar de verlo, pero tampoco la gustaba como se sentía cuando él la trataba de esa forma. Por un momento,

supuso que podían tratar de llegar a un acuerdo, aunque pronto perdió la esperanza. Estaba claro que él no tenía intención de estar con ella de verdad. Sin embargo, mientras se mordía el labio en mitad de la calle, tratando de decidir si debía aceptar aquella invitación o no, decidió que lo mejor era hablar con él sobre el tema. Estaba claro que él no iba a mantener una relación seria con ella, pero al menos podían intentar mantener una relación en la que ella no se sintiera tan vulgar... Estaba segura de que cualquiera podía llegar a comprender eso, incluso él. Así que, antes de darse cuenta de lo que hacía, las palabras escaparon de sus labios.

—Sí, claro. Supongo que en una hora estaré preparada— Aceptó al fin.

Eric permaneció en silencio un momento antes de responder.

—De acuerdo, entonces. Te veo en un rato... Pero... ¿va todo bien?

—Sí, claro ¿Por qué?— Preguntó Sheyla, extrañada.

—Porque te noto rara...

—No, no pasa nada, no te preocupes— Explicó ella con el mismo tono rudo de antes, lo que, desde luego, no podía tranquilizar a Eric demasiado, pero al menos consiguió que dejara el tema. Aquel no era el momento de hablar de aquello, sino esa noche. No era algo que pudiera hablarse por teléfono, era demasiado complicado.

—Bueno, vale, como quieras. Te veo ahora, entonces.

—De acuerdo— Y con aquellas palabras Sheyla colgó el teléfono al fin y aceleró el paso para llegar cuanto antes a su casa. Tenía mucho que hacer y, sobre todo, mucho que pensar, antes de ver a Eric, y por desgracia no disponía de mucho tiempo para ello.

CAPÍTULO 23

Después de colgar el teléfono a Eric, Sheyla empezó su camino hacia casa despacio, tratando de reflexionar para aclarar sus ideas antes de verlo de nuevo. Sin embargo, lo primero que le vino a la cabeza era que debería haberse duchado en el gimnasio. Solía intentar evitarlo cuando le era posible, pero estaba claro que en aquella ocasión no había elegido el día más indicado para hacerlo. Si ya estuviera arreglada, podría reflexionar con más tranquilidad sobre lo que iba a hablar con Eric en una hora. De hecho, la conversación prometía ser tan relevante que incluso dudó que una hora fuera suficiente para prepararse, pero no había ninguna otra opción. Mientras caminaba hacia su casa, quizá más lentamente de lo que en un principio hubiera deseado, la oscuridad empezó a absorber la luz que había acompañado aquel día, pero ella seguía tan ensimismada en sus pensamientos que apenas se dio cuenta.

Por un lado, estaba el problema de hablar con Eric al fin, tratando de ser sincera. La idea que más rondaba su cabeza en ese momento era que Eric tenía razón desde un principio: en efecto, él no era el hombre adecuado para ella. La había costado entenderlo, pero estaba claro que era así. Sin embargo, era consciente de que no podía decirle eso. Si lo hiciera, lo perdería, estaba segura. Él se mostraría de acuerdo y la diría que lo mejor es que dejaran de verse para arreglar el problema cuanto antes. Ella sabía que quizá eso era lo que debía hacer, pero por algún motivo no se sentía preparada para hacerlo, así que aquella opción quedaba descartada.

Por otro lado estaba la idea de tratar de hablar con él para convencerle de la posibilidad de que empezaran a salir juntos más en serio... Ella no necesitaba que la pidiera matrimonio, únicamente que sus encuentros fueran algo más que sexo, era lo único que pedía. Sin embargo, aquello quedaba también descartado, pues sabía que no había opción. Él se lo había dejado muy claro desde el principio, y ella había aceptado sus condiciones. De no haberlo hecho, tenía la seguridad de que no se estarían viendo. Ni siquiera entendía muy bien por qué deseaba hacer de ella su sumisa si ella no creía que fuera a ser capaz de sobrellevarlo, cuando sin duda podía tener a cualquier mujer que deseara, y por un momento aquello la ilusionó, deduciendo que eso debía de

significar algo. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que no era así. En todo caso, ella debió haberle interesado porque constituía un reto, nada más. No sentía nada por ella, nunca iba a sentir nada por ella, y lo que estaba haciendo al estar junto a él no era más que una simple tortura. Por un momento, pensó sarcásticamente que sí debía de ser masoquista, porque se estaba torturando psicológicamente al estar junto a un hombre al que deseaba con toda su alma, por el que estaba empezando a sentir algo que era tan fuerte que incluso la daba miedo afrontarlo, y que sabía con seguridad que nunca jamás iba a sentir nada parecido por ella. Era absurdo. Nada de todo aquello tenía sentido. Lo mejor era terminar con todo aquel dolor, con todo aquel sufrimiento, y el momento más adecuado era aquella noche. Por muy difícil que fuera, era lo correcto. Sin embargo, mientras observaba a lo lejos la puerta de su portal tratando de concentrarse en lo que estaba por venir aquella noche, pronto se dio cuenta de que no podía estar segura de que fuera a ser capaz de hacerlo. Tenía que ser muy fuerte, estar muy preparada y plenamente concienciada para poder decirle que tenían que dejar de verse, así que se armó de valor y agilizó sus pasos, tratando de mostrarse más convencida con su difícil decisión.

En medio de la confusión, algo llamó su atención de repente. La noche había caído al fin y la oscuridad que había a su alrededor la alertó por un momento. Ni siquiera había sido consciente de ello hasta ese instante, pero no había sido eso lo que la había traído de nuevo a la realidad. Al fondo, junto a la esquina de su casa, había una sombra. No conseguía ver su rostro, pero cuando empezó a andar hacia el lugar desde donde parecía estar observándola en silencio, una ráfaga de terror la sacudió todo el cuerpo. Por un momento, había visto el terrorífico rostro de su pasado frente a ella, pero no podía ser, era imposible. Algo debía haberla confundido. Sabía por su psicóloga que aquello podía ocurrir, era normal que el miedo la llevara a ver el rostro que tanto la había atormentado, aunque ahora ya sólo pudiera hacerlo en su imaginación o en sueños. Por un momento, incluso pensó que estaba dormida, pero se sentía demasiado lúcida para ello, así que hizo caso de lo que la habían aconsejado en caso de que algo así ocurriera, para confirmar que aquella visión no era una simple alucinación: cerró los ojos, respiró hondo y se quedó quieta durante unos segundos que, sin embargo, a ella se la hicieron eternos. Era imposible que la hubiera encontrado. Había cambiado de ciudad, nadie sabía dónde se encontraba, ni siquiera su familia más cercana. No podía estar ahí, aquello no tenía sentido, así que casi con total seguridad su imaginación la había jugado

una mala pasada. Con aquella idea en la cabeza, fue casi corriendo hacia su portal y entró dentro, cerrando la puerta con fuerza. No pudo evitar sentir como el corazón la galopaba en el pecho, con tal energía que incluso creyó que iba a salirse de su cuerpo, mientras su respiración era tan agitada que pensó que iba a desmayarse. No fue así, sin embargo, y después de un rato apoyada sobre el cristal de la puerta de su portal, pronto sintió que empezaba a relajarse, así que se decidió a subir a su casa antes de que alguien la encontrase así y la tomara por una lunática.

Aún tenía la mano temblorosa cuando introdujo la llave para abrir la puerta, y, para su sorpresa, una Raquel radiante y sonriente la saludó con alegría, al menos hasta que se dio cuenta de que algo iba mal. En efecto, Sheyla había tratado de actuar con normalidad para que no se diera cuenta, pero la forma en que trataba de esconderse detrás de su oscura melena, agachando la cabeza mientras murmuraba un saludo en un tono tan bajo que a Raquel incluso la costó entenderla, la había delatado. Aún así, trató de escapar hacia el baño, con la intención de evitar la conversación que sin duda se avecinaba con Raquel, pero ésta, adivinando sus planes, la cogió de la muñeca, impidiéndoselo.

—Sheyla, ¿qué te pasa? ¿Por qué intentas huir de mí?— Preguntó al fin su mejor amiga, confundida por la extraña actitud de Sheyla.

—Nada, no me pasa nada, no te preocupes...

—¿Cómo que no? Me estás rehuendo... Y las dos sabemos que eso no es normal en ti...

Sheyla levantó el rostro y trató de esbozar una sonrisa. Por suerte, lo consiguió, aunque eso no terminó de convencer a Raquel, que al verla frunció el ceño.

—No te estoy rehuendo... No seas exagerada...— Explicó mientras soltaba un par de carcajadas— Sabes que yo nunca haría algo así. Es sólo que... He quedado con Eric en unos minutos y ni siquiera me he duchado... Tengo un poco de prisa...

Raquel no parecía del todo segura. La conocía lo suficiente como para saber

que estaba demasiado agitada para que sólo la ocurriera eso, pero al menos pareció calmarse un poco, puesto que la soltó.

—Entiendo, pero... Es raro que estés tan nerviosa sólo por Eric... ¿Estás segura de que sólo te pasa eso?

—Sí, claro...— Sheyla aguantó la mirada de su mejor amiga durante unos segundos antes de derrumbarse. Ambas sabían que estaba mintiendo, y no era capaz de continuar haciéndolo. De hecho, sabía que no era lo más adecuado en su situación, pero sufrir alucinaciones no era algo agradable, y lo último que deseaba era que Raquel empezara a pensar que se estaba volviendo loca— Vale, no. No es sólo eso, claro...

—Ya lo suponía. Ven, siéntate. Cuéntamelo todo— Raquel se mostró tan paciente como siempre había sido cuando lo había necesitado, y Sheyla decidió obedecer en aquella ocasión y seguirla para tomar asiento en el sillón a su lado. Tenía que afrontar lo que sentía, fuera lo que fuera, no podía guardarse los problemas dentro. Ese había sido uno de los errores de su pasado, la falta de comunicación con la gente que hubiera podido ayudarla, y no iba a cometer el mismo error de nuevo, estaba decidida, así que respiró hondo y se decidió a empezar a hablar.

—Me ha parecido verlo, Raquel— Confesó al fin con voz temblorosa.

—¿A quién?— Preguntó su mejor amiga, incrédula— ¿A Pedro? Pero... Eso no es posible, ¿no? ¿Estás segura...?

—No, claro que no. Creo que sólo he alucinado... Todo estaba muy oscuro y he visto una figura en la esquina, junto al portal de nuestra casa... Y por un momento te juro que me ha parecido que era él, pero no es posible, y ni siquiera podía verle bien la cara... Así que supongo que, simplemente, estaba flipando...

—Ah, vale— Raquel suspiró aliviada al escuchar aquella explicación— Ahora lo entiendo todo. Eso es normal, ¿no? Ya lo hemos hablado muchas veces... Esto podía ocurrir, no deberías darle demasiada importancia... Tómate una tila, luego te relajas con un buen baño y trata de olvidarlo. Tus recuerdos te han jugado una mala pasada, nada más. No hay de qué preocuparse...

—Supongo que tienes razón, pero el problema es que no es tan fácil— Sheyla se armó de valor para decir al fin lo que llevaba demasiado tiempo ocultando.

—Entonces, explícamelo.

—Ya fuera él o no el hombre que he visto esta noche, sigo pensando que va a encontrarme, tarde o temprano. Sus amenazas siguen resonando en mi cerebro a cada rato... No puedo evitar sentir que va a volver para cumplirlas...

—Sí, lo sé. Es muy común, las dos lo sabemos, Sheyla, ya te lo he advertido muchas veces, pero lo importante es que cada vez te sientes más fuerte, ¿verdad? A cada día que pasas lejos de él te sientes mejor, y eso significa que lo estás venciendo... No tienes de qué preocuparte, hazme caso. Lo vas a conseguir, sólo necesitas tiempo...

—Pero, entonces, ¿por qué me ha parecido verlo hoy? Ha pasado mucho tiempo...

—Lo sé— Raquel pareció pensativa por un momento— Tengo que admitir que eso es más raro, pero lo importante es que pienses que eso no puede ser y trates de tranquilizarte. Supongo que, aunque sea menos común, esto puede pasar en cualquier momento, tarde o temprano, sólo tiene que haber factores que lo favorezcan, como lo que ha ocurrido esta noche... La oscuridad, una figura a lo lejos que no se veía con claridad... Eso puede favorecer tus miedos, pero poco a poco lo irás superando, como todo lo demás, ya lo verás. Tienes que estar tranquila, eso es lo más importante. Lo demás se irá arreglando solo...

—Vale— Aceptó Sheyla al fin. Después de haber hablado con Raquel un rato, se sentía mucho mejor, al igual que siempre que conversaba con ella— Sí, tienes razón. Estoy segura de que es cuestión de tiempo. Además, ahora no puedo preocuparme por estas tonterías. Tengo que hablar con Eric, y es una conversación muy importante...

—¿En serio?— Raquel parecía intrigada.

—Sí, muy en serio. Es sobre... nuestro futuro, si es que tenemos alguno, claro.

—¿Y por qué no lo íbais a tener?

Sheyla quiso explicarle a Raquel todo en ese momento, pensando de forma ingenua que, al igual que había ocurrido con el tema anterior, ella podría ser más objetiva y calmarla, explicándole la situación desde puntos de vista diferentes. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que eso no iba a ser posible. Su problema con Eric era mucho más complejo que una simple alucinación.

—Es complicado... Y ahora no tengo demasiado tiempo para explicártelo...—
Se excusó al fin, ganándose un asentimiento por parte de su mejor amiga, a pesar de que no parecía demasiado convencida.

—Vale, entiendo. No quieres hacerle esperar, pero pareces preocupada, así que si quieres que hablemos otro día cuando tengas más tiempo, recuerda que estoy aquí.

—Lo haré. No te preocupes, supongo que no es nada. Es sólo que... estos días he estado muy estresada y seguramente le estoy dando más importancia a los problemas de lo que debería... Seguro que esta noche se arregla todo...

—Eso espero— Respondió Raquel a pesar de no parecer nada convencida.

—Claro que sí. Ya te contaré mañana.

—Vale, como quieras.

Y con una simple despedida, Sheyla desapareció por el pasillo para, tal como había decidido, darse un baño que apartara todos los miedos que se habían apoderado de su mente en las últimas horas de aquella tarde. Estaba claro que la esperaba una conversación muy importante, probablemente decisiva, sobre su futuro, y debía estar bien para poder llevarla a cabo. Era imprescindible que se repusiera.

CAPÍTULO 24

Por suerte, Sheyla sintió que empezaba a calmarse según bajaba las escaleras de su casa. A pesar de lo mal que lo había pasado aquel día, y de lo nerviosa que le ponía tener que hablar con Eric sobre un tema que, en el fondo, sabía que era demasiado complicado para abordarlo en ese momento, poco a poco iba tranquilizándose, al convencerse a sí misma de que la figura que había visto un momento antes no podía ser Pedro. Era imposible, simplemente su mente le estaba jugando una mala pasada. Era raro que ocurriera tan tarde, pero estaba claro que había alucinado, y lo mejor era no darle más vueltas. Lo único que la apetecía en ese momento era estar con Eric, aunque sólo pudiera disfrutar de su compañía durante un breve instante y con condiciones. Mientras abría la puerta de su portal, decidió que lo mejor era aplazar la conversación, al menos un poco más. Al fin y al cabo, no había tanta prisa, y ella necesitaba un poco de tranquilidad, al menos durante un poco de tiempo aquel día. Había tenido demasiado estrés, y eso no era saludable, estaba segura. Cuando al fin salió a la calle y vio el gran coche oscuro que Eric había elegido para la ocasión frente a ella, no pudo evitar esbozar una sonrisa, y mientras andaba hacia el vehículo, se sintió cada vez más decidida. Aquella noche no era el momento adecuado para hablar sobre un tema tan complejo como el futuro de su relación. Después de todo lo que había ocurrido, necesitaba un tiempo de relajación, así que abrió la puerta y tomó asiento junto a Eric, que la recibió con una gran sonrisa.

—Hola, preciosa— La saludó con alegría mientras la daba un dulce beso en la mejilla que a Sheyla la hizo sentir como si, con ese simple gesto, pudiera curarla. En efecto, el vestido que había elegido para la ocasión era muy bonito, ajustado pero sin excesos, y su color rojizo destacaba su bronceada piel. Estaba segura de que iba a gustarle, y, viendo la reacción que Eric mostró al mirarla, estaba claro que lo había conseguido. La satisfacción que sintió al darse cuenta era mucho más preciada para ella que ninguna otra cosa que pudiera imaginar en ese momento.

—Hola, Eric ¿Qué tal el día?— Sheyla lanzó esa pregunta al aire como si fuera algo casual, a pesar de que no lo era. En realidad, estaba intentando saber algo más sobre su vida, algo más profundo y menos superficial que lo

que él solía compartir con ella. A pesar de que nunca la había negado ninguna respuesta sobre sexo, nunca hablaba de nada sobre su vida privada, y esperaba que eso cambiara. Quizá era demasiado pronto, pero aún así deseaba intentarlo.

—Bien, muy bien. Aunque admito que ha mejorado mucho en el último minuto...— Eric acompañó aquella frase con una suave sonrisa que pronto se contagió a los labios de Sheyla sin que ella pudiera evitarlo. No ignoraba que no había conseguido su objetivo, dado que él no había compartido absolutamente nada sobre su vida, pero el hecho de que la comunicara que su día había mejorado al verla era un avance, estaba claro, así que supuso que su intento no había fracasado del todo.

—Sí, te entiendo. Yo siento lo mismo— Confesó ella mientras alargaba la mano para acariciar la suya con cuidado, deslizando suavemente la yema de los dedos por su piel, antes de cogerle la mano con dulzura. Eric pareció sorprendido al verlo, pero no se quejó. Únicamente se quedó mirando su mano sobre la de él un momento con gesto confundido antes de fruncir el ceño, y unos segundos después apartó la mano para pasársela por el pelo. No podía negar que parecía un gesto casual, pero ambos sabían que no lo era, y el hecho de que hubiera sido capaz de apartarse de ella de esa forma tan calculada la decía mucho más de lo que la hubiera gustado saber: no sólo no tenía intención de cogerla de la mano, como haría cualquier pareja corriente, sino que seguramente no era la primera vez que tenía que buscar una excusa para apartarla, dado que tenía aquel gesto muy bien ensayado. Sin embargo, Sheyla seguía dispuesta a evitar una discusión aquella noche a toda costa, de modo que no dijo nada sobre lo doloroso que la había parecido su rechazo. Simplemente, le miró, sonrió y luego apartó la vista para concentrarla en el paisaje que corría frente a sus ojos por la ventanilla que había a su lado.

—Bueno, esta noche había pensado invitarte a cenar... ¿Qué te parece?— La voz de Eric sonó tras ella poco después, obligándola a volver a mirarle de nuevo, a pesar de que en ese momento no la apetecía demasiado hacerlo.

—Bien, muy bien, claro. La verdad es que tengo hambre— Admitió Sheyla tratando de ilusionarse de nuevo. Eric podía ser un hombre complicado, no iba a negarlo, pero siempre la había tratado bien, y aquella noche la apetecía ir a algún sitio nuevo— ¿Adónde vas a llevarme? —A mi casa—

Respondió Eric sin más mientras miraba al frente, con tanta calma que parecía lo más natural, a pesar de que a ella no le gustaba demasiado. En realidad, no le importaba ir a casa de Eric. De hecho, le encantaba su casa, era realmente hermosa. El problema era el motivo por el que solía llevarla allí ¿Acaso se avergonzaba de ella? ¿No quería que le vieran en público a su lado? ¿Sólo quería cenar rápidamente para poco después acostarse con ella y luego echarla de malos modos de su cama? Demasiadas preguntas rondaban por su cabeza en ese momento, y por desgracia no era capaz de darles respuesta, al menos una que la pareciera agradable, así que decidió mantenerse callada y asintió antes de volver a fijar la vista en la ventanilla de nuevo. Eric frunció el ceño una vez más al darse cuenta de su extraña reacción antes de preguntar:— ¿O querías ir a algún otro sitio?

—No, no. Tu casa está bien, no te preocupes. No pasa nada...— La respuesta de Sheyla no engañaba a nadie, ni siquiera a sí misma, pero Eric asintió igualmente, aceptándola como válida. El resto del camino fue silencioso. Sheyla se mantuvo inmersa en sus pensamientos, dudando de cada decisión que había tomado desde que conoció a Eric, a pesar de que trataba de obligarse a aceptar sus condiciones, aunque sólo fuera por el momento, y él hizo lo propio, hasta que el coche paró frente a su casa.

Ninguno de ellos habló mientras subían en el ascensor hasta el piso de Eric. Sheyla se limitó a seguirle mientras su cabeza se planteaba todo tipo de posibilidades, a cuál más desagradable, para abordar un tema que estaba segura de no ser capaz de afrontar en ese momento, así que no tardó demasiado en aceptar que lo mejor era dejarlo para otro día y pasar la noche lo mejor que pudiera, si es que le era posible hacerlo.

—¿Te apetece algo de beber?— Preguntó Eric al fin, tratando de llegar hasta Sheyla, que claramente se había alejado de él, aunque no entendía el motivo.

—No, muchas gracias.

Eric caminó hacia donde guardaba las bebidas, tomó una botella de vino tinto y se sirvió una copa con tranquilidad. Luego clavó la mirada en Sheyla.

—Estás muy callada...— Dijo al fin, cada vez más confundido.

—No... No lo creo...

—¿Estás segura? Porque llevamos ya un buen rato juntos y sólo me has dicho un par de frases... Creía que te apetecía verme...

—Y así es. Me apetecía mucho, Eric...— Sheyla se interrumpió a sí misma en ese momento. Había estado a punto de confesarle toda la verdad de nuevo, pero por suerte se había frenado antes de cometer un grave error. Si le decía que estaba deseando verlo, pero no así, de una forma tan fría, sin saber si podía tocarle o besarle cuando le apetecía, y dudando si iba a echarla de su casa en cuanto consiguiera lo que deseaba de ella, discutirían de forma inminente. Y no podía permitirse aquello después del día que llevaba. Necesitaba calma, tranquilidad, no una discusión, así que debía actuar con cuidado— Es sólo que... Debo de estar cansada, eso es todo. Hoy he tenido un día muy largo...

—Ya, te entiendo— Eric pareció relajarse con aquella explicación, así que tomó un sorbo de su bebida y la dejó sobre la mesa— Yo también he tenido un día... complicado...

—¿Ah, sí? ¿Qué ha pasado?— Preguntó Sheyla, esperanzada.

—Nada, cosas del trabajo... No quiero pensar en eso ahora, mientras te tengo aquí a mi lado. Mejor vamos ya a la mesa ¿Te apetece cenar?

—Claro— Sheyla caminó a su lado mientras sentía cómo la rozaba la cintura para guiarla hacia el salón, y se sorprendió a sí misma al ver que se derretía por dentro. Aquel toque era como un pequeño sorbo de agua para alguien que se moría de sed: no era suficiente, pero tendría que conformarse. No iba a cometer el error de tocarle de nuevo, y mucho menos de decirle cuánto le deseaba. Eso hubiera sido una catástrofe. Estaba dispuesta a disimular sus verdaderos sentimientos, al menos por el momento, pero no iba a perder su dignidad, así que se sentó y esperó pacientemente hasta que Eric hizo lo propio frente a ella.

La cena fue silenciosa. Sheyla se concentró en su crema de langosta, que no podía negar que estaba deliciosa, mientras trataba de disimular lo incómoda que se sentía esbozando alguna sonrisa de vez en cuando, pero para cuando

llegó su solomillo estaba claro que Eric no se estaba creyendo nada. Algo pasaba, y poco a poco sentía que su paciencia se iba agotando y no era capaz de seguir con aquella farsa. Necesitaba que hablaran, fuera de lo que fuera.

—Sheyla, sé que te pasa algo...— Dijo al fin con un punto de angustia en la voz— Me gustaría que fueras sincera y me lo dijeras. Ya te lo he dicho muchas veces, si queremos que esto salga bien, tenemos que ser sinceros.

—Sí, lo sé— Dijo al fin después de emitir un suspiro resignado. Estaba deseando poder explicarle que no podía ser sincera si no tenía idea de cómo debía comportarse con él, puesto que incluso una simple caricia podía molestarle, pero no lo hizo. Convencida de que debía mantenerse firme en su decisión de aplazar aquella discusión, decidió desviar el tema un poco— El problema es que no sé de qué podemos hablar...

—No te entiendo— Intervino él, confundido.

—Pues es muy sencillo— Sheyla se limpió la boca con la servilleta antes de continuar— No sé de qué hablar contigo. Nunca me cuentas nada de tu trabajo, apenas sé nada de tu vida,... Y, sinceramente, tampoco creo que te importe nada sobre mí...

—No digas eso, claro que me importa, es sólo que...

—¿Qué?— Le presionó Sheyla, impaciente por escuchar su respuesta.

—Pues que, aunque estaría bien saber más sobre nosotros, creo que lo mejor es saber lo menos posible. Así todo será más fácil... No me gustaría que las cosas se complicaran...

—Claro, a mí tampoco— Sheyla pronunció aquellas palabras con dureza. Estaba claro que, tras intercambiar un par de frases con Eric, iba a resultarle de lo más complicado no discutir aquella noche, así que decidió que lo mejor era partir un trozo de su solomillo en salsa, introducirlo en su boca y empezar a masticarlo para evitar continuar con la conversación. Eric pareció entender su forma de actuar e hizo lo mismo. Estaba claro que aquella noche era mejor no hablar demasiado. Sheyla parecía a punto de estallar, y él no deseaba más complicaciones. Sólo necesitaba una noche de tranquilidad, nada más.

Cuando al fin terminaron el segundo plato, Sheyla se levantó de repente, y le comunicó que no deseaba postre.

—Me parece bien— Dijo Eric caminando hacia ella mientras esbozaba una pequeña sonrisa, como si ocultara un secreto. No podía negar que aquello la sorprendió.

—¿Ah, sí?— Sheyla lo observó confundida, esperando que aquellas palabras no significaran que iba a echarla de su casa antes de lo que esperaba.

—Sí, la verdad es que tengo algo para ti. No sabía cuándo dártelo, pero creo que ahora es un buen momento— Eric sorprendió a Sheyla una vez más al cogerla de la mano para guiarla hacia su habitación en silencio. Allí, sobre la cama, había una gran caja blanca con un lazo rojo anudado. Era muy plana, y la curiosidad se apoderó de ella en un momento. Necesitaba saber lo que contenía.

—¿Qué es eso?

—Es... Un regalo, para ti— Respondió Eric, mostrándose algo inseguro. Al ver que Sheyla no se movía, su sonrisa se esfumó antes de volver a señalar el paquete, que esperaba paciente sobre la cama— ¿No tienes ganas de abrirlo?

—Sí, claro— Sheyla se sintió ilusionada de repente, a pesar de que no entendía a qué venía todo aquello, así que fue casi corriendo a la cama y tomó la caja entre las manos. Antes de darse cuenta ya había desanudado el lazo, y apartado la tapa. Sin embargo, lo que encontró no se lo esperaba en absoluto. Era ropa interior... una ropa interior negra y carísima con todos los detalles que se pudieran imaginar, y... un elegante vestido.

CAPÍTULO 25

Eric observó con paciencia la forma en que Sheyla observaba el contenido de la caja con una expresión de lo más inesperada. Ni siquiera tocó el precioso vestido de raso negro, ni tampoco el hermoso body con su correspondiente tanga, ligero y medias a juego que contenía, aunque al parecer su mirada no se separó de su regalo durante unos segundos que a él se le hicieron eternos. Cuando al fin levantó la mirada, su gesto era triste, demasiado grave, algo que le sorprendió. Esperaba que aquella sorpresa le gustara, pero estaba claro que se había equivocado con ella por completo. De hecho, casi parecía decepcionada.

—¿Qué es esto?— La escuchó preguntar al fin molesta.

—Ya te lo he dicho antes. Es... un regalo... para ti ¿Qué pasa? ¿Es que no te gusta?

—No, no es eso... Es sólo que... No sé. No entiendo por qué me lo has comprado. Es bonito, supongo, pero no me gusta que me hagan regalos así... sin motivo aparente...

—¿Regalos así?— Preguntó Eric, atónito. Lo cierto era que él acostumbraba a hacer regalos a menudo a las chicas con las que se veía, y era la primera vez que una mujer reaccionaba de ese modo a uno de sus detalles, lo que le había desconcertado por completo— No te entiendo ¿Qué quieres decir con regalos así?

—Pues así... tan... caros...— Sheyla dijo la última palabra en un susurro, como si fuera un pecado, pero pronto se arrepintió de haber contestado a la pregunta. Eric no parecía entenderla en absoluto. Todo lo contrario, empezó a carcajearse después de escucharla.

—Ah, sólo era eso... No pasa nada, Sheyla. Tú no me lo has pedido, yo te lo he comprado porque me ha apetecido... No tienes que darle mayor importancia...

—No estoy de acuerdo.

—¿Por qué?— La actitud de Eric había pasado de confusión a desafío tan rápido que Sheyla ni siquiera había tenido tiempo de asimilarlo, sin embargo, no podía negar que se asemejaba bastante a la suya propia.

—Porque no...

—Eso no es una respuesta, Sheyla, y lo sabes— Eric suspiró un momento antes de continuar— Tienes que empezar a madurar. Si quiero comprarte algo y puedo, ¿por qué no iba a hacerlo? No tiene sentido...

—Porque no lo necesito— Espetó Sheyla furiosa— No necesito nada de esto, Eric.

—Bueno, esa era la otra sorpresa— Eric parecía tan tranquilo, tan calmado y frío como siempre, lo que sólo consiguió enfadar a Sheyla aún más. Sin embargo, se quedó quieta, esperando a que Eric terminase de explicarse, mientras sentía cómo la sangre la hervía por dentro— En realidad, sí que lo necesitas. Tengo que ir a una gala mañana y quiero que me acompañes. Es por trabajo... Estoy seguro de que te gustará, pero es muy formal y estaba seguro de que no tenías nada que ponerte, así que pensé que sería buena idea comprártelo. No tienes que darle más importancia de la que tiene, no es para tanto...

—Lo es para mí— Sheyla dio un paso al frente antes de luchar por contenerse. No podía empezar a explicar todo lo que la había molestado del discurso de Eric, pero supuso que tendría que hacerlo por pasos, porque las palabras que escuchaba gritar en su mente tenían que salir cuanto antes, de lo contrario iba a estallar— Me ofende muchísimo que hayas pensado que yo estaría de acuerdo con esto...

—¿Y por qué no ibas a estarlo?— Eric parecía confuso de nuevo, lo que tranquilizó un poco a Sheyla, pero no lo suficiente para dejar el tema.

—Porque... En primer lugar no me has preguntado si quería ir contigo a esa fiesta...

—¿Y por qué no ibas a querer? Es una fiesta, no la guerra civil... Se supone que a la gente le gusta asistir a estos eventos...

—Depende de la persona, y de la situación. Y la mía ahora mismo no es la más adecuada.

—Pero, ¿qué dices? ¿De qué hablas?

—De nosotros, Eric. De ti y de mí— Explicó Sheyla empezando a irritarse de nuevo— Creí que no querías que nos vieran juntos en público...— Sheyla escuchó de repente como aquellas palabras se escapaban de su boca sin su consentimiento. Había estado sintiéndose insegura respecto a eso desde que había empezado su extraña relación con Eric, pero no creyó que fuera a tener el valor suficiente para verbalizar sus miedos en voz alta, y mucho menos delante de él. Sin embargo, ya no había vuelta atrás. Sus inquietudes habían sido expresadas, y, aunque en el fondo se arrepentía de ello, no tenía más remedio que afrontarlo, así que se enderezó y miró a Eric tratando de simular seguridad, mientras él la observaba perplejo.

—¿Qué has querido decir con eso?— Preguntó él al fin con dureza.

—Lo que has oído...— Sheyla trató de suavizar su tono, a pesar de que le resultó de lo más complicado— Tú y yo no somos nada, Eric. No sé por qué tendría que ir contigo a una fiesta de tu trabajo, no tiene sentido...

—Porque yo te lo he pedido— Respondió Eric con decisión— Y no sé de dónde sacas que no somos nada... Nos estamos viendo juntos, por Dios santo. Eso se considera algo, creo yo. Y te recuerdo que aunque no tengamos una relación formal, somos algo más que simples desconocidos...

—¿Ah, sí?— Preguntó Sheyla, incrédula— ¿Y qué somos, exactamente?

—No lo sé... Somos... amigos, supongo.

—¿Tú crees?

—Sí, por supuesto— Afirmó Eric, convencido— ¿Es que tú no?

—No, claro que no. No es que no lo crea, es que lo sé. Tú no quieres ser mi amigo, Eric. Ni siquiera tienes ninguna intención de conocerme en absoluto. Nunca te ha interesado nada de mí, aparte de mi cuerpo. Eso no es ser un

amigo.

—¿Y qué es ser un amigo, Sheyla?— Eric había abandonado al fin su frialdad para adoptar una actitud defensiva y sarcástica— Vamos, explícamelo. Estoy deseando escucharlo.

—Pues hablar de tu vida, Eric. Hablar de algo que no sea puramente sexual. Nosotros nunca hemoshablado de nada, ni siquiera del trabajo, y eso que eres mi jefe.

—No soy tu jefe— Negó él con rotundidad.

—No, es verdad. Eres el jefe del jefe de mi jefe... Pero es lo mismo— Sheyla empezaba a sentir como su ira empezaba a desaparecer, lo que la alegró bastante, si no hubiera sido porque la resignación ocupó su lugar. En aquel momento, más que nunca, pudo ver claramente que aquella extraña relación no iba a ninguna parte. Eric no sentía nada por ella. Ni siquiera la entendía, y lo que era peor, no quería entenderla. Había construido una barrera a su alrededor que nadie podía traspasar, y ella no era una excepción a aquella absurda regla. No tenía sentido que siguiera luchando por él, dado que iba a perder la batalla sin duda. Lo mejor era retirarse, por difícil que fuera— Mira, no pasa nada. Esto ha sido un error. Nunca debí haber aceptado tu oferta... Yo no sirvo para esto... Está claro que lo mejor es que me vaya...— Eric observó cómo Sheyla empezaba a caminar hacia la puerta y, antes de darse cuenta de lo que hacía, la adelantó hasta ponerse delante de ella. Aún no era capaz de asimilar lo que la ocurría. Sabía que llevaba todo el día comportándose de una forma extraña y no comprendía el motivo, que no podía ser el que le estaba explicando, porque no tenía ningún sentido. Por muchos años que se llevaran, ella era una mujer adulta, así que no veía problema al tipo de relación que tenían. Tenía que haber otro motivo para la forma en que le estaba rechazando de repente. Y no tardó en imaginar cuál era.

—Espera, joder. No entiendo nada... Hace un par de días nuestro trato te parecía bien. Dijiste que podías intentarlo, estoy yendo despacio contigo...

—Sí, pero no es suficiente— Confesó Sheyla al fin.

Eric se quedó un momento observándola antes de decidirse a preguntar lo que

quería, a pesar de que sabía que no tenía derecho a hacerlo.

—Ya lo entiendo, pero al menos podías ser sincera, maldita sea. Te estás viendo con otro, ¿verdad? Otro que te ha prometido todo lo que yo nunca te daré... Es eso, ¿no?

—No digas tonterías, Eric. No me estoy viendo con nadie, claro que no. Ojalá fuera tan sencillo como eso...

—Lo es— Al escuchar aquellas palabras, Eric se sintió más seguro de nuevo. De alguna manera, estaba seguro de que Sheyla no le iba a mentir en eso. En el fondo sabía que siempre había sido sincera, así que supuso que había algo más, aunque no tenía idea de qué podía ser. Pero estaba dispuesto a ser paciente hasta que ella le permitiera averiguarlo, así que dio un paso al frente y apoyó las manos sobre sus hombros, tratando de impedir que se fuera, aunque no llegaba a comprender el motivo por el que se sentía tan decidido a conseguir que siguiera a su lado. Nunca lo había sentido antes, y era extraño. La desesperación le desgarraba desde dentro hasta dejarle expuesto y vulnerable ante ella, que, sin embargo, seguía observándole con tristeza— Lo es, Sheyla. No le des tantas vueltas... Sólo tienes que aceptar mi invitación e iremos mañana a la fiesta, lo pasaremos genial y todo será perfecto, ya lo verás... Es tan sencillo como eso...

—¿De verdad?— Preguntó Sheyla incrédula, observando cómo Eric asentía en silencio mientras ella daba un paso atrás para soltarse de su agarre— ¿Y cómo vas a presentarme, Eric? ¿Como tu sumisa? ¿Acaso sueles llevar a tu sumisas a las fiestas de tu trabajo...?

—No digas gilipolleces— La interrumpió él furioso.

—Por desgracia, no digo gilipolleces, Eric. Es la pura verdad, dicho por ti mismo. Sólo soy tu sumisa, nada más. Y, la idea de que encima me hagas regalos caros... me pone en una situación que no me gusta nada...

—No me gusta lo que estás insinuando, Sheyla. Y además no tiene ningún sentido. Te he hecho ese regalo porque me apetecía, no tenía ninguna obligación y lo sabes. No entiendo a qué viene todo esto, y mucho menos que te alejes así de mí por algo que no tiene ninguna lógica...

—Tú te has alejado de mí desde el primer día que te vi, Eric, así que no debería extrañarte tanto que lo hiciera yo ahora...— En ese momento, mirando la forma en que Eric la observaba con tristeza, se dio cuenta de que era el momento de terminar con todo aquello. Iba a ser doloroso, sobre todo para ella, dado que él tendría una sustituta sumisa bastante mejor de lo que ella habría sido jamás en pocas horas, pero era necesario. No estaba dispuesta a sufrir por un hombre que nunca iba a poder enamorarse de ella. Era una relación imposible y tóxica, y no estaba dispuesta a volver a sufrir. Se negaba a hacerlo— Es mejor que lo dejemos así. Lo nuestro no funciona, y lo sabes...

—Vale, genial— Eric se sentía más afectado por aquellas palabras de lo que consideraba lógico, pero en ese momento no era capaz de asimilar el motivo, así que se limitó a tratar de evitar que Sheyla se marchara— Así que tú eres así. En cuanto algo no va bien, o es demasiado complicado, te largas...

—Eso no es así. Dices eso porque tú no me conoces en absoluto...

—Me parece que empiezo a hacerlo— Eric hizo amago de volver a dar un paso al frente, pero al final se detuvo, suponiendo que Sheyla volvería a rechazarle si lo hiciera— ¿No eres así? Entonces demuéstremelo. Quédate y vamos a hablar de esto, joder. Podemos arreglarlo...— Sheyla no parecía convencida en absoluto por su proposición, así que insistió— Vale, maldita sea. Me ha quedado claro, no te ha gustado el puto vestido. No pasa nada, olvida que te lo he comprado, ¿vale? Mañana lo devolveré y será como si nada hubiera pasado. Pero ven mañana conmigo a la fiesta, puedes ponerte lo que te quieras...

—Ojalá todo fuera tan fácil. En serio— Respondió Sheyla exhausta. Por suerte, ya no quedaba un atisbo de ira en su voz, sólo tristeza— Pero no es así. Me alegro mucho de haberte conocido. Espero que todo te vaya muy bien— Sheyla se dio la vuelta y cogió el pomo. Sin volver a mirar atrás, murmuró:— Adiós, Eric— y después salió por la puerta mientras sentía cómo la calidez de las lágrimas que llevaba tiempo tratando de contener en sus ojos se derramaban al fin por su rostro.

FIN DE LA 1ª PARTE (YA TIENES DISPONIBLE EN AMAZON LA 2ª)